

Selección RNR

DACAR SANTANA



Saber
a ti



Romance actual

Sabor a ti

Dacar Santana



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Dacar Santana

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-830-3

Gracias por comprar este ebook.

Visita www.edicionesb.com para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*A Echedey, Dara y Carla: porque, por mucho que me queje,
son los que le dan sabor a mi vida.*

Contenido

Portadilla
Créditos
Dedicatoria

Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Promoción

PRÓLOGO

18 de septiembre de 1998

Querido diario:

Hoy estoy contenta. He descubierto qué quiero ser cuando sea mayor: esposa perfecta y *prima ballerina*. Tendré un marido que me adore. A poder ser, un dentista (que mi madre dice que ganan una fortuna...). No querrá separarse de mí en ningún momento, acompañándome en las giras con la compañía y trabajando, mientras, como voluntario con los pobres (ellos también se merecen tener unos dientes sanos). Tendremos seis hijos, tres niños y tres niñas, a los que malcriaremos sin parar.

Le cocinaré y lo mimaré con dulces muchísimo más ricos que los que hace el tonto presumido de mi hermano, y no querrá dejarme nunca. ¡¡Seremos taaaan felices!! Todas mis amigas se morirán de envidia.

Marzo de 2015

La vida es un asco. Todo me sale mal... Creía que a estas alturas ya sería conocida mundialmente como bailarina, pero mi lesión de rodilla lo impidió; estaba convencida de que estaría casada y con, como mínimo, dos niños sueltos en el mundo, pero nada. Aquí estoy, sin poder bailar profesionalmente, más sola que la una y sin un hombre a la vista.

Para colmo, el cerdo de mi hermano sigue sin dejarme vender mis dulces ni mis propios postres en la *pasticeria*¹. «No son italianos, Tazia», me dice con su tono de voz prepotente.

¿Acaso no se da cuenta de que si el que los hace es un italiano se convierten en ítalos al instante? Corto de miras... hombre irritante.

Pero ¿sabes qué es lo peor? Saber que si mis padres estuvieran en España, le darían la razón al perfecto de Cosimo.

Tal vez sea hora de que deje el negocio familiar y busque algo por mí misma.

1 Pastelería.

1

Cierro el diario al que últimamente he dado tan poco uso. Releer la última anotación —aunque es bastante antigua— me ha dado la prueba palpable de que mi vida es una absoluta decepción.

Sigo sin poder bailar tanto como me gustaría porque, si lo hago, mi pierna empieza a cantarme la canción del dolor extremo, y mi otra pasión, la pastelería, no puedo desarrollarla de la manera que deseo.

Soy una tonta, lo sé, me he dado cuenta de que, aunque en el pasado me quejara día sí y día también, albergaba esperanzas sobre que Cosimo me permitiera poner mis tartas a la venta, entrar a la pastelería y verlas, jugosas y exquisitas en el expositor, listas para ser devoradas allí mismo o para ser la guinda final de alguna celebración..., pero no. Nada. *Nothing. Rien. Niente.* Estoy de las *crostatas*² hasta el moño.

Me siento como a un pintor al que solo le permiten dibujar en una única gama de color... Resumiendo: frustrada.

«Tazia, sé positiva. Con esta actitud consigues tan solo amargarte. Y eso no te sienta bien. ¿Quieres acabar teniendo la cara repleta de arrugas de preocupación, igualitas a las de la tía abuela Agostina?».

Me voy a mi cuarto, me cambio de ropa, y me preparo para ir al estudio de danza. Bailar siempre me ayuda a desestresarme.

Ya preparada, me dispongo a bajar cuando oigo la risa de una de mis mejores amigas y novia de mi hermano, Netta. Subo las escaleras para saludarla y enterarme del motivo de sus carcajadas. Conociéndola como lo hago, seguramente será algo escandaloso.

Al llegar, me encuentro con la puerta abierta, así que asomo la cabeza al mismo tiempo que pregunto: «¿Se puede?», manteniendo los ojos cerrados en todo momento. No quiero llevarme un susto en la forma del culo desnudo de mi hermano moviéndose adelante y atrás... Sé de lo que hablo. Me ha pasado. «¡Puaj! Necesitaré terapia para borrar esa imagen de mi mente».

—Pasa, Taz. Estamos vestidos —me dice Netta riendo. Seguro que está recordando todas las veces en la que la he visto con los pechos al aire—. Tu visita me viene como anillo al dedo. Tienes que apoyarme en contra del cabeza dura de tu hermano.

Entro y me trago una maldición. ¡La muy puñetera me ha vuelto a engañar! Está vestida, sí. Pero no *muy* vestida. Lleva solo un sujetador deportivo color rosa y unas braguitas de *Hello Kitty*. Con una coleta de caballo deja su rostro al descubierto. Tengo que reconocer que está preciosa de una manera muy de actriz porno si nos fijamos del cuello para abajo. Ni siquiera la cicatriz que le cruza el lado izquierdo de casi todo el cuerpo la deslucen.

Al principio, no llevó muy bien su nuevo *look*, sin embargo, ahora parece que se enorgullece de ello. «Soy una belleza con carácter», dice sonriente, «la gente se lo pensará dos veces antes de meterse conmigo». Con esta imagen de dura, hasta yo me lo pensaría.

La relación de estos dos comenzó de una extraña forma. Llevaban entre ellos un rollito del tipo: te odio a muerte, pero no me importa comerte con los ojos... Gracias a Dios, se dejaron de tonterías y comenzaron algo muy bonito que ha sobrevivido a pesar de algunos malos entendidos... Por la forma en que se miran y el ruido que oigo desde mi casa procedente del piso de arriba, están más enamorados que nunca y se lo pasan muy bien juntos. «No estoy celosa. No. Bueno, tal vez un poco... ¿Por qué no puedo pasármelo bien yo también?».

Mi hermano, el que solo lleva puesto un pantalón de atletismo, la mira como si con ello pudiera matarla.

Me acerco y le doy un beso en la mejilla a cada uno antes de hablar. Intento analizar sus rostros para ver en qué me he metido sin querer. Pero solo saco dos conclusiones: Cosimo está cabreado y Netta, ella, divertida.

—No quiero molestar —digo cautelosa—. Mejor me voy. Ya volveré en otro momento.

—No, Tazia. Quédate —me pide mi hermano—. Nos hace falta un juez imparcial que nos ayude a decidir quién tiene razón. Y estoy seguro de que, como la hermana querida que eres, sabrás a quién dársela.

—Eso no es justo... y cuando digo esto, me refiero a que no sería justo para

ti, *limone*³ —se queja la morena—. Como una de sus mejores amigas y fiel defensora ante ti y tus raras paranoias de hermano mayor, sé que se pondrá de mi parte.

Levanto una ceja y miro a Cosimo, que ha copiado el gesto. Los dos sabemos que es un razonamiento irrefutable.

—Está bien. Oye las dos versiones y da tu opinión sincera —claudica Cosimo cruzando las manos delante del pecho—. Estoy seguro de que me darás la razón —acaba murmurando.

—A ver. —Comienza mi cuñada—. Como sabes, Sandra está trabajando en la clínica como psicóloga y me ha pedido un favor. Siendo quién es, no puedo negarme, y esta cabeza cuadrada, aquí presente, no lo entiende.

Sandra —la mejor amiga y empleada de Simonetta— comenzó a trabajar hace algunos meses en el centro de desintoxicación en donde se encuentra ingresada la madre del *casi* hijo adoptivo de Netta, Iván. A todos nos alegra que por fin pueda ejercer profesionalmente de lo que verdaderamente le entusiasma. Aunque ella diga que sin la heladería se sentiría incompleta, la psicología es su verdadera y única pasión. Si no, que se lo digan a todos a los que regala tratamientos gratuitos e involuntarios...

—¡Qué no, *Fragola*! ¿Cómo puedo hacértelo entender?—exclama, frustrado, Cosimo—. Sí lo comprendo. Solo digo que no te puedes echar más cosas encima. No entiendo ni cómo Sandra se ha atrevido a pedirte.

—Es mi tiempo y haré con él lo que me venga en gana.

—Pues si encuentras la forma de multiplicar las horas, házmelo saber. Porque me da la impresión de que a tu reloj le van a faltar minutos.

—Ya me inventaré algo.

Mientras debaten de forma acalorada sobre quién tiene razón o no, me siento como si estuviera en medio de un partido de tenis. Muevo la cabeza de un lado para el otro, como si estuviera siguiendo la dichosa pelotita amarilla. No sé ni para qué me han pedido que me quede.

—Chicos, ¿pueden parar de discutir un ratito y decirme cuál es ese favor tan importante y, por lo que veo, polémico? —digo en un intento por apaciguar las cosas—. No creo que pueda ser algo tan malo. Sandra nunca pediría a nadie

cualquier cosa perjudicial y mucho menos que fuera contraproducente para Netta.

—¡Claro que no! Ella nunca lo haría —recalca la aludida—. Tan solo me ha solicitado, muy amablemente, que me ocupe de uno de los talleres del centro.

—Dirás que más bien que te ha rogado barra chantajeado para que aceptaras.
—La corta mi hermano.

—... El anterior profesor que cubría esas horas se ha ido a África o por ahí, y se han quedado colgados. —Prosigue sin alterarse lo más mínimo por la interrupción—. Le he dicho que tendría que revisar horarios y tal, y tras comprobarlo, creo que soy capaz de hacerlo. Tan solo estaré un poco apurada algunos meses. Nada grave.

—¿Y qué me dices de la *gelateria*⁴? ¿Cómo te la vas a apañar para abrir si tienes que estar en otro sitio? —inquire Cosimo—. Es lo que te da de comer.

—Puedo permitirme cerrar temprano —contesta sin inmutarse.

—¿E Iván? —dice quemando su último cartucho—. El chico te necesita.

—Es mayorcito. Puede apañárselas unas cuantas horas sin mí —responde Netta con la convicción de quien posee todas las respuestas dibujada en una sonrisa.

—¿Y yo? ¿No has pensado en mí?

—Cosimo, no me vengas con chiquilladas. No me voy a China, solo a las afueras, y será por unas horas.

—¡Joder! ¡¿Es qué no lo comprendes?! —estalla Cosimo y corre a abrazarla—. No quiero que vayas con prisa de un lado a otro. Me da miedo que te vuelva a pasar algo. No puedo perderte.

Se abrazan durante un tiempo, susurrándose al oído cosas que no acierto a oír, envueltos en su propia burbuja de amor. De repente, mi bombilla se enciende. Tengo la solución.

—Yo lo haré —digo alto y claro para hacerme escuchar.

—¿Cómo? —preguntan los dos a la vez, solo girando sus cabezas para enfrentarme.

—He dicho que yo lo haré —repito—. ¿Hace falta algún tipo de titulación o

especialización técnica? ¿Tienes que ir obligatoriamente tú? —le pregunto a Netta—. Si no es así, estoy dispuesta a intentarlo. ¿Tengo que hacer algo especial?

—No. Nada de eso. Yo iba a dar clases de heladería. La cosa está en hacer algo diferente con los pacientes —explica—. No todo va a ser terapias y charlas sobre las adicciones. Creo que si fuera así, hasta los mismos empleados se darían a la bebida.

—No eres graciosa.

—No pretendía serlo. Lo pienso de verdad. Imagina cómo sería estar hablando todo el día sobre adicciones. Te aburrirías como una ostra —aclara—. El tema es hacer cosas normales e intentar pensar en ello lo menos posible. Llenar el tiempo con diversas actividades que distraigan la mente. Enseñarles que no todo tiene por qué girar en torno al motivo de su adicción.

—Lo entiendo. Tan solo tengo que ir allí y entretenerlos durante un ratito. Me gusta la idea.

—¿En serio harías eso por mí? —pregunta Netta.

—Sí. Lo que sea por ayudar a la salud mental de mi hermano. —Me río dedicándole un guiño—. Ahora en serio, ¿por qué no? Es una buena acción y no es que tenga mucho que hacer por las tardes excepto ir a *ballet*. Además, por fin alguien podrá apreciar mi repostería creativa...

—¿Estás segura? —insiste Cosimo—. Allí estarás rodeada por personas emocionalmente inestables. No quiero que te acabe pasando factura.

—No te preocupes tanto, hermano —digo en un intento por apaciguar algo de sus temores—. Voy a enseñarles algo que calmaría hasta al hombre más enojado. Ya sabes lo que dicen, ¿no? «A nadie le amarga un dulce».

«Y cuando, durante mis clases, comience a circular el azúcar y el *frosting*⁵, nadie se atreverá a hacerlo», pienso con la mente ya puesta en lo ideales que serán mis *pupilos* y la clase en sí.

—Chicos, me voy —digo, olvidando mi idea de ir a bailar—. Tengo que llamar a Sandra e ir a comprarme un nuevo delantal. Quiero estar presentable para mis alumnos.

—Frena un poco y no te adelantes, Tazia —dice mi hermano. Al ver la cara

de asombro con la que lo miro, me aclara—: Te conozco, *sorella*⁶. Tu cabeza ya se ha montado una película al más puro estilo de las comedias románticas juveniles de Hollywood contigo como profesora de cocina como protagonista... Tan solo recuerda una cosa: no vas a dar clases a adolescentes salidos, sino a adultos con problemas. Tal vez no sea tan fácil.

—Ya lo sé —suelta mi boca. No obstante, lo que en realidad pasa por mi cabeza es todo lo contrario. «Será coser y cantar». Al momento, recuerdo algo muy importante—. Tan solo le veo una pega: trabajo por las tardes.

—Por eso no te preocupes, tonta —me recrimina—. Ya tenemos a Óscar para cubrirte—se mofa—. Estoy deseando oír sus quejas.

Óscar, nuestro repartidor y relaciones públicas. Un chico divertido, ligón y caradura al que hemos acabado queriendo como se quiere a ese pariente al que a veces deseas matar, pero sin el cual no podrías vivir.

—Dejen que del caramelito me encargue yo. Sé muy bien cómo explicarle las cosas —pide, misteriosa, mi cuñada—. Digamos que tengo en mi poder algo que no le gustaría que viera la luz... —Sonríe de forma siniestra.

—Si es lo que tienes en tu salvapantallas, yo también cedería —concuerta mi hermano. Le acaricia con suavidad el lado marcado de su cara—. Tienes un retorcido sentido del humor, Simonetta.

Me encuentro totalmente perdida. No tengo ni idea de lo que hablan, pero si se trata de una de las novatadas de Netta, todo es posible. ¡Pobre Óscar!

—Ahora sí que me marchó, chicos —me despido por segunda vez—. Tengo llamadas que hacer y clases que planear.

Me voy dejándolos solos, mucho más contentos que antes de mi llegada, con una sonrisa en sus rostros y sintiendo la satisfacción personal que brinda el hacer algo bueno por los demás.

Un trabajo bien hecho. Sí, señor.

2 Tarta de origen italiano.

3 Limón.

4 Heladería.

5 Tipo de crema muy dulce utilizada en repostería para decorar tartas, *cupcakes*, etc...

6 Hermana en italiano.

El recorrido hasta la clínica Silvia López se me hace corto y muy ameno. La música siempre positiva de Efecto pasillo me acompaña durante casi todo el camino. Voy hacia allí para tener una reunión con el director y dueño del centro, Alexis o Alexei no sé qué. La verdad es que no recuerdo muy bien su nombre. Lo único que me ha dicho Sandra sobre él es que no es el típico hombre que dirige un sitio como este. ¡Ah! Y que está cañón. No entiendo porqué ese dato debería de importarme... A ver, no soy ciega ni nada, pero sigo a rajatabla la máxima de no mezclar trabajo y placer. Eso solo trae problemas.

Llego temprano. Lo he hecho adrede. Tengo la intención de tantear un poco el ambiente sin ningún *supervisor* de por medio. Tal vez así pueda, aunque solo sea echando alguna ojeada disimulada por los alrededores (y por alguna ventana), ver el verdadero ambiente que se respira allí y comprobar si es seguro. Sandra me ha dicho que sí, pero no me fio mucho. ¿Quién se fiaría de la palabra de una mujer que solo por diversión (la suya) me envió a una masajista, supuestamente especializada en lesiones como la mía, y que, al final, resultó ser una taiwanesa que me recibió en ropa interior? Y sí, sí estaba especializada, pero no en quiropráctica, sino en *final feliz*... ni que decir que salí de allí a la menor oportunidad. Eso fue tras tomarme un café con la terapeuta sexual (como le gustaba llamarse a sí misma), que resultó ser un amor y no tener el menor pudor aun escasamente vestida, llamar a Sandra para insultarla, pagarle a la chica los cincuenta euros por haberle hecho perder un cliente y prometerle que si conocía a algún hombre que necesitara del tipo de servicios que ella ofrecía, le daría su número. Salí rapidito de allí, sí...

Aparco mi adorable y precioso Fiat 500 color perla a un lado de la casona. Salgo del coche y me dispongo a rodear la propiedad. Lo que en un primer momento iba a ser fisgoneo puro y duro, se convirtió en pura recreación visual. La casa es preciosa. Tanto, que hasta creo que me he encaprichado un poco con ella. Saco mi móvil y me hago un *selfie* con la intención de enviársela a mi

hermano para que vea que me encuentro sana y salva y deje de preocuparse acosándome a mensajes sobre si he llegado o no.

Voy a hacerme otro cuando siento un ruido que me asusta hasta la muerte y hace que mi teléfono salga disparado de mis manos y aterrice en el suelo. Me agacho para buscarlo entre la maleza. Cuando estoy con la cara enterrada entre la alta hierba, maldiciendo en italiano por lo torpe que soy, un carraspeo hace que levante la cabeza.

—Te noto un poco perdida —oigo que una voz grave y sensual dice a mi espalda.

Me enderezo, y eso hace que me percate de la postura tan poco apropiada en la que estaba. A cuatro patas y hasta hace un momento, mientras buscaba, con el culo en pompa. No sería tan grave si no llevara puesto un corto vestido *Babydoll* rosa claro, con vueltas de manga y cuello Peter Pan en encaje blanco. Muy mono, pero poco apropiado para la vida en el bosque y, por lo que veo, mucho menos adecuado para despatarrarme por el suelo. Y aunque no es precisamente mini, en esta posición, deja poco a la imaginación. «Menos mal que tengo puestas una bragas monas y que cubren todo lo importante».

Me levanto, sacudiéndome las rodillas, y doy, por el momento, por perdido a mi móvil. Me giro y, mientras lo hago, sé que me estoy poniendo como un tomate. No estoy segura de a quién pertenece esa voz, pero no es agradable que te pillen en una posición vergonzosa.

—Hola —saludo al enfrentarlo. Un chico espectacular, con aspecto que me es imposible de definir por lindar justo al cincuenta por ciento en la frontera entre de ser un malote o un buen chico, me sonrío—. Se me cayó el teléfono —me justifico a la vez que intento hacer que la tela de mi vestido se vuelva más larga—. No estaba cotilleando ni nada por el estilo —farfullo.

He quedado como una estúpida. Mi sonrojo se vuelve magenta fosforescente. El hombre ante mí eleva una ceja, pero sigue sin hablar. Por su expresión puedo jurar que me había pillado mucho antes de que yo misma me delatara.

—Me están esperando —balbuceo. Estoy nerviosa. Jugando con mis pies, dando involuntarios saltitos de uno a otro. Me paro, dándome un coscorrón mental. Tengo que parecer un conejo dando saltitos en medio de la hierba—. De

verdad que me están esperando.

Se acerca y contengo la respiración, pero él solo se agacha a mi lado y, al elevarse, lleva mi móvil en la mano. Al parecer me están llamando. No tiene sonido pero la cara de mi hermano me saluda desde la pantalla. El descarado que lo sostiene no disimula la mirada que le ha echado y su sonrisa se vuelve más amplia antes de entregármelo.

—Cosimo, *sto già qui. Sono appena arrivato*⁷ —respondo automáticamente en italiano. Estoy incómoda con el escrutinio al que me tiene sometida este individuo. Ya me ha visto avergonzada y despatarrada, no quiero que también sepa que estoy hípercontrolada por mi hermano—. *Un...impiegato*⁸ —le cuento sin saber muy bien qué etiqueta ponerle a este hombre—, è uscito a ricevermi. *Sto con lui in questi momenti. Devo lasciarti. Poi ti chiamo*⁹.

Cuelgo sin darle opción a réplica. Mi hermano puede ser muy pesado.

—¿Trabajas aquí?

—Algo así —responde entre críptico y divertido.

—No es mentira lo que te dije. De verdad que me están esperando —le aclaro—. ¿Te importaría indicarme dónde está el despacho del director?

—Sin problema. Sígueme —me pide—. Estás un poco alejada de la puerta principal —deja caer al mismo tiempo que regresa al pequeño sendero que nos llevará al camino de entrada.

Mientras lo sigo, lo analizo: brazos repletos de tatuajes, ropa informal, botas desgastadas... Tiene pinta de ser una persona que trabaja con las manos y, a mi pesar, me veo dejando mi renuencia hacia él de lado. Siempre he creído que los que ocupan su tiempo en algún trabajo manual, de cualquier tipo, son buena gente

—Te voy a ser sincera. Estaba intentado ver un poco de los alrededores. Comprobar que era seguro y todo eso. Estar segura de que no iba a salir nadie a atacarme con un hacha. —Gira la cabeza y me lanza una mirada interrogadora—. Me he presentado voluntaria para impartir un curso de cocina, repostería, y lo he hecho de buena fe. No obstante, mi sobreprotector hermano ha conseguido meterme algunos miedos en el cuerpo... Una amiga también trabaja aquí.

Sandra, tal vez la conozcas, y ella me ha dicho que es seguro, pero no puedo fiarme mucho de ella. —Vuelve a echarme una de esas miradas—. Si la conocieras, lo entenderías.

Seguimos caminado, esta vez, uno al lado del otro. Me doy cuenta de que estoy parlotando. Divagando sin sentido, pero no puedo parar. Estoy histérica.

—Me hago una idea.

—Espero no causarle una mala impresión al director, porque me hace mucha ilusión estar aquí. Ayudar a los demás, hacer algo bueno...

—No te preocupes por eso. Se ve que tienes buenas intenciones, el director verá eso también. —Me tranquiliza con una sonrisa—. No entiendo porqué las personas asocian un simple título con un carácter.

—Será algún complejo generado en la infancia. —Me río—. Siempre que amenazaban a algún compañero con llevarlo ante el director, tenía que levantar la mano y pedir permiso para ir al baño. Me ponía muy nerviosa.

—¿Nunca te enviaron a ti? —Me mira de arriba abajo—. No. Eras una niña buena.

—Dices eso como si fuera algo negativo.

—¿Y no lo es? —inquire—. Me suena un poco aburrido.

—No. Era una buena alumna y amiga de mis amigos. Mi infancia fue maravillosa. Y la adolescencia fue aún mejor —añado con una sonrisa de añoranza.

—Suerte la tuya. No todos hemos tenido la misma suerte.

Tras ese extraño y demasiado personal comentario, seguimos caminando uno al lado del otro, pero sin hablar. Subimos las escaleras y entramos.

—Muchas gracias. Te debo un café por las molestias—le agradezco mirando de un lado a otro para tratar de ubicarme.

—No hay de qué. Te tomo la palabra. Creo que nos veremos mucho por aquí.

—Al final no me dijiste en qué trabajas.

—Soy el...

—¡Tazia! ¡Has venido! —El gritito alegre de Sandra lo interrumpe—. Menos mal, creía que te echarías atrás. —Como si se acabara de dar cuenta de que no

estoy sola, le dedica un guiño a mi acompañante—. Veo que ya conoces a Aleksandr. Espero que no haya sido muy duro contigo.

—¿Por qué iba a serlo? —la interrogo divertida.

—Porque es muy estricto con las personas que deja entrar aquí —responde—. Se toma muy en serio su papel de guardián supremo y *máster* del universo.

Lo miro y lo entiendo todo. Mi cara pierde todo rastro de color y pido a Dios porque la tierra se abra y me trague. Le he enseñado mis vergüenzas, me ha visto divagar sin sentido... y es, ¡el jodido director!

—No nos hemos presentado formalmente. —Me tiende la mano y en sus ojos veo simpatía—. Soy Aleksandr Glazunov.

7 Ya estoy aquí. Acabo de llegar.

8 Un empleado.

9 Ha salido a recibirme. Estoy con él en estos momentos. Tengo que dejarte. Después te llamo.

Ya sentados en su despacho, me encuentro mirando a todos lados, excepto a él. No puedo creer que le haya dicho que tuviera miedo de un ataque... tiene que estar descojonándose por dentro a mi costa. La verdad es que, antes, sin contar con un breve atisbo de diversión en sus ojos, no dejó revelar nada. A lo mejor no está todo perdido y pueda hacer el voluntariado.

—Siento lo que dije antes. —Comienzo, mirando al suelo como si fuera una niña a la que hubieran pillado haciendo algo malo—. En mi defensa debo añadir que me encontraba muy nerviosa.

—No tienes porqué. Tus miedos son lógicos —me disculpa, sorprendiéndome. Elevo el rostro para ver si habla en serio—. ¿Has visto alguna vez a un adicto con el síndrome de abstinencia? Aunque es imposible que llegaran a atacarte, no es algo muy bonito de ver... Los mantenemos controlados y seguros, pero te llevarías una fuerte impresión.

—No estaba asustada —digo, aunque luego rectifico—: No lo estaba hasta que mi hermano me metió el miedo en el cuerpo... Es muy sobre protector.

—Lo sé. Lo conozco, un tío interesante. Acompaña a Netta y a Iván cuando vienen a ver a Mónica, la madre del chico —responde—. Me ha hablado sobre ti, su hermana la bailarina.

—No hay mucho más que contar.

—Yo no diría eso. Está muy orgulloso de ti. Y no solamente por el baile.

—Hace mucho que no bailo de forma profesional. Una lesión —explico—. Basta de hablar de mí —digo incómoda con la idea de que este guapo chico esté enterado sobre mi vida y yo no sepa nada sobre él. Es más, hasta hace veinte minutos, no conocía de su existencia—. ¿La fastidié mucho antes o todavía tengo alguna oportunidad?

—¿Por qué tienes tantas ganas de enseñar aquí? —me pregunta, curioso—. No me malinterpretes, me encanta verte tan entusiasmada, es solo que no lo comprendo.

Decido ser sincera.

—La que en un primer momento me impulsó a presentarme como voluntaria fue mi cuñada. —Me mira confuso—. Sandra se lo pidió en un principio a ella, pero le es casi físicamente imposible hacer tantas cosas a la vez. Con su única empleada pasando cada vez más rato aquí—y no lo digo como un reproche—, su día queda dividido entre la heladería, Iván y mi hermano. Casi no tiene tiempo libre, y hacerse cargo de esto solo la estresaría aún más.

—Comprendo. —Asiente—. ¿Y lo segundo?

Le brindo una mirada interrogante.

—Acabas de decirme que lo primero que te hizo decir que sí fue tu cuñada —comenta—. Por tu forma de hablar, creí que tendrías una lista de motivos.

—Bueno, solo tengo otro más: el aburrimiento —confieso—. Estoy harta de hacer siempre lo mismo cada día. Y con este voluntariado, aparte de hacer algo bueno, podré hacer algo que me gusta sin la voz de Cosimo reprochándome que no soy lo suficientemente italiana. —Sonrío.

Por supuesto, no le menciono la fantasía en la que me veo recibiendo premios y celebrando conferencias por todo el país dando charlas sobre como mis clases ayudaron de manera significativa en la recuperación de todos los pacientes. «El merengue italiano me salvó la vida», dirían algunos. «No tuve tiempo de pensar en las drogas mientras batía», dirían otros.

Me pellizco con disimulo el interior del codo para sacarme de mi pequeña ensoñación.

—Así que, por lo que veo, vienes aquí para huir un poco de tu realidad —razona.

—Se podría decir que sí —conuerdo—. Son unas pequeñas vacaciones en las que me dedicaré a enseñar a otros a hacer dulces. No es un viaje a Cancún, pero haré algo que me gusta.

—Por supuesto, poder comer después lo que hagan es un extra, ¿no? —dice Alek con una espectacular sonrisa ladeada.

—¡Sí! —afirmo entusiasmada—. Por lo menos, lo que sea comestible... No todo el mundo sirve para la cocina.

—Eso es lo de menos. La cuestión es hacer algo diferente, no imitar a El Bulli

—dice muy serio.

—Era una broma, hombre— digo cohibida—. No pretendía ofender.

—¿Te gustaría ver en dónde trabajarías? —me pregunta poniéndose de pie y dirigiéndose a la puerta sin oír mi respuesta—. Allí te pondré al corriente de lo que se espera de ti y de las normas a seguir si aceptas el puesto.

—Está bien. —Me levanto de un salto y voy a su encuentro con la mala suerte de que, al girar, el dobladillo del vestido se me engancha con el reposabrazos del asiento y acabo enseñándole, otra vez, mis muslos y braguitas, aunque esta vez, por la parte delantera.

Camino marcha atrás, sin dejar de mirarlo y con mi cara palideciendo a cada paso que doy. «¿Se puede ser más torpe o tener más mala suerte?», me recrimino. Lo más triste es que este desconocido que tengo en frente es el hombre que más ha visto de mí en el último año.

Siento y veo como sus ojos recorren mi piel y se posan en la zona de entre mis muslos, viendo los pequeños volantes blancos cosidos en mi ropa interior. Traga saliva audiblemente y se da la vuelta.

—Estoy lista —digo casi al instante—. Ya podemos salir.

Nos dirigimos a través de la casa a lo que parece ser una gran y antigua cocina. Los vellos de mis brazos se erizan: ¡he entrado en un paraíso *vintage*! Mis vestidos no desentonarán...

Doy vueltas observándolo todo. Fijándome en cada detalle que me pueda hacer falta. Calculando mentalmente cuantas encimeras hay y cuantas personas cabrán en ellas; contando los instrumentos de hostelería que tengo a la vista y realizando una lista mental. Al final, llego a la conclusión de que esta cocina es preciosa y está muy bien equipada.

—Podría quedarme a vivir aquí —confieso.

—El diseño es de un antiguo paciente al que le encantaba relajarse entre los fogones. Él fue el que dio la idea sobre realizar un curso como este —me explica—. Creo que encontrarás dentro de los armarios todo lo que necesitas, sin embargo, si notas en falta algo, solo dilo.

—Está bien —convengo—. Creo que voy a disfrutar mucho estando aquí, señor Glazunov. Este sitio es verdaderamente precioso.

—Bueno, antes de apresurarnos, tienes que saber todos los detalles. Tal vez no te interese.

—Adelante. Soy toda oídos. —Me siento en un taburete próximo y apoyo los codos en la base de gruesa madera—. Aunque no creo que nada me haga declinar esta oportunidad. —Observo, reprimiendo las ganas de sustituir a mis brazos con mi cara y aspirar el olor del material que tengo debajo.

—En estos momentos contamos con ocho internos. —Comienza—. Sin embargo, el número puede variar según se den de baja o alta más personas. Lo único que puedo decirte de seguro es que no aceptamos a más de quince pacientes a la vez.

—Creo que puedo manejarlo, y el espacio lo permite. La cocina es tan grande que incluso podrían venir familiares a ayudar.

Apunto esa idea en mi mente para preguntarlo más adelante. Sería una buena cosa que hacer. Nada une más que confeccionar un pastel entre muchos. Por lo menos en mi familia era así.

—Como ya sabes —prosigue—, trabajamos con personas adictas en vías de recuperación. Algunos padecen, también, problemas mentales derivados o agravados por las drogas, y aunque están medicados para sus trastornos, habrá días que podrás enfrentarte a serios cambios de humor. Tendrás que mentalizarte para ello; tratamos todo tipo de adicciones: alcohol, drogas, medicamentos psicotrópicos (los comúnmente llamamos antidepresivos), juego, trastornos alimenticios e incluso algún caso de adicción al sexo. Tienes que tener en cuenta que las personas que se tratan aquí, aunque lo hacen por propia voluntad, sufren un conflicto interno y a veces su lado *malo*, por llamarlo de alguna forma, gana. Cuando esto pasa, harán lo que sea para conseguir una dosis: engañarán, fingirán, mentirán, te regalarán los oídos con palabras bonitas e incluso intentarán seducirte... Tienes que hacerte inmune a todo eso. Nos ahorrarás problemas a todos.

Lo recita todo con la vehemencia de quien sabe de lo que habla por experiencia. Me agrada que se tome su trabajo tan en serio.

—Con esto que te acabo de contar, no quiero decir que no hables o que no llegues a empatizar con ellos, eso es normal y aceptable dentro de unos límites,

tan solo te pongo sobre aviso de lo que te puedes encontrar dentro de este recinto.

—Si intentas meterme miedo en el cuerpo, no lo has conseguido. Soy italiana, sé enfrentarme a gente histérica y dando gritos por doquier —digo—. Cuando algo de eso pase, me imaginaré que he regresado a la casa de mi *nonna*¹⁰ por Navidad. —Me mira horrorizado por mi símil—. Tengo treinta y seis primos carnales y cuarenta y dos primos segundos. Créeme cuando te digo que no me asustaré, esa casa parece Vietnam. Comparado con eso, esto será un juego de niños.

Soy consciente de que estoy trivializando un asunto tan serio, pero necesito darme ánimos a mí misma y hacerme la dura, porque la verdad es que acabaré llorando como una magdalena y dándole todos mis ahorros y/o mi primogénito a cualquiera de ellos si me cuentan algo que me llegue al corazón. Lo confieso, soy la chica que le sigue dando monedas a la indigente de la esquina de al lado de casa todos los días, aunque sabe de buena tinta que no tiene tres hijos y que no está lisiada de una pierna...

—Algo más a tener en cuenta: no puedes venir así vestida —me dice mirándome de arriba abajo.

—¿Por qué no? —Espero que la decepción no se refleje en mi cara. «Adiós a mis glamurosos planes textiles»—. La ropa que lleve no va a interferir en mi saber estar ni en mis dotes de enseñanza. Simplemente estoy aquí para cocinar. Mi ropa no tiene nada que ver.

—Estas personas están en abstinencia sexual, Tazia, y vestiditos como estos solo los agitarán.

Ahora soy yo la que me echo un vistazo. No voy mal. Es más, no exagero cuando digo que recatada es una palabra que me abarca en toda su extensión.

—Piensas que mi ropa es inadecuada —afirmo más que pregunto. Toco el dobladillo que me llega casi a la rodilla y le brindo una mirada interrogante—. ¿Quieres que me ponga un burka?

—Te conozco desde hace menos de una hora y ya puedo decir de qué color y forma son tus bragas.

—¡Eso fueron accidentes! —exclamo.

—¿Y qué te hace pensar que no tendrás más accidentes como esos estando en clase? —inquiérese con voz dura—. No quiero tener a mi alrededor a nadie frustrado sexualmente.

—¿Me vas a imponer algún tipo de vestimenta en concreto o solo no puedo llevar vestidos?

—Solo vestidos cortos y nada con demasiado escote.

—¿Sandra también tuvo que aguantar esta charla? —lo interrogo sin poder evitarlo—. No creo que ella aguantara ninguna tontería sobre su ropa...

—Más o menos... —dice mientras se pasa la mano por la nuca en un gesto incómodo—. De todas formas, ella sabe cómo defenderse si alguien intentara sobrepasarse.

—¿Y yo no? —Estoy indignada—. No me conoces de nada. No sabes cómo reaccionaría ante una situación como esa... ¿Quién sabe? A lo mejor sé defensa personal.

—¿Sabes defensa personal? —pregunta con resignación.

—No —admito por lo *bajini*—. Pero sé dar rodillazos en la entrepierna y correr. Soy muy rápida.

—¿Te costaría mucho no ponerte esa clase de trapitos durante una temporada? Por lo menos hasta que todos nos acostumbremos a ti —dice, intentado negociar.

No me pasa desapercibido el *nos* de esa frase. No entiendo porqué se incluye, pero lo dejo pasar.

—Está bien —acepto—. Nada de vestidos monos en el trabajo... —Me río—. Cuando se lo cuente a mi cuñada se va a reír de mí. Creo que incluso te enviará una cesta de agradecimiento. Lleva intentado tentarme con cualquier cosa para que me vista con vaqueros durante una semana completa. Has conseguido lo que ella no.

—Conociendo a Netta, seguro que ha sido muy insistente.

—Ni que lo digas... A ver, no tengo nada en contra de los pantalones, es solo que no me gusta ir apretada. Lo evito siempre que puedo. Bastante ceñida voy a clases de *ballet*, mi cuerpo necesita un respiro.

—Entiendo. —Suspira—. Entonces, ¿estás en el barco? —Asiento con la cabeza—. Pues volvamos a mi despacho y firmemos los papeles. Después

podrás seguir investigando la cocina. Se nota que te mueres de ganas. —Parece acordarse de algo—. Por cierto, tienes que darme tus datos para darte de alta y también un número de cuenta en el cual transferirte la mensualidad.

—Creía que era un voluntariado —le digo algo confundida.

—Por lo que cobrarás, puedes hacerte a la idea de que lo es —se mofa—. No existe mucha gente dispuesta a ayudar a los demás de forma gratuita. Me has sorprendido.

—Yo sí que estoy sorprendida. Podré hacer algo que me gusta y me pagarán por ello. —No es que me falte el dinero, pero me extraña un poco que pague por algo así—. Tenía pensado que eran una asociación dependiente del gobierno.

—Tazia, sé realista y mira a tu alrededor, ¿crees que el gobierno es tan generoso como para mantener y equipar un sitio como este? —me pregunta y sigue hablando sin esperar a que responda—. Nos financiamos gracias a donaciones privadas.

—Por lo que veo tienen muchos voluntarios dispuestos a soltar dinero. Qué personas más altruistas

—Di más bien personas ricas buscando una forma de desgravar a Hacienda o en busca de limpiar su conciencia...

—Lo que sea. Lo importante es que suelten la pasta —digo—. Ahora sí que no me sentiré culpable por aceptar ese pequeño sueldo.

Con una sonrisa me da la mano y, de un pequeño tirón, me levanta del sitio. Me mira durante un segundo más de lo normal y me dice:

—Bienvenida a bordo, *balerina*¹¹.

10 Abuela.

11 Bailarina en ruso.

—¿Cómo ha ido todo? —me pregunta Sandra al acompañarme de vuelta al coche—. ¿Vas a dar los cursos, verdad? Dime que sí, *porfa*.

—Así es —contesto en tono risueño—. Estás condenada a verme, casi a diario, durante una temporada.

—¡Estoy tan contenta por ti! Y por mí. —La miro confusa—. Me alegra tanto tener a alguien con quien hablar durante las pausas. Tendré que hablar con Alek a ver si puede hacer coincidir nuestros horarios algún día... —dice hablando consigo misma—. A lo que iba, no es que el personal sea malo, es solo que...son viejos. No tenemos mucho de lo que hablar sin ser del trabajo. Y durante los descansos, lo único que me apetece es desconectar.

—Dirás que te alegras de tener a alguien a quien molestar—la corrijo—. El señor Glazunov es joven, puedes hablar con él.

—Señor Glazunov, dice... no lo lames por ese título tan formal delante de mí si no quieres que me descojone en tu cara —se burla, soltando una pequeña carcajada—. De todas formas, ya irás aprendiendo que Alek es... diferente. Es más o menos de nuestra edad, pero si lo oyeras hablar sin ver la pinta que tiene, pensarías que es mucho mayor. Se toma la vida demasiado en serio.

—Es verdad que no se ríe mucho, pero de ahí a que sea aburrido existe un mundo, Sandra. De todas formas, no lo conozco tanto como para juzgar su carácter —le explico—. Además, todo el mundo comparado contigo es un muermo, incluso yo.

—No te equivoques, amiga mía. —Me da dos palmaditas en la cara—. Tú eres aburrida. —Se ríe separando cada palabra.

—¡No lo soy! —grito ofendida, para rectificar casi al instante—. Bueno, tal vez un poco... —Me acabo de deprimir.

—Mírala cómo se enfurruña —dice la pelirroja a la que tengo ganas de estrangular con mis propias manos—. Son bromas, pequeña. No eres el alma de la fiesta, pero tampoco un muermo. Me gusta cómo eres. A todo el mundo le

gusta cómo eres. Sobre todo a los chicos a los que sin pensar tienes encandilados con ese pelo rubio, esos ojazos verdes y esos *pechotes* turgentes... —me comenta moviendo los hombros de delante a atrás como si bailara.

Me río. No puedo evitarlo. Sandra siempre consigue que lo haga, aunque me haya hecho algo que me vuelva homicida. Al final, las ganas de matarla continúan, pero el dolor de barriga de tanto reír me impide vengarme.

—Estás como una cabra. —Me despido subiendo al coche—. Me marchó. Tengo que pasar por alguna tienda a comprarme algunos vaqueros. El jefe piensa que mis vestidos pueden crear una rebelión sexual entre los pacientes —le explico girando la llave del contacto y, ante su mirada atónica, simplemente digo—. Que te lo cuente él, porque yo aún sigo sin entenderlo del todo. Es cierto que en lo que duró mi visita, me vio las bragas dos veces, pero no es algo que me pase normalmente.

—¿Qué te vio la ropa interior no una, sino dos veces?! —grita—. ¡Joder, Tazia, eres una máquina! Llevas el flirteo a otro nivel.

Mi cara de: «¿De qué estás hablando?», no consigue disuadirla porque, ignorándola, sigue hablando.

—Seguro que llevas puestas unas de esas tan lindas con bordados y encaje que tanto te gusta... —Introduce medio cuerpo por la ventanilla, intenta meter la mano entre mis piernas y subirme el vestido para verlas. Mientras me resisto, continúa—: Normal que dejaras al pobre hombre cardiaco perdido. Hasta yo te prohibiría que llevaras algo que no te cubriera como una capa. ¿Tú sabes lo que tiene que doler tener una erección permanente? Solo de imaginármelo me duele hasta a mí. Sufro síndrome del miembro fantasma o, en mi caso, síndrome del miembro imaginado.

La miro con horror por sus ocurrencias.

—No me mires así. ¿Qué culpa tengo yo si soy una persona muy empática?

—Puedes ser lo que quieras, pero de ahí a sufrir la pérdida o el dolor de algo que nunca has tenido, va un mundo —le explico.

—Tampoco he tenido nunca unos Christian Louboutin, pero si paso por delante de un escaparate y me encuentro con un par de la suela roja expuestos, como dice la canción, me duele el corazón de quererlos tanto.

«Ahí tiene un punto», pienso.

—Me voy ya, pesada. —Me despido por décima vez—. Te pones a hablar y no hay quien te pare. Si te apetece, podemos quedar a tomar algo esta noche y me cuentas más cosas sobre como es tener un pene fantasmagórico. Me interesa mucho. —Le guiño un ojo.

—Dalo por hecho. Tengo mucho que decir del tema. Ya sabes que soy experta en penes fantasmagóricos, de plástico o de carne y hueso... lo he probado casi todo—confirma riendo y enseñándome la lengua. Con esta chica nunca puedo tener la última palabra—. Le envío un WhatsApp a Netta por si también le apetece. Si no tiene planeado enroscarse con tu hermano en posiciones que ni aparecen en el *Kamasutra*, seguro que se apunta. Te confirmo en un rato.

—Esa parte deberías habértela ahorrado —la reprendo—. Mi mente lo agradecería.

Arranco y me voy. Pongo la música y, antes de subirla a tope, alcanzo a oír el grito de Sandra:

—¡Hasta luego, bragas bonitas!

Intento fulminarla con la mirada por el espejo retrovisor, aunque sé que no servirá de nada. Antes de dar la curva, veo a Alek parado en la puerta de entrada y me vuelvo a sonrojar sin remedio. Seguro que ha escuchado a Sandra y su grito, el cual incluso Tarzán envidiaría... ¡La voy a matar!

—¿Cómo ha ido todo, rubita?—me recibe Óscar nada más entrar por la puerta de la pastelería cargada con bolsas repletas de pantalones y algún vestido que otro—. ¿Al final vas a cocinar para los locos?

—Es una clínica de desintoxicación, estúpido —lo reprendo—. Y el término exacto sería enfermos mentales. Habla con propiedad, por el amor de Dios.

—Vale, quisquillosa, ¿vas a cocinar para enfermos mentales?

—Voy a dar clases de repostería a personas. Puede que algunas tengan esa clase de problemas y otras no. La verdad es que no me interesa demasiado.

—Son bromas, rubita. —Se acerca para darme un beso y quitarme los bultos de entre las manos y colocarlos tras la barra —. Ya sabes cómo me gusta molestarte.

—Soy muy afortunada por tener no solo uno, sino dos hermanos a los que les gusta hacer mi vida miserable —le declaro—. Notas el sarcasmo en mi voz, ¿verdad?

—Eso duele, Tazia —me dice posando su mano sobre el corazón—. Yo solo me limito a cumplir una de las grandes reglas no escritas del mundo fraternal: molestarnos el uno al otro. No me odies por ello —se burla.

—Yo no me mofo nunca de ti —me quejo—. Solo quiero que me dejes en paz. Que los dos me dejen en paz. Entre Cosimo y su paranoia y tú con tus bromas, no tengo ni un respiro.

—Si tan solo me presentaras a alguna de tus compañeras de baile... ya sabes, así me encontraría lo bastante ocupado como para olvidarme de bromear. —Se ríe.

—Prefiero seguir cargando contigo —aseguro, recordando la primera y única vez que le presenté a alguien—. Ya aprendí la lección y con una vez basta. Nada de compañeras o amigas más para ti. Paso de aguantar llantos de nadie cuando las deseches igual que al agua sucia.

—¡Eh! Eso no fue culpa mía... Bueno, tal vez un poco sí —rectifica—. En mi

defensa, debo añadir que tu amiga estaba un poco loca, pero loca de las de verdad. De esas a las que no te extrañaría ver dentro de una casa repleta de gatos con alopecia y pintadas siniestras en las paredes.

—No exageres. Y sí, tiene gatos y están totalmente sanos —la defiende.

—Me perseguía —insiste.

—Tan solo tomaban el mismo camino a la misma hora —le aclaro.

—Me seguía —reitera. Ante mi ceja levantada por la incredulidad, prosigue —: Una de las veces que quedé para almorzar con mi prima Lourdes, la pillé a un par de mesas de distancia con una peluca negra de las baratas y gafas de sol.

—Tal vez estaba probando un cambio de *look*... —murmuro, pero ni yo misma me sueno creíble.

—Acorraló a Lourdes en el baño y la amenazó con un tenedor... Tuvieron el juicio el año pasado.

—Está bien —claudico a regañadientes—. Pero, tal vez, si no le hubieras dado esperanzas, ella no se habría comportado de ese modo.

—Quedé con ella dos veces, Tazia, y te puedo asegurar que en el tiempo que estuvimos juntos no utilizamos la boca para hablar y mucho menos para absurdas declaraciones de amor.

—¡Asqueroso!

—Tengo una solución por la cual los dos estaremos satisfechos —exclama igual de entusiasmado que tuvo que estar Fleming al descubrir la penicilina—. Podrías presentarme a alguien del centro. No sé... alguna enfermerita sexi o una chica adicta al sexo me vendrían de perlas.

Lo miro con cara de susto. No puedo con él...

—¿Qué? ¿Qué pasa? —me pregunta sonriendo. Lo hace solo para molestarme. Lo peor es que lo consigue—. Solo es un voluntariado. No es como si esas mujeres fueran amigas tuyas. Esa era tu única objeción, ¿verdad? Nada de amigas.

—Eres un enfermo. Te lo juro. No puedo contigo, de verdad —digo negando con la cabeza.

—Me quieres y lo sabes, pequeña Brigitte Bardot —confirma, usando

conmigo uno de los sobrenombres de sus amadas actrices de la época dorada del cine a los que tiene acostumbradas a todas las chicas de su vida—. No podrías vivir sin mí. ¿Quién, si no yo, te abriría los ojos al mundo y a sus pecados?

—No te preocupes por eso, señor humilde. —Sonrío—. Netta y Sandra me están dando un curso acelerado sobre la vida. No es como si yo se lo hubiese pedido...

—No podría esperar nada menos de mis chicas. —Me devuelve el gesto—. Ya te hemos dicho que tienes que expandir tus horizontes. Eres demasiado inocente.

Y dale con lo de inocente...

—No soy inocente. Que no sea tan espabilada y estridente como vosotros, no quita que no me entere de lo que pasa —le explico—. Que decida ignorar la mayoría de las cosas que suceden es por elección, no por desconocimiento.

—Déjate de rollos, Tazia. A mí no me engañas... si siempre que hablamos sobre algo más fuerte de lo normal, te vuelves escarlata.

Sabiendo a qué se refiere, le respondo:

—Te lo vuelvo a repetir, a ver si de esta manera lo comprendes de una vez: no me siento cómoda sabiendo sobre la sexualidad de otros.

—No entiendo por qué. Estoy más que seguro de que, a tu edad, has visto un par de esas cosas que le cuelgan a los hombres de entre las piernas —me dice guiñándome un ojo—. No te atrevas a intentar hacerte la santa conmigo. Eres como mi hermana. Además, sé que has tenido novios.

—No lo iba a negar, estúpido. Y por eso mismo no me siento cómoda. Eres como mi hermano, Cosimo es mi hermano, Netta se acuesta con él y Sandra da demasiado detalles para mi propio bien... ¿de verdad que no lo pillas?

—Comprendo. Tu incomodidad es por quien te habla sobre sexo, no por el tema en sí—dice, meditándolo.

—¡Por fin lo entiendes! —exclamo aliviada.

—Así que si aparece alguien a quien no conozcas de nada y al que no te una un lazo personal (como un primo lejano o algo por el estilo), podría contarte que le va la lluvia dorada o vestirse de bebé grande durante el sexo... y tú lo oirías con el rostro impasible —se mofa—. Eso no se lo cree nadie, rubita.

—*¡Sei un porco*¹²! Nunca cambiarás —le grito y me giro para darle la espalda—. Me rindo. No se puede tener una conversación seria contigo.

—No te enfades, Tazia. Sabes que solo bromeo. —Me abraza por detrás—. En mi defensa diré que estás muy guapa cuando lo haces. Esa mala uva italiana es muy sexi.

—Si me hubiera encontrado con la misma escena pero protagonizada por otro hombre, me preocuparía. —La voz risueña de mi hermano a mi espalda me irrita todavía más. Seguro que se pondrá de su parte—. Y por la cara de mi hermana, quiere decir que es un abrazo de perdón. ¿Qué le has hecho ahora, Óscar? Te he dicho muchísimas veces que la dejes tranquila. No te va a presentar a ninguna amiga.

—Soy inocente, Cosimo —se disculpa ante mi hermano. Me gira entre sus brazos—. ¿Ves, Tazia? No te debería resultar tan difícil admitirlo en voz alta. Aceptarlo, a mí, me ha quitado un peso de encima...

—Eres un estúpido. —Le sonrío—. Tú tienes de inocente lo que yo de morena... nadita.

—Mi madre no opina lo mismo.

—Mentira. —Lo corta mi hermano—. Ella es la primera que sabe cómo eres en realidad. Fue la que me advirtió sobre ti antes de contratarte. —Ante la cara de horror del susodicho, añade—: ¿No sabías que te contratamos por ella...? Eres un ingenuo, Óscar, nuestras madres son amigas y eran compañeras del club de lectura antes de que la mía regresara a Italia. Nos pidió que te contratáramos como un favor personal.

—No me lo puedo creer. —Óscar se muestra atónito. Tanto, que me está dando pena.

—Pero sigues en el puesto por méritos propios —digo en un intento por animarlo mientras lo abrazo.

De repente, este hombre al que mantengo en un cariñoso apretón comienza a reírse. A reírse muy alto.

—¡Por fin ha hecho una cosa bien! —exclama entre carcajadas—. Ya sabía yo que mi madre había metido baza por alguna parte... Comencé a sospechar el día que me dijo que debería interesarme más por la cultura italiana. Como si ella no

supiera que, aunque no le hago ascos a un buen plato de pasta, lo único que realmente me gusta de ese país son sus mujeres...

—Doy fe de ello —coincide mi hermano—. Por eso me extraña que no supieras lo que hizo tu madre por ti. Ya sabes que Rosa puede ser muy insistente cuando se propone algo. Y se propuso sacarte del mundo del ganduleo y las mujeres.

—Y lo conseguí, aunque solo sea en parte —concuerta, elevando una ceja, y añade con voz de presentador de informativos—: Ahora soy un hombre trabajador y respetable que dedica su tiempo libre, única y exclusivamente, a las féminas.

—No puedo contigo, de verdad —lo acuso.

—Bueno, podría ser peor... —dice mi hermano.

—¿Peor que este hombre misógino, fastidioso y con aspiraciones a *El club de la comedia*? —pregunto estupefacta a mi Cosimo.

—¡Eh! De misógino nada, rubita. Yo adoro a las mujeres, las idolatro.

—Él —prosigue Cosimo, ignorándolo—, podría ser tu hermano. Tan solo imagínate crecer aguantándolo durante la infancia.

—Soy el adora chicas —continúa Óscar a su vez—. Las venero, sobre todo cuando están desnudas y de rodillas entre mis piernas.

—Algún día conocerás a la mujer que te ponga de rodillas a ti, amigo —le informa Cosimo, sin embargo, suena más a una amenaza—. Y yo estaré allí para verlo... con una cámara en mano.

—Netta ha sido una muy mala influencia para ti, jefe —farfulla—. Y de todas formas, no tengo miedo. A este que ves aquí, todavía le quedan algunos años más de cacería hasta que decida sentar la cabeza.

—Qué divertido es ver caer a los poderosos... —murmura mi hermano antes de entrar otra vez a la trastienda a seguir con sus quehaceres.

Espero hasta que lo oigo trastear con algún utensilio, para comenzar a hablar.

—Estoy nerviosa, Óscar —me confieso. Por mucho que peleemos, sé que puedo confiar en él. Cuando deja a un lado esa fachada de travieso seductor, sabe escuchar, da muy buenos consejos y, lo más importante, no me critica a cada paso como haría Cosimo—. Solo espero hacerlo bien. No quiero decepcionar a

nadie o que Sandra salga perjudicada si no consigo adaptarme y acabo por quemar toda la casa o huyendo de allí corriendo sin mirar atrás si veo algo que no me guste.

—Eres una estúpida.

«¡¿Eh?! Gracias por el insulto, simpático».

12 Eres un cerdo.

6

—¿No te cansas de no creer en ti misma? —me interroga—. A esa actitud se le llama estupidez...

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—¿Ah, no? —pregunta incrédulo—. Tazia, hace años que te conozco y siempre has sido igual. Bailas de forma espectacular, pero dejaste que una lesión casi te apartara definitivamente del *ballet*.

—Eso no fue mi culpa... —me defiendo.

—Verdad. Que tu rodilla se fastidiara no lo fue, pero el que te rindieras y pensaras en abandonarlo de forma permanente, sí. Sé de buena tinta que te ofrecieron seguir en la compañía como coreógrafa y dando clases a los más jóvenes.

Desvió la mirada. No quiero que sepa la vergüenza que sentí al escuchar aquella oferta. No podía dejar de repetirme a mí misma que era tan solo un pobre premio de consolación.

—Deja el tema, Óscar. —Lo interrumpo. Como siga hablando voy a acabar estallando de una forma u otra. Lágrimas o gritos, las dos son dramáticas y escandalosas cuando salen de mi—. Es agua pasada.

—Seguirías yendo de gira con ellos, vivirías el mundo del *ballet*, solo que de forma diferente. —Me ignora—. Imagina qué bien lo habrías pasado. Recorrerías el mundo haciendo lo que te gusta, conocerías a gente nueva... —añade soñador.

—Si tanto te gusta, todavía tengo contactos. Si te preparas bien, puedo conseguirte una prueba —comento sarcástica.

—No, gracias. Las mallas no son mi vestimenta preferida. No quiero que los demás sepan hacia qué lado cargo a mi pequeño amigo —dice, y sé que lo hace para hacerme reír. No surge efecto.

—Da igual. Lo que sea... Ese mundo ya no es para mí.

—¿Y los chicos? Puede que seas tímida para hablar, pero sé que no eres una

virgen confiada. —Y dale con la manía de tocar temas incómodos—. Desde que estuviste con David, ese bailarín con el que te revolcabas a todas horas y donde fuera, no he conocido a ningún otro hombre con el que te sientas cómoda para abrirte de piernas.

—Eres un... un ordinario.

—Lo sé —afirma orgulloso—. No cambies de tema. Dime el porqué ha pasado bastante tiempo.

Un año, siete meses y quince días. No es que lo esté contando ni nada. Es que soy muy buena para las fechas y los números...

—Quería cosas de mí que no podía darle.

—¿Sexo anal? —pregunta muy serio—. No lo tendrías que haber descartado de primeras. Con una buena lubricación y juego previo llega a ser muy placentero.

—¡No, estúpido! —Aunque eso también lo quería—. Me pidió que abandonara todo y que saliera de gira con él. Le dije que no podía dejar solo a mi hermano con el negocio, me dio un ultimátum y lo envié, con muchísima educación, al infierno. Eso es todo.

Bueno, educación, lo que se dice educación, no tuve mucha... Por suerte, salió corriendo antes de que le pegara con la espumadera en la cabeza después de decirme que no llegaría a ser nadie en la vida si me conformaba tan solo con trabajar en el negocio familiar. Claro, para él era mucho mejor que me conformara con salir a recorrer el mundo a su lado sin nada más que hacer con mi tiempo que adorarlo... No, gracias.

Eso me pasa por desviarme de mis planes iniciales de buscar un hombre con un trabajo tranquilo y de carácter afable y confiado. David es un hombre intenso en todos los aspectos (sobre todo, en la cama) y con el cual pasé unos meses maravillosos, sin embargo, cometió el error de subestimarme y creer que lo abandonaría todo por él. Lo quería, sí; el sexo era maravilloso también, pero no lo amaba tan profundamente como para sacrificar todo por su causa.

—Ya lo sé, tonta. Tan solo quería quitar un poco de seriedad al tema. Tan solo estoy preocupado por ti. De un tiempo para acá te has cerrado en banda. Casi no tenías amigas, Tazia. Eso no es normal.

—Casi toda la gente que conocía es del mundo de la danza, Óscar. Ellos siguen en ello de forma profesional. —Su mirada de desconcierto me anima a explicárselo—. Solo hablaban de lo bien que se lo pasaban o de lo duros que eran los ensayos y yo...yo me sentía inferior. —Tomo una respiración profunda—. Me sentía como una impostora. Tenía miedo de que alguna vez me miraran y se dieran cuenta de ello. Preferí alejarme yo antes de que me hicieran daño.

—Me repito: eres tonta, rubita.

—No me des tantos ánimos, guapo —me quejo.

—No puedo ponerme en tu lugar. Tiene que ser duro pasar de casi cumplir tu sueño a no poder hacerlo, pero hay que reponerse. Estás bailando de nuevo...

—Estoy dando clases para no engarrotar los músculos. No es lo mismo. — Interrumpo.

—Estás bailando de nuevo, y eso es lo importante. No te centres en el por qué, sino en que estás haciendo otra vez algo que te apasiona—prosigue, ignorándome—. Vas a dar lecciones de repostería; te pondrás poner esos delantales con volantes que tanto te gustan y la gente se quedará asombrada de tu talento. Se te da muy bien la gente. Eres dulce, considerada y, lo más importante, tienes paciencia. —Sonríe—. Sé que estás un poco frustrada porque Cosimo no te deja poner a la venta lo que haces... A lo mejor, esta experiencia te anima a hacerle frente de una vez o a mover tus dulces por otros sitios, como él hace. Tengo contactos por ahí, no lo olvides. Podría ayudarte si quieres. Netta también te ha dicho muchas veces que le llesves algo a la *gelateria*¹³, sabes que si le gusta, le dará igual que no sea repostería italiana. Ella te quiere, Tazia, y confía en ti. Deberías hacer lo mismo.

Lo abrazo otra vez. Es un oso amoroso, por eso lo quiero tanto.

—Se me hace raro verte tan serio. No termino de acostumbrarme —le confieso apoyada en su hombro—. Aunque tienes razón. —Me aparto—. Tengo que confiar más en mí. Si llego y quemo algo, no me pondré a llorar por las paredes, haré otra cosa, y eso sí me saldrá bien.

He omitido totalmente la parte en la que me lanzo en solitario al mundo del azúcar. No estoy preparada para eso todavía. Como dicen por ahí: un pasito a la vez.

—¿Puedo volver a ser ya un capullo o quieres llorar un poco sobre mi varonil hombro?

—No tienes remedio, Óscar —me lamento—. Pero te quiero.

—Lo sé.

—Capullo.

—Tontita.

—Salido.

—Mojigata.

Nos echamos a reír como dos imbéciles, sin motivo aparente, y felices con ello.

—¿Y qué tal con el director? —pregunta cuando nos calmamos—. Tu hermano dice que es un buen tío.

—Solo hablamos del tema en cuestión. —«Y me vio las bragas. Dos veces»—. Parece un hombre bastante formal. Me dio un código de vestimenta. —Hago una mueca—. No puedo usar vestidos mientras esté dando clases —le explico.

—Pues él se lo pierde. Yo trabajaría más a gusto si pudiera entretenerme mirando algo que me guste...

Dibujo en mi cara un gesto de fingido horror y me bajo el dobladillo del vestido sin ningún disimulo.

—Tú no cuentas, Tazia. Eres como mi hermana. Podrías caminar desnuda delante de mí y no ocurriría nada. —Se toma su tiempo, como si reflexionara—. Bueno, eso es mentira. Seguramente me pondría duro como una piedra, solo que no actuaría en consecuencia. Ni si quiera estando solo —puntualiza.

—Mejor no vayamos por ahí. No me hace ninguna gracia imaginar ciertas cosas... Me da un poco de repelús.

—Pero ¿a qué te he distraído? —comenta divertido.

—Eso no lo voy a negar —admito—. Y ahora, sé mejor hermano que el que por desgracia me tocó por familia y ayúdame a elegir recetas para el curso.

Llegar tarde al trabajo tiene sus ventajas, como que ya esté todo lo *grande* hecho. Así que mi jornada laboral consistió en esperar a que llegaran los clientes y recibirlos con mi mejor sonrisa mientras los atendía. Entre medio, pude retomar mi búsqueda de recetas perfecta.

A decir verdad, todavía estoy en ello. Aunque Óscar estuvo ayudándome a decidirme, no saqué nada en claro. Así que aquí estoy, con la nariz metida entre los libros de recetas que tengo esparcidos por todos los rincones de la panadería. Sé que empecé tarde, pero estoy deseando que se acabe el día. He recibido un mensaje de Sandra en el que me dice la dirección de un nuevo local que le han recomendado y la confirmación de que Netta también se apunta a la salida. Estoy deseando ir con ellas. Nada mejor que una noche de chicas para olvidar las inseguridades. Además, quiero ver qué dicen sobre mis nuevos vaqueros pitillo... a lo mejor me arrepiento —ya que suelen ser demasiado sinceras—, sin embargo, mejor eso que ir por ahí con algo que haga que mi culo parezca el capó de un Volkswagen escarabajo.

Tras limpiar todo, me meto en el baño y me cambio de ropa. Salgo corriendo, murmurando un rápido «hasta mañana» y evitando a mi hermano, el cual seguro que querrá llevarme con la excusa de ver a su *fragola*¹⁴, y sé bien, pero que muy bien, cómo acabará todo: con ellos dos pegados, saliva, manoseos, una despedida trágica digna de un fin del mundo lleno de efectos especiales, Netta distraída toda la noche mirando a la puerta con el anhelo pintado en la cara, una excusa barata, una huída y ruido —que si no estoy lo suficientemente cansada— me impedirá conciliar el sueño al llegar a casa. «Mi hermano tiene que cambiar la cama de una vez por todas. Cada vez que la oigo crujir, no puedo evitar acordarme de la película *El milagro de P. Pinto* y su muy ruidosa cama...».

Consigo escabullirme y voy directa a mi coche. Me subo, arranco y conduzco como si estuviera siendo perseguida por la policía. Ninguna precaución es poca con tal de huir de mi hermano...

Llego al sitio en cuestión, un alto y precioso edificio. Tras comprobar el panel informativo de la pared, veo que el único bar se sitúa en el ático y que se llama Edén. Subo en el ascensor y me dirijo a la última planta. Al traspasar el umbral, un cartel en el que reza «prohibido zapatos» llama mi atención y, al entrar, descubro el porqué de tan rara petición: el suelo del local está cubierto de suave arena tostada. Tienen que tener algún tipo de suelo radiante porque, al pisar, parece que la arena ha estado todo el día al sol, tiene una temperatura perfecta. Al adentrarme, descubro más de la decoración que viene siendo de un tipo *Chill-out* playero que me enamora al instante.

Cojines gigantes sobre palés, camas balinesas redondas, todo rodeado de tenues luces esparcidas por todo el lugar, que dan la impresión de encontrarse en un eterno atardecer. En definitiva, un aspecto romántico y precioso.

Música suave —no del tipo olas del mar de esas que te dan ganas de ir al baño cada dos por tres— ameniza el ambiente. Todo es perfecto. «Definitivamente es el edén».

Veo a las chicas acostadas en el fondo y me dirijo a ellas con los zapatos en la mano. Me cercioro de que me ven y hablo:

—Vean, chicas, y sean sinceras, ¿qué tal me veo?—les pregunto, a modo de saludo, a la vez que doy una vuelta sobre mí misma pasando la mano por el tejido vaquero.

—¡Te quedan genial! —exclama Netta—. Ya te dije que lo harían. No entiendo porqué no me haces caso. Tengo un gusto excelente y un ojo clínico para la ropa...

—La reina de la modestia tiene toda la razón —dice Sandra—. Eres tan adicta a esos vestidos de niña bien, tan morbosos, que le has cerrado la puerta a un buen tejido vaquero.

—¡Eh! Que sí me los pongo —me quejo y añado con la boca pequeña, ya que me da vergüenza admitirlo—, pero solo cuando hace falta que haga algún trabajo como cargar un mueble o vamos de barbacoa... No les encuentro el uso para nada más.

—¿Ni siquiera en la adolescencia? —me interroga Sandra. Sacudo la cabeza, negándolo—. Pues siento decirte que si nunca te pusiste unos de esos vaqueros

elásticos y desteñidos junto con alguna plataforma horrible que parecía sacada del armario de Frankenstein, Taz, no viviste la juventud a tope.

—¡Verdad! —concuerta la novia de mi hermano.

Las miro horrorizada mientras debaten entre ellas sobre tops cortos y aros en el ombligo. En esencia sé de lo que hablan, solo que para mí parece como si hablaran de bioquímica avanzada, ya que durante esa época (y durante casi toda mi vida, incluido el presente), mi armario estuvo repleto de ropa de baile y viejos vestidos de mi madre. El amor por la ropa y por el estilo *antiguo* me viene de lejos.

Mientras las oigo, no puedo evitar sentirme un poco excluida, no obstante, ese sentimiento me dura muy poco. Netta, sin parar de parlotear, me hace un gesto con la mano para que me una a ellas a la vez que se rueda hacia un lado. Sandra copia el gesto hasta que entre las dos queda un hueco para mí. Sin pensármelo, me sitúo boca abajo entre las dos, que, al terminar de acomodarme, vuelven a ocupar su antiguo lugar pegándose a mi cuerpo.

—Basta ya de hablar de moda —dice Sandra—. Esta señorita tiene que contarme, contarnos —rectifica—, algunas cositas que parece que se le han pasado. Muy mal hecho, Tazia. Entre amigas nos contamos todo —me reprende.

—¿Yo? —pregunto con confusión. No tengo ni idea a qué se refiere—. Te recuerdo que esta mañana nos vimos y que, que yo sepa, no me ha pasado, desde entonces, nada digno de mención.

—Cuéntale, cuéntale —la insta Netta—. Si no me estuviera muriendo por ver la cara que se le quedará, te diría todo lo contrario. Creía que me querías, cuñadita, pero ya veo que no, o por lo menos, no lo haces lo suficiente —se lamenta, melodramática—. Si lo hicieras, serías capaz de contarme cualquier cosa.

—De verdad, chicas. No sé de qué hablan... Y tú —señalo a la novia de mi hermano—, deja de intentar hacerme sentir culpable, estúpida. En serio, admito que muchas veces me hago la sueca, sin embargo, en este caso, estoy en blanco.

Sandra me sujeta por la barbilla y me obliga a mirarla durante unos segundos.

—Me has convencido —me dice—. Por eso voy a deleitarte con una pequeña historia. Esta mañana, al irte, fui a hacer la ronda por el recinto, nada nuevo

porque siempre la hago sobre esa hora, iba a subiendo hacia la segunda planta cuando me topé con Alek.

—¿Y? ¿Qué tiene que ver eso conmigo? —La corto—. Estoy esperando la parte que supuestamente tiene que interesarme.

—Y, como feminista declarada que soy...

—Te refieres a cotilla no declarada, ¿verdad? —se mofa, interrumpiéndola otra vez, Netta.

—... no pude evitar preguntarle por la nueva política de vestimenta de la empresa y si iba a tardar en poner en el tablón del personal las nuevas directrices respecto a la indumentaria que tienen que llevar los empleados que no utilizan un uniforme médico, ya que, a lo mejor, tenía que solicitar un aumento de sueldo para comprarme ropa. —Toma una respiración profunda—. Claro que, cuando le pregunté, tenía en mente pedirte prestados algunos de tus vestiditos y sacarlo de quicio un poco.

—Eres una revolucionaria —me burlo—. Tendrías que haber nacido en la época en la que las mujeres se dedicaban a quemar sus sujetadores por las esquinas...

—No entiendo por qué estas dos me interrumpen cada dos por tres. Todo el mundo me dice que tengo una voz creada para la narrativa —expone para sí misma la pelirroja—. ¿Me vais a dejar acabar de una vez o qué? Porque no puedo estar aquí todo el día.

—No te engañes a ti misma, Sandra. Mientras el tráfico de bebida y de hombres guapos siga su curso, puedes estar aquí hasta el fin de los días —le dice Netta.

Su amiga, al oírla, asiente; levanta una ceja y me señala con el dedo, como diciendo que mi respuesta es la que más le importa. Mi curiosidad hace que, muy a mi pesar, le copie el gesto y asienta efusivamente para que continúe.

—Pues como iba diciendo antes de que me interrumpieran: me dijo que nada había cambiado. Que todos los que no sean personal sanitario podrían vestirse como quisieran. Me puse tan contenta y le solté como si nada: «ya decía yo que Tazia tenía que estar confundida». Me frunció el ceño y me preguntó con ese vozarrón tan espectacular: «¿sobre qué se encuentra confundida la nueva

profesora? Creía que le había explicado bien todos los detalles referidos al empleo» —me dice imitando a la perfección el tono de Aleksandr.

—Me lo dejó todo muy claro —le aclaro, y ella, para no variar, me ignora descaradamente.

—Y yo, que soy más lista que el hambre y sé cómo llevar a la gente a mi terreno, dejo caer como si nada: «no sabes lo contenta que se pondrá Tazia cuando se entere de que puede seguir usando esos vestidos tan recatados que le gusta tanto lucir. La pobre se llevó un disgusto tremendo con eso de que podría incitar a la lujuria a los pacientes».

»Me estaba retorciendo mentalmente mi inexistente bigote en señal de victoria y me suelta: «y no puede». Imagínense mi cara cuando me confirmó sin ningún pudor lo que tú, Tazia, me habías contado. Comencé a despotricar sobre la independencia de la mujer, el sufragio universal y como no podía ejercer en la clínica una dictadura absolutista que estaba en contra de años y años de lucha femenina contra la opresión de los varones.

Me incorporo y me coloco de rodillas. Ni siquiera imaginarme a Sandra soltando palabras como esas hace que me ría (bueno, tal vez un poco).

—En realidad, sí que puede Sandra —la corrijo—. El sitio es suyo. Con que te exponga sus condiciones antes de entrar a trabajar y tú las aceptes, ya vale.

—Veo tu lógica, y es aplastante —dice Netta—. Aquí la rubia tiene razón, amiga mía. Para que después digan que las rubias son tontas.

Le doy un toque en la cabeza por su insolencia.

—¡Estúpida! —me río.

—No recordaba ese *pequeño detalle* cuando me puse en plan acoso y derribo en contra del macho alfa y sus dictados falócratas —explica y añade, copiando mi posición sobre el colchón—: Tal vez debería pedirle perdón... o no. —Se gira y se sienta—. Lo pensaré mejor mientras me tomo un copazo. A poder ser con una maravillosa y colorida sombrillita incorporada. Es asombroso como ese pequeño detalle consigue que cualquier cosa sepa mejor—murmura para sí misma, mirando de un lado a otro en busca de algún camarero.

—Lo que sí que resulta asombroso es como ese pequeño complemento consigue convertirte de forma automática en la más hortera del local —me burlo.

—¿Perdona? —me dice mirándome fijamente a los ojos. Su cara y tono de indignación no me sorprenden. No es la primera vez que la oigo defender a capa y espada a las dichosas sombrillas de papel—. Es retro. Re-tro —puntualiza—. Aprende un poco, amiga. Para alguien que está loca por ese estilo, parece que no estás muy informada.

—No exageres, Sandra —le reprocha Netta—. Te conozco desde los dieciséis y a esa edad también eras una fan incondicional. ¿Te has olvidado de cómo me hacías vigilar para poder pillarlas de las barras de cualquier *bareto* en las que las viéramos? Un poco penoso. Estabas, y estás, enganchada a esas cosas horripilantes.

—Pero ¿todavía no te has dado cuenta? Incluso en mi tierna adolescencia sabía que eran, y siempre serían, algo top en mi vida. Soy una visionaria. —Se levanta—. Ahora voy al baño. Si el camarero se digna a aparecer..., ya saben lo que me gusta. Y por su bien, y si tampoco quieren comer arena, no se olviden de pedir la sombrilla.

Se marcha murmurando algo así como: «hortera, dice...».

—No ha dicho en serio eso de comer arena, ¿verdad? —pregunto entre sorprendida y asustada por la amenaza tácita y divertida que nos acaba de dedicar.

—No creo. Bueno... hacernos comerla, no. De eso estoy segura —responde la novia de mi hermano—. Aunque aún queda la posibilidad de acabar con el pelo hecho un desastre... y deshacerte de la arena es un asco. Te lo digo yo. Recemos al dios de los cocteles para que en este sitio tan moderno se decanten por adornar las bebidas como dice Sandra: al estilo retro. Estoy demasiado a gusto donde estoy como para cambiar de local.

—¿Crees que nos haría mudarnos a otra parte? —pregunto escéptica. Al ver su ceja levantada como diciendo: «eso ni lo dudes», añado—: Pues yo de aquí no me muevo. Se está muy cómoda.

Me vuelvo a recostar boca abajo.

—Me acabo de dar cuenta de una cosa. Tanto rollo sobre las injusticias del dominio del pene y, al final, no me ha contado nada que yo no supiera.

—Se ha dejado lo mejor... —me dice Netta—. Sabes cómo le gusta acaparar la atención del público.

—Pues que se dedique a hacer monólogos y deje los misterios para otra persona —me quejo—. Estoy deseando que me diga si puedo ir a trabajar con mis vestidos o no.

—No creo que los tiros vayan por ahí, Tazia.

—No entiendo.

—Sandra está demasiado entusiasmada con el chisme como para tratarse solo de problemas de uniformidad. Algo más tiene que haber en todo esto. No creo que la reina del drama se tome las molestias de aguantarse un chisme si no es sabroso.

—Sigo sin comprender —murmuro.

—Tazia, chica. Algunas veces me desesperas... Estoy diciendo que Alek tuvo

que decir algo sobre ti como mujer. De otra forma, no entendería que Sandra se pusiera así de ansiosa por contar algo.

¿Qué puede haber dicho ese hombre sobre mí? No creo que le haya contado a Sandra sobre mis pequeños y nada importantes tropiezos en los que le enseñaba la ropa interior... no sería capaz. ¿O sí?

Ni que decir que piense que soy una torpe, la cual no puede dar ni tres pasos sin caerse de bruces. Por el amor de Dios, ¡soy bailarina! Si puedo andar en puntas a su alrededor, también soy muy capaz de dar más de tres pasos sin dejarme caer sobre mi culo ni, mejor dicho, enseñar mis braguitas al primero que pase.

—¿Te comentó Sandra algo sobre mi inusual faceta exhibicionista de hoy?

—No. —Suspiro aliviada—. Pero sí me dijo algo sobre unas braguitas preciosas y tu habilidad para el ligue. —Se ríe.

—Eres una estúpida —la acuso y paso a explicarle todo con pelos y señales—. Como puedes comprobar, fue totalmente involuntario.

—No hace falta que te justifiques delante de mí. Si no estuviera loca por los huesos de tu hermano, puede que yo también le enseñara la mercancía. —Hace el gesto de abanicarse la cara con la mano—. Ese hombre está como un tren.

—No engañas a nadie, Netta. Ese *puede* sobra. Seguro que lo harías y no de forma accidental como yo. Tú te mostrarías descaradamente.

Me saca la lengua mientras me guiña un ojo.

—Tienes toda la razón.

—¿Crees que me va a decir que ha cambiado de idea y que no quiere que dé las clases? —pregunto poniéndome seria.

—Por lo que conozco a Alek, no es el tipo de persona que delega en otros asuntos como ese. Si no quisiera que fueras, te lo habría dicho en persona. Es un tío legal.

—Sí, pero el asunto de la ropa interior...

—Deja de preocuparte por tonterías, Taz. A nadie le amarga un dulce, y ese hombre se empañó de ti. Sería estúpido si no te quisiera por algo que se ve claramente que no fue adrede.

Respiro tranquila. Netta tiene razón. No sé qué es lo que Sandra tendrá que contarme, pero no tiene nada que ver con mi despido inminente.

—¡Ey, chicas, mirad qué os traigo!

Nos damos la vuelta y vemos a la pelirroja seguida por un camarero bastante joven que lleva solo un pareo atado a la cintura, enseñando un torso y abdomen esculpidos a golpe de martillo y cincel, y que porta una bandeja repleta con tres copas de color rosa y decoradas con, cómo no, sombrillitas de colores y bengalas encendidas.

«Bienvenidos a los noventa», no puedo evitar pensar, «solo de ver esa monstruosidad me entran ganas de sacar un bote de laca y darle volumen a mi pelo».

—Guapo, puedes dejar las bebidas donde quieras, y tú te puedes colocar directamente sobre mi regazo o yo sobre el tuyo —le dice, insinuante, al camarero—. Como le gustaba decir a mi profesora de matemáticas: el orden de los factores no afecta al producto.

—Deja al muchacho en paz, Sandra —le dice Netta incorporándose y recogiendo dos bebidas de la bandeja. Me da una a mí y le da un largo sorbo a la suya—. Algunas personas se toman en serio eso de ganar dinero para sobrevivir. Lo sabes, ¿verdad?

—Salgo a las doce —se apresura a decir el chico—. Si me esperas, podemos hacer lo que quieras. Mañana no tengo clase, no tengo prisa por volver a casa.

—¡Oh, qué mono! —Suspiro.

—Asaltacunas —farfulla Netta a mi lado.

Sandra se aproxima a él. Se pega a su cuerpo de forma sugerente y le dice:

—Me halagas, Pablo —le dice llamándolo por su nombre y quitándole la copa de la bandeja—. Pero tengo planeado que esta noche sea única y exclusivamente cosa de chicas...

El pobre camarero pone tal cara de desilusión que estoy a punto de invitarlo a pasar el resto de la noche con nosotras. Mi cuñada parece olerse mis intenciones porque me pellizca el muslo para que me calle.

—La única esperanza que te queda es que, cuando llegue la hora de irnos, esté lo suficientemente contenta como para olvidarme de ellas —prosigue Sandra,

señalándonos con una mano y pasando la otra por el frente del cuerpo del chico y raspándole un pezón con el dedo índice—. Tal vez si te aseguras de que la bebida no pare de circular durante lo que queda de noche, tengas suerte. —Baja su mano hasta el borde del pareo y lo recorre de un lado a otro—. Ahora, déjame que me siente, beba y me recree en tu cuerpo mientras te veo trabajar, imaginándome cómo te verás sin este trapo atado a la cadera.

El camarero, Pablo, traga saliva de manera ruidosa.

—Nos vemos en un rato, Sandra.

Se marcha con la bandeja colocada de tal modo que le tapa la parte delantera, seguro que escondiendo lo alegre que se ha puesto esa parte de su anatomía al oír a mi descarada amiga.

—Y así es cómo se consiguen copas gratis —exclama la pelirroja con una sonrisa.

Netta se empieza a reír mientras yo me quedo con la boca abierta.

—Bien hecho, amiga —le dice a Sandra—. Ni yo misma lo habría hecho mejor

—No puedo creer que hayas hecho eso, así. Sin más. —Estoy atónita—. ¿Vas a irte con él después?

—Como ya le dije a Pablo, puede que sí... depende de cómo acabe la noche. Aunque para ser sinceras, prefiero irme a casa y ver un maratón de *Mentes criminales*. —Sonríe—. O tal vez no pierda la oportunidad de pervertir a un chaval con ese cuerpo. No todos los días se aparece ante una un dios hawaiano en pareo dispuesto a bailarme el Hula horizontal.

—¿No te sientes mal aprovechándote de alguien solo para conseguir copas gratis?

—¿Y tú no te sientes como tu abuela diciendo cosas como esas? —replica.

—Un poco —admito—. No me quiero comportar como la brújula moral de este trío. Tan solo quiero entenderlo.

—La pregunta que deberías hacer es: ¿por qué no soy capaz de hacerlo? —dice—. Que sepas que lo elegí precisamente a él porque desde la barra lo oí fardando con un compañero sobre una chica que no lo dejaba en paz y que le había dejado su número de teléfono en una servilleta y que, a lo mejor, si no

conseguía nada mejor, esta noche la llamaría para un rapidito. —Se sienta a mi lado—. No tengas pena por él porque yo no la tengo. Si fuera un buen chico, yo misma lo hubiera premiado con algo más que una semierección.

—Amiga, eres taaan generosa —se mofa Netta—. Tazia, que esto te sirva de lección. No todo es tal y como parece a simple vista. Puede parecer que la psicóloga no tiene escrúpulos, pero en el fondo es una especie de vengadora femenina.

—Cierto —concuerta—, soy demasiado buena para ser cierta. Un alma caritativa, una bienhechora, un ángel, una heroína, una...

—Caradura —me burlo—. Vas de santa, pero todas sabemos que en el fondo lo has hecho por las copas gratis.

—Ay, Tazia, me has descubierto —dice fingiendo un desmayo, recostándose sobre el colchón con la copa en la mano—. Si fuera buena, o por lo menos tú lo admitieras, te diría cierta información que tal vez te interese.

—Tazia, la fastidiaste. Ahora se va a hacer de rogar —dice Netta.

—¡Oh, Sandra! Tu bondad solo se equipara a la de la madre Teresa de Calcuta. —Empiezo bizqueando los ojos—. Tu belleza es legendaria y tu inteligencia es infinita. ¿Podrías tener benevolencia de contarme de una vez lo que tengas que decirme? Me voy a quedar calva de los nervios.

—Te podría hacer rogar un poco más, pero no puedo aguantarme por más tiempo. —Se sienta y pone cara de niña pequeña que sabe un secreto—. Cuando le pregunté a Alek por un motivo por el cual no puedas ir en vestidos, me respondió: «la tentación tiene las patas muy cortas, Sandra, y yo soy un hombre de poca voluntad».

La boca se me abre sin poder evitarlo. No sé qué decir.

—Y le digo: «a ti, lo que te pasa es que de ahora en adelante no vas a poder dejar de pensar en sus braguitas». Me echó una de sus miradas de «cállate la boca, Sandra», y se marchó. Pero no antes de que lo oyera murmurar: «ni que lo digas».

De repente, siento la garganta seca, así que me bebo el coctel de un trago.

—Tazia, parece que has ligado —me dice Netta con una sonrisa.

Y en lugar de sentirme halagada, no puedo evitar pensar: «¿Y con qué cara

me presento yo a trabajar el lunes?».

No puedo quitarme de la cabeza lo que me ha dicho Sandra. Tal vez ella ha exagerado las cosas o no la haya oído bien... Bueno, es cierto que ella tiene tendencia a engrandecer las cosas, pero no es una mentirosa. Si dice que lo ha escuchado, es porque lo ha hecho.

Mi actitud al respecto ha cambiado un poco. Ya no estoy avergonzada, lo que siento es incomodidad. No estoy segura de cómo actuaría si intentara algo... Es verdad que el chico está como un tren y que, en otras circunstancias, a lo mejor, yo habría hecho algo en consecuencia, pero no me va eso de mezclar el trabajo con el placer.

Mentira. ¿Pero a quién quiero engañar? Tal vez si él fuese un chico amable y tranquilo sin todos esos tatuajes en los brazos (los cuales me hacen pensar si tiene más escondidos por alguna otra parte interesante de su cuerpo) y con un trabajo estable, me lo pensaría. Bueno, ni si quiera así estoy segura de que me atreviera... No creo que ni con esas. Tengo la impresión de que Aleksandr es un hombre que nunca parecería manso ni aun vestido con un hábito. No hemos hablado mucho, pero tengo esa corazonada.

Muy a mi pesar, me he visto pensando demasiado en él durante estos días que me he tomado para preparar las clases. En este tiempo, he recibido varios correos suyos (todo muy profesional), dándome algunas pautas que cree posible que me interesarán y pidiéndome el detalle de las recetas para comprar los ingredientes. ¡Ah! En uno de esos *e-mails*, me pedía que dejase de decirle señor Glazunov, ya que le recuerda a su padre. Que lo nombre por Alek o Aleksandr... Como iba diciendo, nada fuera de lo normal. Todo muy profesional.

Así que aquí estoy, el lunes ya ha llegado y me encuentro dentro de mi coche, aparcado desde hace veinte minutos, haciendo mi mejor intento de olvidarme de que me muero de vergüenza. Una estupidez, lo sé, pero no puedo evitarlo. He pasado toda la mañana de los nervios en la *pasticceria*. Intentando buscar distracciones por todos lados, pero fracasando en ello. Parezco una adolescente

con su primer ligue... Basta de esto.

Salgo del coche con paso firme. Diciéndome a mí misma que soy una profesional y que puedo hacer esto. Voy bien encaminada hasta que llego a la puerta y me dispongo a apretar el botón del timbre. Antes de poder hacerlo, el portón se abre y comienzan a salir los que supongo que serán los pacientes. Un grupo de cuatro o cinco hombres y mujeres de diferentes edades. Algunos gordos, otros delgados; altos, bajos; serios o alegres... Pero al fin y al cabo, sencillamente personas con las que, a simple vista y en su rápido pasar, pude haberme cruzado por la calle miles de veces.

Al verlos, me acabo de percatar de lo prejuiciosa que soy y he sido sin darme cuenta durante toda mi vida como adulta. Al ver a los internos desfilar delante de mí, reconozco que me imaginaba otra cosa, que tuvieran otro aspecto. Que estuvieran más *hechos polvo* o, simplemente, que no me parecieran tan normales. No sé, será que soy una de esas personas que asocian las adicciones y a las personas que las sufren con esos personajes destruidos por la vida que nos muestra la televisión sensacionalista. La verdad es que ese tipo de adicto existe, pero me choca más ver a personas que bien podrían ser mis vecinos u amigos en una situación como esta. Eso dice mucho de la mente humana y de lo que cada hombre esconde en su interior. «No es oro todo lo que reluce».

Cuando la fila parece haber llegado a su fin y un hombre mayor con aspecto de saber trabajar la tierra con las manos (que creo otro empleado) me saluda con un movimiento de cabeza, entro en la clínica que se encuentra en un silencio que podría resultarme perturbador si me encontrara sola y de madrugada en el viejo caserón... Me dirijo a la sala de empleados con la esperanza de ver a alguien por el camino, pero parece que todo el mundo se ha esfumado.

Deambulo por la clínica topándome en mi recorrido con algunas puertas cerradas, de las que se oyen los murmullos de las voces en el interior. Como supongo que será alguna clase de terapia, sigo de largo hasta los que serán mis dominios durante el tiempo que dure el taller. Entro en la cocina y me encuentro con Sandra, Aleksandr y a una preciosa chica morena y bajita que están llenando los diferentes estantes de comestibles.

—Hola, chicos —saludo con una sonrisa en la boca. Si la instancia era bonita

antes, ahora, repleta de comida, con todo despejado y preparado como una verdadera aula está espectacular. Si me hubiera encontrado con todo esto estando sola, habría dado piruetas de alegría. Pensándolo bien, mejor que tenga compañía o me habría terminado de fastidiar la rodilla haciendo un maravilloso y espontáneo *grand jeté*—. Si me hubieran avisado, habría llegado antes y ayudado con todo.

—No hacía falta, gracias —dice Alek sin ni siquiera mirarme al tiempo que sigue colocando todo.

—¿Cómo que antes? Si has llegado dos horas antes, mujer —me increpa Sandra acercándose para saludarme con dos besos—. Si llegas a venir más temprano, te quedas a dormir aquí. No tenías que llegar hasta las cinco.

—No me eches la bronca, Sandra —farfullo junto a su oído—. Estaba nerviosa. No paraba de mirar el reloj creyendo que llegaría tarde. —Al apartarme de su lado, digo en voz alta—. No tenía nada mejor que hacer.

Mi amiga me guiña un ojo y me sigue la corriente.

—Pues tenías que haber avisado antes, bonita. Ya hemos hecho todo lo pesado —se queja mientras mueve le cuello de un lado a otro—. El proveedor se confundió de día y trajo los víveres hace poco. Nos habrías venido de maravilla entonces. O mucho mejor, tenías que haber llegado temprano y supervisar que colocáramos todo a tu gusto.

—No creo que a mi hermano le hiciera mucha gracia tener que ocuparse de hacer los dulces y ocuparse de la tienda solo durante toda la mañana —bromeo—. Ya sabes cómo es. Le daría un infarto de miocardio a los cinco minutos de que una de nuestras clientas le diera conversación. Esas cosas se las solemos dejar a Óscar, y desde que él se pasa casi toda la mañana con los repartos, le dejaría toda la responsabilidad social al rey de la hostilidad. La poca paciencia que le queda la gasta en Netta. Con los demás no suele ser tan complaciente, y tener al dueño siendo cortante con los clientes no es bueno para el negocio.

—Eso es verdad —concuerta divertida—. No hay nada más gracioso que ver a Cosimo tratando de huir de una señora aburrida intentando engancharlo para una conversación casual cuyo tema principal es la Pantoja.

—¿Eres Tazia, la hermana de Cosimo? —nos interrumpe la morena.

—Mmm... sí —respondo extrañada porque sepa mi nombre—. ¿Y tú eres...?

—Perdona. ¡Qué tonta que soy! —Se ruboriza—. Soy muy impulsiva y he oído hablar mucho sobre ti. Soy Mónica, la madre de Iván.

Se acerca y me ofrece la mano como saludo. Pero yo me alegro tanto de conocerla por fin y de verla tan bien que la abrazo sin pensármelo dos veces. La noto tensa entre mis brazos y me doy cuenta de lo estúpida que he sido.

—Lo siento. Parece que no eres la única con problemas para controlar sus impulsos —me disculpo—. Yo también he oído hablar sobre ti. Iván está muy orgulloso de todo lo que estás haciendo y consiguiendo desde que estás aquí. — Sin poder evitarlo, la vuelvo a abrazar, sin embargo, esta vez me lo devuelve—. Tienes un hijo maravilloso que te adora.

Al levantar la vista, veo como Aleksandr nos observa. Me dedica un casi imperceptible gesto de aprobación con la cabeza, al cual yo le respondo con un divertido fruncimiento de labios y levantando las cejas. Al verme, sonrío y vuelve a lo suyo.

Me separo de Mónica, ya más tranquila. Los nervios del inicio del día parece que se han evaporado en la nada y puedo respirar en paz. Me remango la camiseta 3/4 por encima de los codos y me dirijo a los diferentes muebles y estanterías. Observo con detalle lo que se encuentra en su interior, familiarizándome con ello para, en caso de que me haga falta algo de improviso, no quedarme buscándolo como loca. Mientras tanto, realizo un esquema mental de una mejor ubicación para ciertas cosas. Como el hecho de que los productos líquidos se deben poner en las baldas de abajo...

Me muevo de un lado a otro con la eficacia que me han dado los años de trabajar en la hostelería. Conozco los utensilios, los ingredientes y la receta... Lo único de lo que no tengo ni idea es sobre los alumnos y su disposición al trabajo en equipo e individual, así que decido aprovecharme de que a mi lado se encuentran el director del centro y una de sus psicólogas y pregunto sobre ello:

—¿Cuántos personas tendré al final hoy en mi clase?

—Solamente seis —me responde Aleksandr—. Los demás están ocupados con un proyecto de jardinería, pero durante la semana, se irán incorporando hasta ser un total de diez.

Asiento conforme con el número, ya que estoy segura de que podré manejarlo. Bueno, eso creo hasta que se me pasa una cosa por la cabeza.

—¿Hay alguna cosa en particular que tenga que saber de alguno de los residentes? —consulto a nadie en particular y evitando la palabra *pacientes*. Es mi primer día y no quiero insultar a nadie. No estoy muy al tanto de los protocolos a seguir.

—No te preocupes, Taz. La gente que ocupa actualmente el centro lleva varios meses con nosotros —me tranquiliza Sandra—. Y sin contar algún estallido ocasional, no están atravesando ninguna fase autodestructiva. Han reconocido que tienen un problema y que necesitan solucionarlo para ser felices. No es fácil... Poco a poco van saliendo hacia delante.

—Creía que el simple hecho de estar aquí los hacía conscientes de eso mismo —razono.

—No. El problema no es saber que estás mal o en aceptar que eres un adicto —responde Sandra—. Lo difícil es asumir lo que te metió primero en este mundo y luchar contra ello.

—Créeme cuando te digo que, antes de ingresar, sabía muy bien que lo que hacía estaba mal, pero me daba igual —interviene Mónica—. Acepté venir aquí para contentar a mi hijo, lo que me costó un poco más fue acceder a quedarme para contentarme a mí misma. —Comienza a jugar con un paquete que tiene entre las manos—. Los primeros días estaba tan desesperada por una raya que no habría sido capaz de estar aquí y no esnifar cualquier cosa como harina o azúcar... —Pone cara de asco—. Eso tendría que doler.

No sé qué responder. Nunca se me habría pasado por la cabeza un escenario parecido al que Mónica acaba de implantar en mi mente. He creado una imagen escabrosamente detallista en mi cerebro.

—¿Demasiado gráfico, no? —Se ríe—. Lo siento. Solo lo dije para que te dieras cuenta de que no soy la misma persona que entró aquí, y los otros pacientes tampoco. No nos vamos a volver locos ni nada de eso.

—Es solo que... me sorprendiste —confieso—. No esperaba que fueras tan clara para hablar sobre tu adicción, pero te agradezco el detalle. —La tranquilizo—. Aunque tengo que confesar que cuando pregunté si había algún detalle importante que tenía que saber, me refería a alergias, intolerancias o a algún desorden alimenticio. Sin embargo, me alegra saber que la harina y todos los demás polvos de la cocina estarán libres de ataques... —me burlo.

—¡Uy! —El gritito tímido de la madre de Iván me divierte. Se ha puesto roja como un tomate.

—¿Ves? Por este tipo de cosas hacemos cursos como estos —explica Aleksandr—. Pasamos tanto tiempo hablando sobre adicciones que cada vez que hablamos de forma automática sacamos el tema a colación. Desde que acabemos aquí, revisaré los informes médicos y te diré algo. En este momento, no estoy seguro de si hay algún alérgico y quiero asegurarme.

—Rubia, vas a veniros de maravilla —me dice Sandra—. Una persona tan

positiva como tú es lo que nos hacía falta por aquí. Casi cada individuo que cruza esa puerta viene con una idea negativa en la cabeza y no los tratan como personas normales con dificultades. Tú les darás eso. Los harás sentirse normales dentro de un mundo que los ha tachado de parias dentro de la sociedad.

«Si solo supieran que soy una de esos. No tan extremista como lo pinta ella, pero aun así... Menos mal que me ahorré la opinión para mí misma».

—Bueno, pues después de esta charla, tengo que ponerme a trabajar. No quiero que mi nuevo jefe me tilde de vaga el primer día —digo queriendo cambiar de tema. Doy dos palmadas rápidas para animarme al tiempo que le pido a Aleksandr—. Por favor, ¿puedes ir a mirar ya los expedientes? Quiero tener los ingredientes listos para la receta del día de hoy antes de que lleguen. No quiero comenzar tarde. Yo acabaré de colocar todo.

—Te lo tomas muy en serio, ¿verdad? —me interroga con curiosidad.

—¿Por qué no habría de hacerlo? —respondo curiosa. No comprendo cómo la persona que me contrató puede hacer ese tipo de pregunta—. ¿Preferirías que trajera de esos paquetes de repostería prefabricada tan de moda últimamente, en los que solo hay que mezclar el interior de un sobre con leche?

No sé cómo lo he hecho, pero consigo dar a mi voz el tono perfecto como para indicar que ese concepto me parece un sacrilegio.

—Me alegro de que estés aquí, Tazia. —Me sonrío como respuesta.

Y esa sonrisa lo hace parecer muy, pero que muy guapo. Más de lo habitual.

—Yo sí que me marchó ya —anuncia Sandra—. Voy a aprovechar para descansar un poco mientras repaso algunas cosas para la sesión de hoy.

Me da un rápido beso en el cachete y sale por la puerta

—Espera, voy contigo —le pide Aleksandr—. Voy a revisar lo de las alergias y hacer algunas llamadas antes de que comience la clase. Me gustaría estar presente.

—Porque eres el director y esta sería la primera lección, sino, diría que no te fías de mí y te quedas para vigilarme... —No puedo evitar dejar caer.

—Quiero hacer las presentaciones y ver cómo te desenvuelves con los chicos —aclara—. Aunque, pensándolo mejor, creo que en cierta forma te estaré vigilando—se mofa antes de irte—. Por lo menos hoy no llevas vestido.

—No eres gracioso —farfullo. Pero ya se ha ido.

—¿A que ha venido eso del vestido? —curioseas la madre de Iván.

—Nada. No tengo ni idea de a qué se refiere —contesto haciéndome la loca, cambiando de tema a uno más seguro y que no lleve directo a una explicación sobre porqué el director del centro me ha visto la ropa interior. Dos veces—. Y dime, Mónica, ¿estarás en el curso?

—Sí. No me va mucho la jardinería.

—Vaya, gracias.

—No me malinterpretes. Lo que quiero decir es que no faltaré como los demás, que están entusiasmados con la idea de crear un huerto ecológico. Yo quiero aprender algo que me sea útil cuando salga de aquí —explica.

—¿Quién sabe? El saber no ocupa lugar. Tal vez algún día te dediques a plantar hortalizas por cada esquina y te hagas rica con ello—bromeo.

—Tal vez... Pero prefiero no arriesgarme y centrarme en cosas que me serán útiles a corto plazo —afirma—. Quiero que mi hijo se sienta orgulloso de mí como madre. ¿Sabes que en toda su vida lo máximo que le he cocinado son unos macarrones? Por no decir que si no llega a ser por Netta, se hubiera muerto de hambre...

Suena tan triste. Derrotada. Siento la necesidad fisiológica de animarla.

—¿No es penoso cómo era capaz de moverme de casa para ir de fiesta o follar con cualquier desconocido y no para ir a hacer la compra o llevar a mi hijo a un parque? Yo era penosa.

—¿Puedo ser sincera? —pregunto con cautela.

—Lo agradecería —dice mientras asiente.

—Lo es. Que fueras de esa forma era lamentable —confirmo—. Estabas enferma, Mónica. No lo justifica, no obstante, es una razón de peso para tu comportamiento.

—Aún lo estoy.

—Soy consciente de ello. Pero ahora eres más fuerte. Estás decidida a cambiar. —La animo—. Tu hijo me ha hablado sobre ti y se le ilumina la cara al hacerlo. Está tan orgulloso de los progresos que has hecho, Mónica.

Sus ojos se llenan de lágrimas al oírme. Tiene la cara descompuesta por las fuerzas que hace por no llorar, eso solo me insta a continuar hablando.

—No existe nada penoso en ti. Al mirarte, solo observo fortaleza, y eso que nos acabamos de conocer. He notado al instante lo maravillosa persona que eres. Ahora solo falta que tú te lo creas. —La empujo—. Existe un mundo maravilloso para ti ahí fuera. No estás sola, Mónica. No das pena. Eres un ejemplo de superación.

—Tendrías que haberme visto cuando entré aquí. No opinarías lo mismo.

—Pues Netta sí que estuvo y está asombrada por tus progresos. Me ha dicho que en tres meses has cambiado tanto que pareces otra persona.

—Ella ve lo que quiere ver. Soy la misma.

—¿Estamos hablando de la misma Simonetta? Porque la que yo conozco es tan sincera que a veces ofende y tiene tendencia a exagerar... —aclaro.

—Bueno, tal vez he cambiado un poco —admite—. Pero estando aquí dentro sin ninguna tentación y con la medicación adecuada es fácil. Lo que me preocupa es lo que pasará conmigo en cuanto salga de aquí.

—No te adelantes a los acontecimientos, Mónica. Con esos pensamientos, solo conseguirás agobiarte por tonterías —comento—. Cuando llegue el momento de salir, no te encontrarás sola. Estaremos (y sí, me estoy incluyendo) a tu lado.

—Tengo miedo, Tazia. Soy una inútil. Tengo treinta y tres años y no sé hacer nada. ¿Cómo voy a ganarme la vida? ¿Cómo voy a sacar a mi hijo a delante?

—Te lo repito: no te agobies. Netta me dijo que recibes algún tipo de asignación mensual, ya partes con más de lo que cualquier otro tendría. Vive el momento y concéntrate en recuperarte. No tienes que preocuparte por nada más.

—Verdad. —Hace una respiración profunda—. Eso es lo que me dice Sandra. Que me concentre en mí. Iván es lo único por lo que debería preocuparme, y él se encuentra en buenas manos.

Cierra los ojos como si se estuviera dando fuerzas a sí misma, y decido dar un cambio radical a la conversación.

—Vamos —le digo señalándole el cajón en donde se encuentran los utensilios de cocina—, sé una buena ayudante y empieza a repartir batidores por las mesas

de trabajo. Quiero dejar todo preparado para cuando lleguen tus compañeros.

—Hola. Me llamo Tazia y voy a daros clases de cocina. Más concretamente, de repostería y panadería.

Me presento ante mis seis alumnos con una sonrisa sincera dibujada en la cara. Estoy tan entusiasmada que ni siquiera el tener a Aleksandr a mi lado hace que pierda la calma.

Tras un gesto del director, los hombres y mujeres ante mí se levantan de sus asientos y se presentan: Mario, un tipo con apariencia de buena persona que rondará los cincuenta años; Minerva, una chica veinteañera, con el pelo al rape y la nariz perforada; Jaime, un chico larguirucho y con cara de niño; Estefan, un hippie de cabello largo entrado en los treinta; Raquel, una mujer que podría ser mi madre, algo gordita y perfectamente vestida, y por último, Mónica, la madre de Iván, a la cual ya conozco.

—Como hoy es el primer día y no quiero agobiarlos, he querido empezar con algo fácil, pero que los mantendrá ocupados —comento mientras le hago una señal a Mónica para que me ayude a repartir los ingredientes que ya había preparado aparte para este fin por las diferentes mesas. Los demás la ven y se animan a echarle una mano—. Y como un pajarito me ha dicho que están entusiasmados con un proyecto de jardinería, he pensado que les gustará seguir trabajando con las manos..., así que, hoy, haremos pan. Pan blanco. Vayan poniéndose sus delantales si no quieren acabar pareciendo un muñeco de nieve.

Al decir eso y tras comprobar que todos están parados en sus sitios y atendiendo, empiezo con la parte práctica y divertida de la clase. Estoy en mi terreno, y eso se me nota mientras les explico con seguridad la terminología usada en cocina por si acaso algún día les surge la oportunidad de *hacerse los interesantes* delante de alguien.

Describo la receta que, aunque es relativamente fácil, pueden surgir dudas al respecto, paso a paso. Deteniéndome si alguien muestra curiosidad o dudas por algo.

Los chicos trabajan en silencio, concentrados en lo que hacen. Mezclan los ingredientes dentro de un bol y cuando la mezcla se vuelve consistente, la vuelcan y la trabajan sobre la superficie. Mueven las manos sin descanso. En algunos momentos parece como si la golpearan con saña, cosa buena para quitarle los pequeños huecos de aire que pueda tener.

Al dejar reposar la masa durante quince minutos tapada con un paño, aprovecho para hablar con ellos y explicarles algunas cositas más. La clase está siendo muy amena y tengo que reconocer que me está encantado.

Pasado el tiempo de reposo, preparamos lo que sería la forma final de los panes para dejarlos descansar, otra vez, pero ahora por noventa minutos.

—Mientras esperamos el tiempo necesario antes de poder introducir los panes en el horno, vamos a aprovechar para hacer lo más importante dentro del mundo de la hostelería —les digo a los chicos.

—Antes de que sigas hablando, dime que no nos harás un examen ni nada de eso —me interrumpe Minerva—. Tienes que avisarme por lo menos una semana antes si nos vas a examinar, darnos algunos cuestionarios previos y tiempo suficiente para poder hacerme las chuletas pertinentes...

—No estamos en el colegio, no habrán ejercicios ni controles de ninguna clase. —La tranquilizo y me percató de que los demás ponen cara de alivio.

—Tuve un monitor en otro centro al que le resultaba divertido hacer exámenes sorpresa a los adictos —me explica—. El muy cabrón decía que le gustaba poner a prueba a las pocas neuronas que nos quedaban dentro de la cabeza.

Alek, que también se ha quedado a la clase, se tensa. Por lo que veo es un tema espinoso.

—Te repito que no voy a hacer nada. Lo único que les pediré durante mis clases es que vengan a ellas con ganas y que me ayuden a hacer las cosas bien. —Sonrío—. Yo también soy novata y no sé si me daré siempre cuenta de si hago alguna barbaridad o si me paso de la raya. Tienen que ser pacientes conmigo.

—Ya hemos hablado sobre ese individuo, Minerva —se entromete Alek—. No tienes de qué preocuparte. No lo verás ni aquí ni en otro lado. Me he encargado de que tenga la entrada vetada a cualquier sitio en el que se trabaje

con adicciones.

—Lo sé, Alek. Tan solo me aseguraba... —farfulla avergonzada.

—Es normal que desconfíes, Mine —la disculpa Aleksandr con un tono paternal—. Pero aquí no encontrarás personas que te juzguen o te maltraten por lo que hayas hecho en tu vida. ¿Qué te dije, que les dije a todos, el primer día?

—Hoy ponemos el contador a cero. Lo único que cuenta es lo que hagamos con nuestra vida de hoy en adelante —recitaron todos en la sala menos yo.

—¿Ves? Nadie te juzga —le dice Alek.

Ella desvía su mirada hacía mí. Bueno, en realidad todos se han quedado mirándome. En vez de sentirme incómoda, me fortalezco. Ellos no se merecen eso. Son luchadores, no se merecen menos que mi respeto.

—A mí no me miren. Yo no juzgo a nadie. Bastante tengo con lo mío como para fijarme en otras personas —me defiendo levantando las manos—. Y con esto, regresemos a la lección más importante dentro de la cocina. Lo que supondrá un salto en cómo te vean los demás como cocinero: la limpieza. Vamos a aprovechar este tiempo muerto para sentirnos útiles y ayudar a la pobre profesora novata a limpiar todo este estropicio.

Oigo algunos desganados «oh» y «joder», y como buena docente que soy, los ignoro. Solo me centro en una cosa: ya no noto desconfianza en sus ojos.

—No me sean tiquismiquis. Si ensucias lo limpias —asevero—. De nada sirve que hagas el postre más sabroso y el que mejor pinta tiene de todos si tu lugar de trabajo está podrido. Uno nunca es demasiado quisquilloso en este asunto. Imaginen que van a comer a algún sitio y la comida tiene dentro restos de clara de huevo o lo que es peor... un pelo. —Hago un falso y sobreactuado estremecimiento—. No te lo comes ni de coña.

—Una vez me pasó eso mismo en un restaurante, pero yo no me di cuenta hasta que fue demasiado tarde y me lo tragué —cuenta Mario como si nada—. Lo bueno (o lo malo, no sé muy bien cómo definirlo) es que el pelo era tan largo que solo engullí una parte. Me di cuenta que lo tenía porque se me había quedado un trocito de carne entre los dientes y cuando utilicé el palillo para sacármelo, también tiré del pelo.

—¿Me puedes explicar cómo te tragas solo un trozo de pelo y no te molesta

en la garganta? —curioso—. Suena incómodo.

—Estaba de coca hasta las trancas. Aún me pregunto cómo es que llegué a sentir el pedazo de carne —responde—. Me pasé casi toda la velada excusándome para ir al servicio de caballeros y poder esnifar la *farlopa* que compré con la excusa de quitarme los nervios de cenar con mi socio y un posible cliente potencial que nos haría más ricos de lo que ya éramos. —Se restriega la nariz de un lado a otro con los dedos, en un gesto involuntario—. Lo que no me planteé en ese momento fue que las drogas y los negocios no cuadraban bien. Al final, estaba tan ido que mi socio se levantó y me pasó la servilleta por la nariz como si fuera un niño para limpiarme los restos que no me había molestado en quitar.

Me quedo callada, simplemente, porque no se me ocurre qué decir. Al final y para no variar, suelto lo primero que se me pasa por la cabeza:

—Tuvo que ser una cena interesante o por lo menos entretenida.

—Se lo tendré que preguntar a mi socio. No recuerdo ni la mitad de lo que pasó ese día —observa Mario.

—¡Ah! Una cosa más —digo otra vez sin poder evitarlo porque me parece algo razonable—: dime el nombre del restaurante. No quiero acabar comiendo en un sitio en el que la guarnición es a base de pelos kilométricos.

Todos se ríen y comenzamos a dejarlo todo impoluto. No hay nada mejor que una buena historia en la cocina para calmar los ánimos y que la gente se relaje.

—¿Cómo ha ido tu primer día?

La clase ha terminado y Alek se ha quedado a ayudarme a dejarlo todo en orden. Su pregunta me sorprende, ha estado en la misma habitación que yo durante todo el tiempo.

—Eso deberías de decírmelo tú. No te has movido de mi lado en todo momento —le respondo.

—Me he expresado mal. Quería decir que cómo te ha ido a ti —rectifica—. Yo te he notado cómoda, pero no pondría la mano en el fuego por ello. No es la primera vez que me encuentro con alguien que aparenta ser feliz y en realidad se está muriendo por dentro.

—Bonito juego de palabras... Aunque viendo en donde trabajas, parece muy acertado.

—¿Y bien? ¿No vas a responderme?

—Al principio estaba muy nerviosa. Demasiado nerviosa. Algo que ya me esperaba —puntualizo—. Lo que sí que me tomó por sorpresa fue el sentirme tan a gusto en tan poco tiempo. Creo que, en realidad, el hecho de que mis alumnos fueran tan aplicados y simpáticos ayudó bastante... Amables de una manera un poco rara, pero, al fin y al cabo, agradables.

—Creía que te ibas a bloquear cuando Mario contó su historia —reconoce—. Me temo que, mientras estés por aquí, oirás mucho de ese tipo de cosas...

—Dije en serio lo de saber el nombre del restaurante. Es asqueroso. Debería de llamar a Sanidad y que le cierren el chiringuito.

—¿No tienes nada que decir sobre el tema de la droga?

—No —aseguro—. Como dijiste antes, aquí nadie juzga. Además, no es la única persona que ha hecho algo estúpido en alguna ocasión.

—¿Tú? —me cuestiona—. No me lo creo.

—¿Qué pasa? No me conoces de nada, Aleksandr. No tienes ni idea de lo que

he hecho o he dejado de hacer en mi vida. —Estoy muy enfadada y no sé porqué. Bueno, sí que lo sé. Odio que la gente me trate como una muñeca de porcelana tan solo por mi apariencia o porque no me gustan los escándalos—. No he hecho nada tan radical como drogarme, pero digamos que no fui una adolescente dócil.

Alek arquea una ceja en señal de duda.

—Bueno, digamos que mis muestras de rebeldía fueron escasas y muy, pero que muy, espaciadas entre sí... —Me ciño a la realidad—. Pero como dicen por ahí: *haberlas, haylas*. —Sonrío al recordar algunas de las travesuras a las que mis compañeros de baile me arrastraban.

—Jugar a la nieve con los extintores en el instituto no es algo que yo consideraría como fuerte —se burla.

Lo miro horrorizada. ¿Acaso no recuerda el pavor que me causaba el director?

—Nunca me atrevería a hacer algo parecido... No es sensato jugar con aparatos realizados para y por la seguridad de las personas.

Acabo de quedar como una mojigata. Sueno tan repelente que me planteo contarle sobre mis noches desenfundadas bailando encima de una barra en París o de aquella vez en la que besé a una chica... Con lengua. Descarto la idea, no quiero que se haga con ideas equivocadas sobre mí.

—¿Eso es lo que tú hacías? —pregunto—. ¿Eras el malote del cole?

—Si tenemos en cuenta que estudié en mi casa y que era el único alumno, podría decirse que sí. —Me muestra una sonrisa ladeada—. Y desde que tuve uso de razón, vivía para molestar a mi profesor.

—¿No fuiste escolarizado? —Es la primera vez que conozco a alguien en esa situación y me siento insultada por que no le hayan dado la oportunidad de la educación.

—No te alarmes, Tazia. Veo en tu cara que tienes ganas de llamar al defensor del menor. —Me tranquiliza—. Mi padre era un ferviente admirador del *homeschooling*¹⁵. Nací y pasé la mayor parte de mi infancia en Rusia, y allí es legal la educación en casa. Cuando mi padre quiso volver a España, decidió seguir con ese método de enseñanza. Hacía mis exámenes a distancia.

—¡Oh! No sabía que se podía hacer eso. —Me siento como una tonta.

—Pese a la creencia popular, los que estudiamos en casa no somos unos ignorantes.

—Bueno, pues me alegro. Aunque tuvo que ser un poco... solitario, ¿no? —Lo mejor de ir al colegio e instituto es la socialización con otras personas. Siempre he pensado que esas interacciones forman gran parte de lo que te te hará ser quien eres en el futuro.

—Eso es verdad. No tenía mucho contacto humano con gente de mi edad en aquel entonces. Mi padre era compositor y vivía volcado en su trabajo. Solo se relacionaba con personas de ese ámbito, y aunque tuve que examinarme de todas las materias importantes, mi educación se centró más que nada en la música —admite taciturno—. Así que no era un paria total, pero los amigos mayores de mis padres no eran precisamente lo que se dice *compañeros aptos de juegos*; sin embargo, no todo fue malo, a los ocho años ya tocaba varios instrumentos a la perfección y leía partituras sin ningún problema.

«Solitario y triste», me digo a mí misma. ¿Qué padre no fomenta que su hijo se relacione con otros niños?

—Al crecer, me planté en mi sitio y con ayuda de mi madre, acudí a la universidad. A mi padre le dio un ataque, pero llegamos a un acuerdo —me dice en el mismo tono apagado, aunque me dedica una sonrisa ladeada para quitarle hierro al asunto—. Así que ya ves, no soy un ignorante total. Tienes ante ti a todo un antropólogo social.

—No sabes lo que me alivia oírte decir eso. —Suspiro en un intento por rebajar el cariz de la conversación al notar que no es agradable para él—. Estaba convencida de que habían dejado el mando de la clínica a un inepto al que le preocupan más como brillan su zapatos tipo Oxford y no arrugarse el traje ha hecho a medida que la rehabilitación de la gente a su cargo.

Mira hacia sus pies y sigue un recorrido por su propio cuerpo, comenzando en sus viejas y envejecidas botas de cuero marrones de cordones, pasando por sus pantalones vaqueros envejecidos, para acabar en su sencilla camiseta gris.

Me acabo de dar cuenta de que he seguido el mismo rumbo con mis ojos y que me gusta lo que veo. Demasiado. Me paro en su rostro y lo pillo mirándome

con una expresión divertida, y me sonrojo... otra vez. Parece que, para mi desgracia, últimamente lo hago mucho.

Me obligo a tomar una respiración profunda y sacudirme el bochorno de encima porque, ¿qué culpa tengo yo si el hombre que tengo en frente es uno de esos por los que me daría la vuelta sin pensármelo dos veces para mirarlos en la calle? Que no sea tan guapo.

¡Por Dios, he crecido entre bailarines! Bailarines sin ningún pudor ante la desnudez... No puedo volverme escarlata cada dos por tres y mucho menos porque un hombre (y encima uno completamente vestido) me pille haciéndole un escaneo profundo.

—Es una suerte para todos que lo único que me interese de la ropa la mayoría de los días es que esté limpia.

—Sí. Es una suerte —repito como una tonta y me giro para frotar con el dedo suciedad inexistente en la superficie limpia—. Así que, ¿crees que debería de subir un poco el nivel de la clase de mañana o sigo yendo a lo seguro?

Soy la reina de la evasión.

—Ese tipo de cuestiones te las dejo a ti. Si no es estrictamente necesario, no me suelo inmiscuir en asuntos de los profesores. —Se acerca y me toca el hombro. Alzo la mirada para enfrentarlo—. Mañana ya no estaré para monitorearte barra espiarte, puedes hacer lo que quieras, aunque si no te sientes segura como para hacerlo tu sola, puedo cambiar mi horario.

—Te lo agradezco, pero no creo que sea necesario. —Estoy convencida de que lo haré genial—. Hoy he podido comprobar un poco cómo son y ya no tengo miedo de ellos.

—Lo peor que te harán será contarte sus historias. No sientas pena. Tan solo apóyalos, escúchalos... recuerda que sus anécdotas pueden ser cómicas, pero no dejan de ser dramáticas. Con el paso de los años me he dado cuenta de que hablar sobre sus experiencias los ayuda. Tu misión aquí no solo es enseñar recetas, es fomentar su confianza en sí mismos. Entretenerlos de sus vivencias por un rato, aumentar su autoestima. —Aparta su mano de mi hombro dejándola caer en una lenta, y casi imperceptible, caricia hasta mi codo—. Eres valiente, *balerina*. No todo el mundo estaría dispuesto a oír lo que tengan que decir unos

cuantos adictos, sin embargo, tu hoy no solo los has escuchado, sino, lo que es más importante, no los has juzgado. Lo harás genial.

Y con esta inyección a mi autoestima, mi resolución de ser la mejor profesora se fortalece. La anterior conversación con Sandra, Alek y Mónica cobra sentido para mí. Ya no tengo locas fantasías de ser una maestra *cuqui* ganadora de premios por su labor humanitaria, soy una mujer dispuesta a dejar su granito de arena (por muy pequeño que sea) en la rehabilitación de estas personas. Y si lo que necesitan es una distracción para sus problemas, yo estoy dispuesta a dispensársela.

—Gracias, Aleksandr —reconozco—. Creo que en cierta manera necesitaba escuchar palabras de ánimo.

—Eso es normal. Enfrentarte a personas desconocidas puede ser perturbador —comenta—. Eres una persona que a primeras se muestra tímida, y esto es un gran cambio de registro en tu vida. Hasta la persona más extrovertida se sentiría insegura en este caso.

—Te digo una cosa: estoy contenta de estar aquí —confieso—. Como dice mi madre: *Ogni cosa ha cagione*¹⁶.

—Todo tiene una causa —traduce Alek sobre la marcha. Lo miro confundida—. Estudié música, ¿recuerdas? —me explica como si eso tuviera que decirme algo—. Además, mi madre fue cantante de ópera. Hablo varios idiomas, pero me obligué a aprender italiano para comprender qué es lo que cantaba.

—Eres una caja de sorpresas, señor Glazunov —admiro—. Ya veo que tendré que medir mis palabras delante de ti.

—Solo en inglés, italiano, ruso, francés y español —se burla.

—¿Nada de chino? Me decepcionas... —Niego con la cabeza al mismo tiempo que me lamento.

—Tiempo al tiempo —me dice—. Aún tengo vida por delante.

—Estoy intentado con todas mis fuerzas odiarte por ser tan listo y tener respuestas para todo como esos chicos del *insti* que me hacían sentir tonta... Por ahora, no lo estoy consiguiendo. —La verdad es que me siento un poco intimidada por su cerebro y asustada por perder mi vía de escape para maldecir... no tiene gracia si alguien sabe lo que digo—. ¿Podrías comportarte

acorde con tu conocimiento y al más alto cliché y ser un pedante sabelotodo?

—Como dije antes: tiempo al tiempo. —Se ríe.

—¿Ves? Eso está mejor. Ya siento como la aversión va tomando forma en mi interior—digo—. Si tan solo hicieras el esfuerzo de corregirme sobre cualquier cosa cada dos por tres, serías igual que Daniel Galván, mi némesis. Aunque me temo que si hicieras eso, te quedarías sin una voluntaria.

—No te preocupes. Haré mi mayor esfuerzo. Dios me libre de perder a otro voluntario—se lamenta—. Con la mala suerte que tengo, tendría que dar esta clase yo, y se me da fatal la cocina...

—No puedo dejar que intoxiques a nadie, Alek. Es un imperativo moral.

—Sabía que eres una buena persona, Tazia.

Esta camaradería me fascina. Me recuerda un poco a la relación que tengo con Óscar... Ahora, si Aleksandr dejara de verse tan comestible, podría relajarme más a menudo ante su presencia. Es difícil parecer casual cuando tengo que hacer acopio de todas mis fuerzas por mantener mi vista al frente y no parecer una vieja pervertida con problemas para mantener el exceso de saliva en la boca.

15 Educación en el hogar.

16 Todo tiene una causa.

—Intenta no desparramar harina por todas partes, Estefan. —Al ver su cara de *no es tan fácil como crees*, me río—. ¡Eh! Haz lo que quieras. Tan solo digo que puedes tener un poco más de cuidado. Créeme, lo agradecerás cuando tengas que limpiar todo ese estropicio más tarde. Además, ver ese blanco por todas partes me hace querer ponerme un gorro de elfo y cantar a todo pulmón *Jingle Bells* mientras doy vueltas a tu alrededor. No hagas que parezca un loca... por favor —le suplico con las manos juntas a la altura de mi pecho mientras le pongo ojos de cordero—. Solo es mi segundo día, deja que pasen por lo menos dos más para que descubran mi verdadera personalidad y me despidan.

—¿Por qué mi zona es la única en la que parece que ha pasado un huracán? —pregunta frustrado, aunque tiene una sonrisa de oreja a oreja.

—Tal vez porque no tienes el más mínimo cuidado con lo que estás haciendo. Estás tamizando harina, no bailando *La lambada* —le explico—. Me da igual que tengas el ritmo en el cuerpo, solo controla un poco tus movimientos hasta que termines de hacer lo que estás haciendo.

Estefan baja la cabeza y observa su ropa manchada de polvo blanco.

—¡Joder! Estoy hecho un desastre —se queja—. Lo siento. Tan solo... me dejé llevar.

Me acerco a su lado y le pongo la mano en el hombro.

—No pasa nada, hombre. Tan solo pon un poco más de atención y todo estará bien.

—Lo haré mejor —asegura sacudiendo su camiseta—. Tan solo estoy un poco nervioso.

—¿Hacer magdalenas te angustia? —bromeo, no queriendo presionarlo para que me cuente qué le pasa.

—¿Qué...? ¡No! —niega—. Hoy tengo una sesión conjunta con mis padres.

—Lo siento, pero no entiendo nada —digo con sinceridad. No tengo ni idea de sobre qué va la cosa—. Tienes una sesión con tus padres y eso es malo

porque...

—Van a ponerlo a parir. —Termina la frase Minerva.

—Sigo sin comprender.

—Van a venir aquí y contar delante de todos nosotros cómo era él cuando se chutaba.

—¡Ah! Ya lo pillo —asiento—. Tiene que ser muy incómodo.

—Eso me da igual. Lo pasado, pasado está —afirma Estefan—. Es solo que... no sé cómo explicarlo.

—No te angusties, aquí entendemos tu situación —lo consuela Raquel—. Cuando vinieron mis hijos y mi marido, me sentí igual. No es muy agradable comprobar lo mala persona que fuiste con ellos...

—A ver si lo he captado: viene tu familia para hablar sobre ti y estás avergonzado, pero, sobre todo, tienes miedo de haberlos decepcionado. ¿Me he olvidado de algo o está bien así? —resumo. El aludido asiente sin mirarme—. Pues qué tontería.

Mi respuesta hace que levante la cabeza.

—¿Te parece una tontería que vengan y digan delante de todos lo mal que se lo hice pasar? —pregunta con rabia—. ¿Esto es un juego para ti?

—No. —Niego con calma—. Es un asunto muy serio. Tan solo creo que te has olvidado de algo muy importante: van a venir a hablar del pasado.

—Ahora, el que no entiende nada soy yo —me dice.

—A ver... Tú mismo has dicho que lo que hiciste quedó atrás, tienes que tomarte esta sesión como un recordatorio de lo que no deberías volver a hacer, de cómo se sintieron tus seres queridos con tu comportamiento —intento dilucidar con rapidez, no quiero que nadie se ofenda—. Será duro. Oirás cosas sobre ti desagradables, pero la pregunta que tienes que hacerte es: ¿estás dispuesto a añadir más historias tristes a su vida... a la tuya o, por el contrario, quieres dejar todo eso atrás y comenzar de cero?

—Nunca lo había pensado de esa forma.

—Creo que es normal que te avergüences de lo que hiciste, pero no tienes que tener miedo de nada y mucho menos a ser un fracaso. Es más, te apuesto lo que

sea a que tus padres, en este momento, se encuentran súper orgullosos de ti —le digo con sinceridad—. Estefan, no tengo ni idea de quién eras antes, pero la persona que eres ahora, la que tengo en frente, es alguien que no se debería de avergonzar de sí mismo. —Le pongo la mano en el hombro—. Una persona que posee la fuerza de voluntad necesaria para querer mejorar no merece lástima, sino admiración.

Los ojos se le aguan y a mí también. Carraspeo y me obligo a seguir hablando.

—Seguro que a tu madre le encantará probar tus magdalenas, así que: ¡a trabajar, perezoso! Y eso va por todos, menos movimiento de lengua y más mezclar ingredientes. —Me doy la vuelta y me dirijo hacia mi mesa para evitar que vean como me ha afectado la conversación—. No quiero que el señor director se queje de que soy una incompetente que a la mínima que dejan sin supervisión no cumple con su cometido.

La clase se ha vuelto muy silenciosa, por lo que mi intento por cambiar de tema parece retumbar en la sala.

—Gracias, Tazia —me dice Raquel—. Ojalá hubieras estado aquí cuando vinieron mis hijos, me hubiera tomado la experiencia con algo más de... tacto. Después de que se marcharan solo tenía ganas de beber como una condenada —confiesa—. En mi defensa, tengo que decir que no me tomé demasiado bien el que contaran delante de todos que me paseé por mi casa en faja y sujetador cuando mis hijos y sus amigos, todos adolescentes, habían quedado para jugar al video juego en mi salón. Tal vez debería de haberme centrado en no volver a repetirlo más, pero se me hizo muy difícil pensar con claridad en ese momento.

—Veo cómo de bochornoso podría llegar a ser... me lo estoy imaginando y yo también desearía que me tragase la tierra —reconozco—. Pero mira el lado bueno, llevabas puesta una faja. Nada estiliza más. —Me encojo de hombros—. Bromas aparte, ¿volverías a hacerlo?

—No. Hoy por hoy, no quiero volver a ser esa persona —niega con rotundidad.

—Pues no lo seas —respondo—. No sé muy bien cómo va todo esto de la rehabilitación, pero creo que ahora mismo estás en la parte fácil. Lo complicado

comenzará en cuanto llegues a casa. Creo que el truco está en mantener esa misma idea, no recaer, rodeada de tu día a día.

—¿Ves? A cosas como estas son a las que me refiero con lo de que te debería de haber conocido antes —explica la señora a la que con cada palabra que dice me resulta muy difícil dejar de verla como a mi madre—. Es bueno poder dialogar con alguien ajeno a este mundo. No me malinterpretes, el personal es súper bueno con nosotros. Tienen más paciencia que un santo... Es solo que es diferente hablarlo con una persona normal, alguien que no sabe de técnicas de motivación ni de rehabilitaciones. Eres tan solo una chica que da su punto de vista, y eso es refrescante.

—Nos han dicho que ese será el verdadero reto. Antes, por lo menos yo, usaba las drogas y el alcohol para coger fuerzas y enfrentarme al estrés del trabajo, ahora tendré que apechugar con todo eso y, además, resistir la tentación de drogarme... será difícil —comenta Mario—. Te digo esto porque tenía miedo a salir de aquí y enfrentarme con el mundo, ahora mantengo la esperanza de que en mi camino se crucen más personas como tú, que se tomen todo esto con normalidad.

—Seamos realistas —interviene Mónica—: todos tenemos miedo de salir de aquí. A que nos miren por encima del hombro. —Se pasa la mano por su coleta de caballo en un gesto nervioso y pasa su atención a mí—. Todos hablamos sobre ti ayer, sabes mi historia y más o menos tienes que intuir la de los demás... No nos tratas diferente. Eso nos da confianza. Nos alegramos de que estés aquí. De que no hayas huido al escuchar a este bruto de aquí contarte sus hábitos en los restaurantes... —Guiña un ojo hacia Mario—. Eso nos ánima a creer que, poco a poco, recuperaremos la normalidad.

—Lo conseguirás —enuncio—. Todos lo conseguiréis.

Es curioso cómo funciona la mente humana. Las personas que tengo delante son seres adultos, supuestamente están ya formadas como personas, y en este instante, por la forma en que me miran, parecen de menor edad. Oyen mis palabras, mi aceptación, con el mismo entusiasmo con que los niños recogen los aplausos de sus padres al atreverse a dar un paso más allá: tienen la fuerza necesaria para conseguirlo, tan solo les falta un pequeño empujoncito en forma

de confianza para comenzar a creer en ellos mismos. Para convencerse de que lo conseguirán.

—Como ya he dicho antes, no entiendo de rehabilitación ni de psicología para hablar de esos temas en concreto, mejor hablad con los profesionales... Tan solo soy una pequeña *pastelerita* y creo que todos vosotros estáis disimulando para liarne y no hacer nada... —Sonrío—. Así qué, chicos, por favor, todos a trabajar. Tengo hambre.

Con esta frase, prosigo con mi segunda clase.

Agradezco al cielo no haber tenido ningún vigilante presente hoy. Creo que a los internos les vendrá bien desconectar de todo y de todos los que les recuerdan su adicción un poco. No sé, tomarse esto simplemente como lo que es, clases de cocina. Aquí nadie los juzgará ni leerán sus palabras con segundas intenciones buscando analizar lo que dicen a cada segundo. Por eso doy las gracias, ya que, aunque sé que lo hace por seguridad, Alek me pone nerviosa, y a los demás también. Al fin y al cabo, una figura de autoridad, aunque sea joven (y tremendamente atractivo), sigue siendo una figura de autoridad.

Al irse todos, noto que Mónica se demora en la puerta, dubitativa entre quedarse o seguir a los demás. Se aferra al marco de la puerta con tan solo un pie adelantado y una postura tensa. No sé qué tiene que decirme, mas creo que es importante para ella. Decido *sacarla de su miseria* y darle una mano para que hable.

—Mónica, ¿tienes algo que hacer ahora?—Curioso y reprimo una sonrisa al ver como se relaja. Le he dado la excusa perfecta para quedarse—. Tengo un poco de tiempo todavía y me gustaría hacer un pequeño inventario de lo que nos queda en la despensa. Creo que, al hacer el pedido, no calculé la merma que conllevarían los casos de prueba y error de mis alumnos... ¿Puedes ayudarme?

Asiente con la cabeza y regresa al aula.

La instruyo de forma rápida para dividirnos el trabajo en dos hemisferios. Ella, en el de la izquierda y yo, en el de la derecha. Mi intención es que, si no se atreve a hablar mientras estemos separadas, lo haga al acabar, cuando nos encontremos en el medio. Por suerte para mí, parece haber encontrado el valor antes de lo esperado.

—Tazia... —me llama con suavidad, sin mirarme y sin parar de hacer el inventario.

—¿Sí, Mónica? —le respondo con el mismo tono.

—¿Ves mucho a Iván? —me pregunta—. Me refiero a si hablas con él.

—Si te digo la verdad, últimamente, entre el trabajo, las clases de baile y ahora el venir aquí... no lo veo mucho. Ese sería más mi hermano —le contesto con sinceridad—. Entre que se pasa casi todo el tiempo libre en casa de Netta y que suele llevarlo a los entrenamientos y ayudarlo a estudiar, casi siempre están juntos.

—¡Oh! —exclama desilusionada—. Tenía que haberlo asumido.

—Pero no soy una total desconocida para tu hijo —me apresuro a decirle al oírla—. Si quieres saber algo sobre él o estás preocupada por algo, puedes

decírmelo. Aunque te aseguro que es un chico muy bueno, no tienes nada que temer.

—No es eso —susurra aun sin dejar de colocar bien lo que hay en los estantes—. Solamente... sé que no fui la mejor de las madres y que la mayoría de las veces él cuidaba de mí, pero ¿crees que me echa de menos? Cada vez que me visita veo contento y siempre tiene historias divertidas que contar... lo noto tan feliz. —Por fin se gira y me enfrenta—. No me malinterpretes, me alegro muchísimo por él (Dios sabe que se lo merece más que nadie). Tan solo es que no puedo evitar pensar si, tal vez, yo sobre en su vida. Con Netta tiene todo lo que siempre deseé para él. No quiero quitarle nada más.

Entiendo sus dudas. De verdad que sí, pero está completamente equivocada.

—Es cierto que Simonetta lo cuida y lo quiere, pero no le puede dar lo que tu hijo más desea: el amor de su madre. Y, Mónica, no dudes de que Iván te quiera.

—Sé que lo hace y yo a él. Por eso tengo que mirar por su futuro, y es mejor que yo no me encuentre en él —me explica—. Netta es mejor madre de lo que yo seré nunca.

—Ella no quiere ser su madre —le aseguro—. Es más bien una tía consentidora.

—Eso mismo me dice ella, pero...

—Te sientes amenazada. —Acabo su frase. Me acerco y le pongo una mano consoladora en el hombro—. No tienes por qué estarlo. Tienes que sentirte orgullosa de que tengas a alguien que haya cuidado (y que siga haciéndolo) de tu hijo.

—Ella lo conoce mejor que yo. Es mi culpa, lo sé. Nadie me obligó a perderme todos esos años de su vida —admite—. Quiero conocerlo fuera de aquí, que confíe en mí. Es solo que no tengo ni idea de cómo hacer para borrar esa imagen del pasado que tiene que tener grabada en su memoria. La mente de un niño no olvida fácilmente... —Suena derrotada—. Tengo miedo a que no pueda diferenciar a la persona que soy ahora de la de antes. Que el vivir conmigo le conlleve revivir momentos desagradables. No estoy segura de si lo resistiría.

—Lo único que te puedo decir es que es normal tener miedo. —Suspiro—. Siento comunicarte que no eres la única que tiene ese sentimiento. La vida puede

ser aterradora.

—¿De qué vas a tener miedo tú, Tazia? —pregunta incrédula—. Eres guapa y lista. Eres una grandísima cocinera. Llevas dos días aquí y a todo el mundo le caes bien.

—No todo lo que reluce es oro. Aunque no lo creas, esta no es la vida que elegí para mí —confieso—. Pensaba que a estas alturas estaría viajando por todo el mundo con una importante compañía de baile y casada con el amor de mi vida... Sin embargo, aquí me tienes: trabajando en el negocio familiar y viviendo en la casa que me dejaron mis padres. ¿Me quejo? Tal vez un poquito, pero he sabido adaptarme. En eso consiste la vida o como le gusta decir a mi madre: *O mangiar quella minestra o saltar quella finestra*¹⁷. Que viene siendo: no te queda otra que seguir adelante.

—Tu madre parece muy sabia.

—No dirás eso cuando la conozcas y comience a ponerte comida en la boca como si no hubieras comido en décadas —le advierto riendo—. Eso es lo que me hace a mí y a todas las mujeres solteras que vienen a casa. Es una celestina consumada y dice que lo único que necesita una mujer para pescar a un buen hombre son carnes en abundancia... no vale de nada que le repita por activa y por pasiva que las bailarinas no deben tener carnes extras, pero ni caso. —Acordarme de mi madre siempre me pone de buen humor—. Se toma muy en serio eso de la extinción de la especie humana.

—Pues yo ya cumplí con la natalidad española —asegura—. No quiero ni un hijo más ni tampoco ningún hombre. Estoy bien sola. —Se acaricia el estómago—. No obstante, si finalmente la conozco, no rechazaré la comida. Parece que mi cuerpo quiere recuperar el tiempo perdido y siempre tiene hambre.

—Con lo que me acabas de decir, seguro que lo harás. Me aseguraré de ello. Tengo que tener una aliada. —Le dedico un guiño—. Desde que mi pobre perro huyó horrorizado, no he tenido a nadie al que pasar mi comida sin que me pillen.

—¡Pobre perro! —se lamenta entre risas—. No habrá sido para tanto.

—¡Pobre de mí! —me quejo—. Solo decirte que desde que se marchó he tenido que controlar mi colesterol...

—¡Eres una exagerada! —Se carcajea.

—Cierto —reconozco—, pero eso no te libra de comerte todo lo que no quiera...

Y así, entre risas, nos encuentra Alek, el cual pone cara de alivio al vernos.

—¡Menos mal que estás aquí, Mónica! —dice mientras toma una respiración profunda—. Al no encontrarte presente en la sala común, nos preocupamos... Sabes que tienes que decir siempre dónde te encuentras. Es por tu seguridad.

—Lo siento —se disculpa la aludida.

—Ha sido por mi culpa —la defiende sin dudar—. Quería hacer un inventario y le pedí ayuda. La verdad es que no pensé en reportarlo a nadie. —Siendo sincera conmigo misma, ni se me había pasado por la cabeza. Simplemente, actué sin pensar—. Espero que no haya causado demasiadas molestias con mi torpeza.

—Tan solo no lo vuelvas a repetir —me dice en un tono neutro, pero que a mí me recuerda sospechosamente a una reprimenda—. No somos una cárcel, pero nos gusta tener a todos nuestros... internos localizados en todo momento.

—No lo volveré a olvidar —le respondo paseando la mirada entre la cara seria del director y la nerviosa de Mónica—. Gracias por tu ayuda —le digo a la chica—, y piensa en lo que te dije y sigue adelante.

Asiente y se va. Nada más salir por la puerta, Alek me enfrenta.

—Soy consciente de que quieres ayudar y de que haces las cosas de buena fe, pero aquí tenemos unas normas y todos, absolutamente todos, tenemos que cumplirlas —me abronca—. No podemos dejar que los pacientes se salten ninguna porque ellos ahora mismo, por mucho que no lo sepan, necesitan de ellas para centrarse y mantener el control de sus mentes.

Hago un esfuerzo y me muerdo la lengua antes de empezar a defender mi caso y no precisamente de una manera muy profesional. Habida cuenta, Alek es mi jefe y le debo un respeto. O eso creo hasta que suelta esta perlita por la boca:

—No creas que por tener una cara bonita, te vas a librar de seguir las normas como todo el mundo.

Y aquí, en este instante, exploto sin importarme quién o qué es este hombre que tengo delante para mí. Lo único que me viene a la mente es la palabra: bastardo.

17 O comes esta sopa o saltas por la ventana. Expresión usada para referirse a una situación en la que no tienes alternativa.

Hago un esfuerzo enorme y me trago todas las imprecaciones que me asaltan instándome a sacar mi temperamento italiano a la luz, ya que, al fin y al cabo, Alek está haciendo su trabajo: velar por sus pacientes.

—Solo puedo pedirte perdón otra vez y confiar en que me creas cuando digo que no voy a volver a repetir una acción similar —replico con una calma que en realidad no siento.

—Espero que así sea —me regaña al igual que lo haría un maestro a un alumno desobediente—. No quiero tener que tomar medidas drásticas...

Puedo aguantar casi cualquier cosa: que me acuse de utilizar mi físico para salirme con la mía, que me recrimine el ser una irresponsable por algo de lo que no tuve culpa, e incluso puedo soportar que me trate como a una infante... Por lo que sí que no voy a pasar es por las amenazas. Una niebla roja se apodera de mi cerebro y, aquí, en este instante, siento que exploto sin importarme qué o quién es para mí este hombre que tengo delante.

—¿Sabes qué? Estoy un poco cansada de tu actitud superior —le increpo con coraje—. Desde el primer día en el cual osé en poner un pie en tu amado templo de la perfección, no has hecho otra cosa que ponerme impedimentos: que si mi forma de vestir, que si no podré enfrentarme a las repercusiones psicológicas... Estoy absolutamente segura de que a los demás profesores de los cursos no les has dicho ni la mitad de todo lo que me has dicho a mí.

Lo fulmino con la mirada mientras le doy tiempo de réplica, el cual no aprovecha, y me lanzo otra vez a matar.

—Si no quieres que venga más, déjate de rodeos y dímelo de una puñetera vez porque no voy a seguir aguantando tus gilipolleces. —Lo insto. Estoy en un punto de no retorno en el cual me da igual todo—. No dejes que ningún compromiso que creas tener para con Sandra te detenga. No es como si no tuviera un trabajo al que regresar. Es más, creo que mi hermano lo agradecería.

»¿O te crees que no tengo mejores cosas que hacer que conducir todos los

días una hora hasta aquí, el puto culo del mundo, esforzarme en hacerlo lo mejor posible sin dejar que se me note cómo se me rompe el corazón al escuchar las historias que me cuentan? Sé que llevo poco, pero ya les he cogido cariño...

Pierdo la voz y la respiración me sale forzada. Ahora que me he descargado y la adrenalina parece haber abandonado mi cuerpo... me siento muy avergonzada. No me arrepiento de lo que he dicho, sino de las formas. He dejado que la situación me sobrepase y he olvidado por unos instantes que respondo ante este hombre irritante y que, como poco, le debo un respeto. Además, no quiero que me tome como una tonta sentimental que ha pecado haciendo aquello de lo que le advirtieron el primer día que no hiciera: dejar que me afecte. Me niego a admitir en voz alta que les he cogido algo más que cariño porque la verdad es que ya les tengo un profundo aprecio a los pacientes.

Nos miramos el uno al otro en una especie de tiempo muerto mutuo. No tengo ni idea de cómo reaccionar o qué decir, y no me siento muy madura para enfrentarlo otra vez... Así que aparto la vista de la suya, me volteo y comienzo a recoger mis cosas con la intención de marcharme lo antes posible. Una mano en mi hombro me detiene y me preparo para lo peor.

—Es cierto que no tendría que haberte amenazado, Tazia. Sin embargo, tú tampoco deberías de haberte saltado el protocolo —me dice con voz queda—. Estoy convencido de que lo hiciste de buena fe, pero si pasara algo, las buenas intenciones no se tendrían en consideración y toda la culpa recaería sobre mí. — Me giro despacio para volver a enfrentarlo. No sé cómo lo hace, pero su mano no abandona mi hombro en el proceso—. Si algún otro interno desea hablar contigo o necesitas que te ayuden en cualquier cosa, tan solo envíame un mensaje con otra persona o a mi teléfono, normalmente siempre lo tengo encima. Eso nos facilitaría la vida a los dos.

—Lo siento —repito sin saber nada más que decir, asombrada porque ha reculado en su intención de echarme y por su disculpa. Siento el momento muy íntimo y hasta temo parpadear con miedo a perderme algo.

De repente, sonrío, y ese gesto me llega al alma.

—Me alegro de que nunca te hubieras enfrentado al director de tu colegio... no sé qué habría sido del pobre hombre al ver su ego aplastado por las palabras

de una Tazia adolescente.

—Me das más crédito del que merezco. —Le devuelvo la sonrisa—. No te mentía al decir que era bastante buena chica. Parece que mi temperamento se ha ido desarrollando con los años.

—O tal vez ya lo tenías dentro. Ya sabes... eso de la sangre italiana y todo lo que conlleva.

—Antes de ti, solo la había usado en contra de mi hermano.

—Entonces, agradezco ser hijo único.

—¡Eh! —Le doy un puñetazo en el hombro—. No soy tan mala.

—Yo no he dicho que lo seas..., y eso es un problema —lo oigo murmurar cuando me suelta el hombro.

Ahora que ha apartado la mano, siento la pérdida de su calor y me entran ganas de atraparla y colocársela en mi cuerpo otra vez. Aunque no creo que la ponga precisamente en mi hombro... «¡Mala, Tazia! Aplaca tus pensamientos deshonestos».

—Retomando el tema: no vuelvas a hacerlo. Hace años, una de las pacientes sufrió un accidente grave y nadie supo dónde se encontraba. —Y añade—. La encontramos desmayada en medio de la nada. Por casi la perdemos...

Sé que se calla algo importante, pero lo dejo pasar. Al fin y al cabo, no es mi historia. Me concentro en su voz, en el tono que tiene al hablar. Otra vez suena triste y me da ganas de consolarlo. Los cambios de humor de este hombre me tienen un poco descolocada. Pero lo que más me afecta (y confunde) son las ansias de quitar esa mirada llena de pena de su cara.

Es joven, eso salta a la vista, sin embargo, tiene la pinta de un hombre que no se ha divertido mucho en su vida. Mi yo altruista (sin poder evitarlo) ya está ideando un plan para hacerlo. Tan solo tengo que conocer un poco más al hombre que tengo delante para llevarlo a cabo con éxito.

Noto que está perdido en sus pensamientos. Totalmente quieto, sin contar la mano derecha en la que tiene una pequeña alianza de oro en su meñique que se dedica a hacer girar con su pulgar. Me centro en eso y veo que el aro no es liso como creía, sino que tiene un detalle. Un símbolo del infinito. Ni piedras ni nada, tan solo las dos especies de esferas que se unen formando un ciclo sin fin.

Me resulta extraño verlo en él, ya que es una pieza definitivamente femenina. Bueno, un hombre guapo como Aleksandr tiene que haber tenido un harén de mujeres a sus espaldas. Cualquiera podría habérselo regalado o tal vez le salió en una caja de cereales... ¿Quién sabe? Todo es posible.

—No lo haré. Puedes confiar en mí.

Mis palabras lo hacen salir de su estado. Parpadea y se pasa las manos por el pelo. Me hace un gesto con la cabeza, y creo que lo hace porque cree en mi palabra.

—Ahora, vuelve a poner todo en su lugar. ¿No querrás tener todo hecho un desastre para tu clase de mañana, verdad? —Me dedica un guiño y se gira a para irse—. Adiós, Tazia.

Aunque no me ve, me pongo firme e imito el saludo militar. «A sus órdenes», digo para mis adentros.

Y mientras hago lo que me dice, voy pensando en hacer de ese hombre un ser feliz, aunque para llevarlo a cabo y que sea realmente viable, como ya reflexioné antes, tengo que conocerlo mejor. Conocer sus gustos y aficiones con el fin de saber qué le interesa, pero, ante todo, eso me ayudará a dilucidar lo que le falta. Soy una mujer con una misión.

Termino de colocar todo y salgo de allí con una sonrisa. Mañana será otro día. Y con esto, me dirijo a mi coche y de allí, rumbo a mi clase de *ballet*. Eso siempre me ayuda a pensar mejor.

—Cosimo —llamo a mi hermano. Estamos sentados en el despacho. Él, trasteando con su teléfono y yo, fingiendo que miro recetas por internet—. ¡Cosimo! —Vuelvo a intentar que me haga caso, pero está tan distraído haciendo lo que esté haciendo con su maldito móvil que me ignora de mala manera.

—¿Sí? —responde ausente. Se nota a leguas que me está ignorando.

—Cosimo, ¿puedes dejar de mirar mensajes porno por un segundo? Estoy intentado hablar contigo y me parece de muy mala educación.

—Solo compruebo el correo de la pastelería.

—Sí, claro. ¿Desde cuándo los mensajes de los proveedores son tan interesantes? Parece como que quieres saltar dentro del móvil, solo te falta tener una erección —me burlo y, al ver su cara, decido seguir con la broma—. Dime de quién es ese mensaje entrante. Quiero agradecerles por darme algo por lo que burlarme de ti. No hay nada mejor para reírte de tu hermano mayor que verlo con sus pantalones estrechos e incómodos en lugares en donde su hermanita nunca debería ver.

¡Qué bien me lo paso burlándome de él! En realidad, no me he fijado en su delantera. Es más, prefiero pensar que el cuerpo de Cosimo solo se compone de un tronco superior, brazos y cabeza. Bueno, y de unas piernas... que salen misteriosamente de su estómago.

Mi querido *fratello*¹⁸ no parece haber captado mi broma porque de inmediato se encoge sobre sí mismo y se tapa sus partes nobles con las manos. Si se doblara más, podría dejar la pastelería y plantearse emprender una nueva carrera en el circo.

—¿En serio estás *sexteando* ahora? ¿A las doce del mediodía? —le pregunto entre carcajadas. Bueno, por lo menos lo hago hasta que mis ojos se fijan en la imagen que brilla en la pantalla de su teléfono que, con las prisas por cubrirse, ha dejado sin bloquear sobre la mesa y comienzan a aguar. Una foto de una seductora pelirroja, con el rostro ladeado, en ropa interior y lanzando un beso

con los labios pintados de rojo pasión me mira desde el dispositivo. Por un instante creo que se trata de Sandra, pero la piel morena de la chica indica que no lo es. Además, ella nunca le haría algo así a su mejor amiga. Son como hermanas.

—*Sei un porco! Come poui farle questo a Netta?*¹⁹ —le grito en italiano al tiempo que lo golpeo con los puños cerrados en cualquier parte que pueda—. *Non credo che non le dirò niente...*²⁰ ¡A ella y a todo el que me escuche! —lo amenazo.

Salgo de la oficina, me dirijo a la parte del comedor del negocio y le digo a quien quiera oírme (que no es mucha gente porque solo hay una mesa ocupada):

—¡Mi hermano es un *cornuto*! —Mi conducta no es lo que se dice *muy profesional*, pero estoy furiosa y no hay quien me pare—. Tiene una novia maravillosa y se dedica a fornicar con alguna tiparraca pelirroja que tiene pinta de ser una guarra y de las grandes además.

La sala está plagada de silencio. Bueno, lo está hasta que Óscar, quien en un principio se quedó paralizado por la sorpresa y, ya recuperado, se dedica a descojonarse. Alto y claro. Eso parece que quita tensión al tema porque los clientes dejan de mirarnos y vuelven conversar entre ellos. Por lo menos lo hacen hasta que el maldito abre su boca.

—Por una vez que te decides a hacer algo malo, te pillan. Y por si eso por sí solo fuera poca cosa, quien te pilla es tu hermana que, para más inri, es amiga de tu novia —se burla.

—No es lo que piensas —me dice mi hermano.

—¿Es que ahora soy ciega? ¿Me porfías en mi propia cara lo que acabo de ver? ¿No es cierto que si busco en tu teléfono veré la imagen de una versión porno de *Pipi Calzaslargas*? —resoplo—. ¿Estás tratando de usar conmigo el mítico: «cariño, no es lo que parece»? ¡Soy tu hermana, por Dios! Ten un poco de respeto por ti mismo y admite la verdad.

—¡Eres imposible! —se queja y comienza a trastear con su teléfono.

—¿Estás llamando a tu fulana?

Me ignora.

—Tengo una situación bastante mala aquí, cariño. —Se detiene a escuchar y prosigue—. ¿Puedes hablar con tu más ferviente defensora y explicarle?

Me tiende el aparato y prácticamente se lo arranco de la mano dispuesta a gritar obscenidades a la pelandusca que hizo que mi idolatrado hermano mayor se cayera del pedestal en el cual lo tenía durante toda mi existencia y volverse un cabrón de mierda traicionero como el resto (o casi todos) de los hombres del mundo.

Mi voz se queda muda al oír a la persona en el otro lado de la línea. Solo atino a asentir o negar con la cabeza. Finalmente cuelgo y, con la cara roja como un tomate, le digo a los atónitos clientes:

—Falsa alarma. Mi hermano sigue siendo un hombre de bien.

Me quedo sorprendida por mi elección de palabras. El discurso me ha quedado muy *sur Simona*. Me doy cuenta de lo desacertado que es cuando alguien grita:

—¡Amén, hermana! ¡El diablo ha sido expulsado del cuerpo de este fornicador!

«Óscar. Te voy a matar», pienso.

—¿Y bien? —me suelta Cosimo alzando una ceja en un gesto orgulloso que, traducido en palabras, quiere decir: «¡trágate tus palabras, perra!».

La cara de Óscar es un poema. No sabe qué está pasando y se nota que está dividido entre reírse o ponerse serio. Por ahora, reírse gana. Dirigiéndome solo a él y para que los clientes no me oigan, le susurro:

—Parece ser que la novia de mi hermano se compró una peluca para jugar a algún tipo de juego de rol sexual...

—¡Cabrón con suerte! —exclama olvidándose de la discreción—. Sabía que esa morena era puro fuego...

—Ya me puedes ir pidiendo perdón —ordena Cosimo ignorando a nuestro amigo—. Y, Tazia, que sea tan público como tu exhibición de antes.

—¡Perdón! —grito un segundo antes de salir como alma que lleva el diablo hacia la trastienda. Entro en la oficina y cierro con un portazo.

Al cabo de un rato, me percató que puedo oír una conversación entre los dos hombres a los que acabo de dejar tirados para lamerme mis heridas. No hacen

ademán de entrar en el cuarto. Estoy segura de que me están dando tiempo para recomponerme. Reinstaurar mi orgullo y todo eso.

—Reconozco que hacía tiempo que no me reía tanto. —La voz burlona de Óscar me llega a través de la puerta cerrada.

—Habla por ti —se queja mi hermano—. A mí todavía me queda por aguantar las burlas de Simonetta y de Sandra... No sé, amigo, como que me están entrando, de repente, unas ganas locas de visitar a mi familia en Italia. Por lo menos estaría rodeado de mi amorosa madre y me ahorraría la humillación a la que me someterán esas dos.

—No creo que te sea rentable —razona nuestro empleado—. Con la suerte que tienes, las noticias llegarían allí antes de un pestañeo y tendrías que aguantar la retahíla de tu madre del matrimonio. Puedo hasta oírla. —Y haciendo una pobre imitación, sigue—: Cosimo, este tipo de cosas no pasarían si te casaras. Tienes que hacer de esa chica una mujer respetable. Como si el matrimonio fuera sinónimo de fidelidad. —Acaba con un suspiro.

—Es sinónimo de respeto, capullo.

Se oye un golpe seco y sé que proviene de la cabeza de Óscar.

—Bueno —rectifica mi hermano—, por lo menos, para mí lo es.

—Yo respeto a todas las chicas que conozco. Sobre todo, respeto que sean abiertas con su sexualidad y que la experimenten conmigo.

—Por si el espectáculo que acabas de ver no te lo dejó claro, también gozo de bastante de una chica que cumple con esos requisitos.

—Ahí lo tienes, amigo. Tú mismo lo has dicho: una chica —aclara—. Una. En la variedad está el gusto.

—Cantidad no es sinónimo de calidad —rebate Cosimo.

—¿Qué te puedo decir que no sepas ya? Soy un hombre con suerte —se jacta Óscar—. Para mí, las dos cosas vienen de la mano.

Pican en la puerta, y eso quiere decir que mi hermano se ha hartado de las payasadas de nuestro amigo y que mi tiempo para reagruparme se ha terminado.

Asoma la cabeza rubia y me pregunta:

—¿Estás bien?

Como respuesta, le dedico un guiño junto con un firme movimiento afirmativo de cabeza, algo bastante incongruente con mis dos acaloradas y muy coloradas mejillas que dicen lo contrario.

—Eso te enseñará a no cotillear. —Me señala mientras entra en el cuarto y se sienta frente al ordenador.

Por tácito acuerdo silencioso, pasamos casi toda la mañana sin tocar el tema, exceptuando alguna risa que otra al venimos a la mente. Tengo que reconocer que el volumen de trabajo ayuda bastante a mi causa. Tanto que, casi olvido por completo preguntarle a Cosimo sobre Alek.

Es casi al mediodía, al sonar la alarma preprogramada de mi teléfono, la cual me avisa que tengo que marcharme a casa a por unos moldes de galletas para las prácticas de hoy, que recuerdo preguntárselo.

—Cosimo, ¿qué sabes sobre Alek?

—¿Cómo que qué se de él?

«¡Oh, alerta de hermano mayor posesivo!».

—Relájate. Solo tengo curiosidad —le respondo—. Es que... se lo ve tan serio.

—No, Tazia. Conozco esa mirada. Vete olvidándote de cualquier cosa que se le ocurra a esa cabecita tuya. —Lo miro confundida y sigue hablando—: Es la misma miradita que utilizaste cuando encontraste esa *preciosa* —hace comillas con sus dedos enfatizando la palabra— cría de ratón en la calle y convenciste a mamá para que te dejara quedártela.

—¡Mickey! —Suspiro—. Lo echo tanto de menos... ¡Era tan bueno!

—Sí. Era buenísimo. Sobre todo cuando nos ocultaste a todos que al crecer te diste cuenta de que no era un lindo *hámster*, sino una puta rata. —Se estremece—. La cola le medía más que el cuerpo, joder.

—No sé a dónde quieres ir a parar.

—Lo que digo, hermanita, es que hay cosas que es mejor dejarlas como están.

—No he hecho nada malo —me defiendo.

—Todavía —afirma.

—Cosimo, lo que hago, o no, con mi vida no es asunto tuyo. —Y como

quiero que me ayude, reculo en las formas. La chulería no me viene bien en este momento—. No tengo motivaciones ocultas. Solo quiero comprobar que no es tan... triste como parece. Y por eso necesito tu ayuda. Si me confirmas que tan solo es mi imaginación haciendo de las suyas, dejaré pasar el asunto. —Hago una equis a la altura de mi corazón y sonrío—. Palabrita del niño Jesús.

—Está bien. —Se rinde—. Pero no sé mucho. Sé que es miembro de una banda que se dedica a versionar canciones y que monta en moto.

Planto una mueca en mi cara. Es cierto que no sabe mucho. Creo que subestimé su relación con Alek.

Finjo que estoy sopesando lo que me ha dicho durante unos segundos y le digo:

—Tienes razón. No es asunto mío. No es como si una persona que está en un grupo pueda considerarse una adaptada social. Voy a dejar pasar el tema.

«Eso no me lo creo ni yo», con la cabeza ya maquinando como conseguir nuevas fuentes de datos fiables.

Necesito más información. Sandra y Netta están cien por cien descartadas de la misión: ojo avizor, «sí. Le puse nombre, ¿y qué?». Y ya que no quiero aguantar un interminable e infantilísimo canto al son de «Tazia quiere a Alek», voy a tener que ir directamente a la fuente para conseguirla.

Porque, en mi fuero interno, Aleksandr es un hombre sufrido, y yo voy a curarlo.

18 Hermano en italiano.

19 ¡Eres un cerdo! ¿Cómo puedes hacerle algo así a Netta?

20 Y no creas que no se lo voy a decir...

Paso los días atenta *vigilando* a Alek. No en plan acosadora, pero intentando captar cualquier cosa que pueda sobre él. Todo pequeño ápice de información es bienvenido. Todo con el fin de acabar convenciéndome de que estoy equivocada o, de lo contrario, de que refuerce mi idea de intentar hacerlo feliz.

La verdad es que entre más hablo con él, entre más me fijo en los pequeños detalles... menos consigo entenderlo. Intentar desentrañar el dilema que responde al nombre de Aleksandr Glazunov parece un milagro. Decir que es hermético se queda corto.

Cierto es que no mantenemos lo que se dice una amistad, sin embargo, cada vez estoy más que segura de que el director del centro lleva a rajatabla eso de no intimar con los subalternos. Eso, o no tiene, en absoluto, ningún amigo. Lo he visto interactuar con empleados con los que lleva trabajando una cantidad considerable de tiempo... Bueno, eso tampoco tiene que derivar en una amistad, no obstante, creo que serían capaces de decirme mucho más sobre él que un simple y ya manido: «tiene un grupo», que es lo que la mayoría de los casos me responden, junto con: «le gusta vagar solo por la propiedad».

Una tarde, estoy sentada fuera aprovechando el buen tiempo y veo pasar a la persona que ha estado ocupando gran parte de mis pensamientos por delante.

—Hola, señor director —lo saludo—. ¿No me estarás buscando para echarme la bronca por no estar en mi puesto de trabajo, verdad? Porque te informo que mi turno no comienza hasta dentro de... —Miro mi reloj—. Treinta y cinco minutos y cuarenta segundos.

Le dedico una sonrisa de listilla que el ignora.

—No. Tan solo salí. Voy a dar una vuelta por los alrededores.

—Vigilando el fuerte, ¿no? —bromeo—. Eres un jefe eficiente.

—Mi sentido común me dice que te siga la corriente, sin embargo, no tengo ganas de bromear, así que te diré la verdad. —Me ofrece su propia sonrisa, solo que la suya es una ladeada que solo me trasmite tristeza—: Acabo de recibir una mala noticia o, mejor dicho, me acabo de enterar de que, en breve, recibiré una visita inesperada nada grata para mí —me confiesa—. Salgo fuera a ver si el dar vueltas por la propiedad logra relajarme.

Me encuentro secretamente complacida por su sinceridad. Parece que voy avanzando. Y como los pobres no tienen derecho a elegir, decido ser positiva y aprovecharme de la poca información que poseo de él y agarrarme a esta oportunidad con las dos manos.

—Si no te apetece estar solo, puedo ser tu chica durante un tiempo aproximado de —vuelvo a comprobar mi reloj— veintinueve minutos y descontando.

Me pongo de pie y me acerco hasta pararme a su lado.

—No sé cuánto podremos andar durante ese tiempo, pero si lo hacemos lo suficientemente rápido, tal vez te acabes centrando en tus músculos doloridos y en tu respiración agitada y olvidarte de tu pequeño problema.

Mira mi atuendo de arriba abajo —camisa beige y vaqueros de cintura alta— centrándose en mis pies como si alabara y dudara de si mis preciosas manoletinias color rosa palo pudiesen seguirle el ritmo en terreno agreste. Junto mis talones un par de veces, al más puro estilo Dorothy en *El mago de Oz*, y le digo:

—No te preocupes por mí. Mi calzado aguantará. Y si no, solo son zapatos. Más se perdió en la guerra.

—Entonces, adelante —enuncia en tono neutro, aunque creo que lo he sorprendido con mi pasotismo—. Pero no voy a dejar que estropees esos bonitos zapatos. Te puedo dejar unas botas de jardín. Seguro que tenemos de tu talla.

Asiento en dudosa conformidad y nos dirigimos hacia el cobertizo en el que, para mi desgracia «o suerte. No sabría decirlo con seguridad», sí habían botas de mi número.

Mi yo vanidosa y presumida se retuerce, pero la Tazia práctica salta de

alegría. Ama estos zapatos.

Me calzo los botines y doy una graciosa *pirouette* sin conseguir romperme la crisma y le hago una seña para que salgamos de allí.

Caminamos en cómodo silencio uno al lado del otro por los linderos de la propiedad. Está ensimismado en sus pensamientos y no quiero molestarlo. A fin de cuentas, por mucho que me gustaría saber sobre él, el motivo para este paseo era relajarlo.

—¿Aún bailas? —me pregunta de repente.

—¿Te ha impactado mi estilo, eh? —me burlo.

—Sí. Nunca volveré a pensar en las botas de agua como en simples protectoras. Es más, al próximo baile de gala al que acuda, me llevaré un par —me sigue la broma.

—La verdad es que todavía lo hago —le digo respondiendo a su anterior pregunta—. No de forma profesional, pero intento mantenerme en forma. Acudo a una academia algunos días por semana —le explico—. Ahora, con todo esto del centro, no puedo ir tanto como solía. Tengo que adaptarme a los horarios de la academia y casi nunca llego a tiempo o ya está ocupada la sala.

Me toma del brazo y me detiene.

—Siento que trabajar aquí te cause tantas molestias.

Le dedico un gesto con la mano, descartándolo.

—No te preocupes. Me gusta lo que hago. Lo disfruto —me justifico—. Además, tengo en casa una barra y puedo hacer estiramientos cuando estoy allí. No voy a perder la forma.

—Aun así... no deberías renunciar a una afición por otra que te maraville de igual manera. Lo disfrutes o no.

Suena tan categórico que me dan ganas de reír. Este que tengo enfrente es un hombre de extremos. Me pregunto si será igual de apasionado en todas las facetas de la vida.

—Bueno, yo no lo considero de esa manera —lo contradigo.

—Mal hecho por tu parte —asevera, y por el tono en que lo dice, me siento como si de verdad estuviera delante del director de mi antiguo colegio—. Tienes

que luchar por lo que te gusta. La vida es muy corta, Tazia.

—Tal vez. Pero tienes que verlo como yo lo hago —especifico—: Si no me hubiese presentado voluntaria, Netta habría sacrificado su poco tiempo libre en venir aquí. Y ahora no solo no está ella, Iván y mi hermano también entran dentro de la ecuación. No puedo dejar que ellos no estén bien cuando no me cuesta nada ayudarlos.

—Eres una chica altruista —confirma. Parece sopesar algo durante unos instantes y prosigue—: No se ven muchas personas como tú en estos tiempos. Todo el mundo va a lo suyo.

—No me malinterpretes. No lo haría por cualquiera —le aseguro. No quiero que me tome por una niña tonta.

—Te engañas a ti misma, Tazia. Eres buena por naturaleza. —Acercas su mano a mi cara y me acaricia la mejilla con el pulgar, demorándose más de lo adecuado casi en la comisura de mis labios—. No te avergüences de ello.

Me vuelvo escarlata. Y no solo porque me haya pillado, sino porque su caricia me ha gustado más de lo que debería. Sabes que estás falta de sexo cuando un simple roce inocente te da escalofríos hasta en el carnet de identidad.

Me aparto de un salto, sorprendida de la reacción de mi cuerpo. Miro mi reloj y con un «¡Uy, qué tarde es!», me giro y vuelvo a la casona dejando a Alek plantado en medio de la nada.

«Soy una cobarde», me recrimino a mí misma mientras me apuro en llegar a la puerta para poder entrar y esconderme durante un ratito.

Me dirijo directa al baño de personal y me siento en el retrete intentando calmar mi respiración. Inspiro profundamente y con ello me calmo. Bajo la mirada hacia mis pies para ver que tenía tanta prisa por huir que no me cambié de calzado.

Toco mi mejilla, recordando el punto exacto en el cual Aleksandr me tocó, y me pregunto si mi exagerada reacción se debe a que el toque vino de él o a que estoy falta de cariño...

Creo que es hora de desempolvar mi agenda de ligues. ¿A quién quiero engañar?, desde David he sido demasiado perezosa como para ligar con alguien.

Bueno, como dice Netta a toda mujer que quiera escuchar: «No te quejes si te

sientes frustrada sexualmente, es culpa tuya. Para algo Dios inventó el consolador, que es como un hombre, pero sin el hándicap de tener que echarlo de tu cama al final. Dale uso y deja de quejarte».

Sí. Este es el tipo de sabiduría que destila la novia de mi hermano. Lo peor es que rara vez se equivoca.

Al salir del aseo, ya voy justa de tiempo. Me dirijo a la clase y, justo en un lado de la puerta, me encuentro con mis manoleínas. Desde el interior me llega el sonido de los pacientes hablando unos con otros, de todo y nada, pero me tomo mi tiempo para cambiarme de zapatos. Al calzarme el izquierdo, noto que hay algo dentro. Meto la mano y saco un papelito doblado. Lo abro y leo:

No hay nada de qué avergonzarse.

Y allí mismo me convengo de dos cosas. Primero: estoy falta de cariño, sí. Sin embargo, no creo que cualquier hombre al azar me haga sentir de esta forma. Y segundo: voy a seguir el consejo de mi cuñada. Que no se diga que no hago caso a lo que me dicen...

Entro por la puerta al tiempo que me planto en la cara la sonrisa más brillante y falsa que he puesto en toda mi vida. Saludo con un escueto y optimista:

—¡Hola, chicos! ¿Están preparados para ensuciarse de la mejor manera?

A lo que me responden con un entusiasmo:

—¡Sí!

El que, tonta de mí, me alegra el corazón hasta que es seguido de un: «¡Siempre estoy preparado para el sexo!», y de las subsiguientes carcajadas.

Me vuelvo a ruborizar, deseando que la tierra me trague, mientras ellos, para no variar y como ya esperaba, se descojonan a mi costa.

«Esto me pasa por falsa. La próxima vez me callo la boca».

Suspiro resignada y me dedico a repartir, por las diferentes mesas de trabajo, la receta elegida para hoy: *panacotta*. Parece que la simple visión del papel los calma porque casi al instante de verlo, cesan las risas y ponen caras de entusiasmo.

Me vuelvo a intentarlo de nuevo y, esta vez, el optimismo no es fingido:

—¿Están preparados para comenzar?

Los asentimientos me dan el pistoletazo de salida que esperaba y los pongo manos a la obra. Es hora de olvidarse de todo, caricias desconcertantes incluidas, y comenzar a trabajar.

Tras mi pequeño lapsus oral, la clase sigue a buen ritmo. Los chicos se esfuerzan al máximo queriendo impresionar a su familia con sus postres, ya que al día siguiente es tarde de visita.

Normalmente, los días de visita no trabajo, sin embargo, quiero estar presente en este. Me encantará ver interactuar a mis alumnos con su familiares y, si llega el momento, servirles de apoyo en caso de crisis emocional.

Como decía, los ánimos están por los aires. Todos se encuentran nerviosos aunque exultantes de felicidad. Según me van contando, esta reunión es casi la más esperada porque casi todos los del grupo tienen algo por lo que sentirse orgullosos: no solo llevan más de la mitad de tiempo de ingreso limpios, sino que, además, no tienen gana alguna de recaer. Por fin ven la luz al final del túnel.

Mientras yo confecciono una lista de posibles ingredientes, ellos se encuentran en medio de una discusión sobre lo que podríamos preparar como presente a sus familias, un comentario llama mi atención.

—Ni hablar de los bombones. No quiero volver a ver uno en mi vida —niega Minerva—. Sobre todo si es de licor.

Levanto la vista del papel delante de mí y la miro confundida. Ella, al darse cuenta, me explica:

—Antes, los engullía por montones. Era una buena tapadera con la que mantener *el puntillo*, sin exponerme a que me miraran mal, mientras impartía clases de arte a niños demasiado pequeños como para sostener un lápiz en la posición correcta. Algo que a sus padres les traía sin cuidado —puntualiza—. Tan solo buscaban una excusa para socializar entre ellos y deshacerse de sus hijos sin que resultara muy evidente.

—Habrás quedado como una verdadera golosa. —Decido tomármelo con humor porque estoy completamente segura de que mostrar lo indignada que me siento no le sentaría bien. Malinterpretaría mi mal estar, creyendo que me enfadan sus acciones cuando en realidad lo que me enerva es su situación y, por

qué no, también el pasotismo de los padres de esos pobres niños—. Y si eran puristas de la comida sana y equilibrada, estarían a punto de padecer un colapso nervioso cada vez que te vieron con un bombón en la boca.

—Puede ser... Creo que pensaban que sufría un desorden alimenticio. Aunque creo que, a sus ojos, estaría mejor visto ir al baño a provocarme el vómito que a tomarme un chupito... o cinco —se mofa.

—Ser bulímica o anoréxica no es una broma.

—Estoy de acuerdo. Tan solo digo que supongo que ellos lo pensaban —aclara—. Lo que es un alivio. No quiero ni imaginar los comentarios y las quejas si se hubieran enterado que bajaba todos esos bombones con una lata de té verde repleta hasta los topes de ginebra.

La miro con verdadero horror. Tenía que cogerse unos *colocones* bestiales si bebía tanto como dice. Lo peor de todo es que los padres de sus alumnos ni se enteraban.

—¿No recibiste ninguna queja por parte de los familiares? —le pregunto con curiosidad, sin creer del todo que unos padres no se percataran de la situación en la que se encontraba la profesora de arte de sus hijos.

—Por extraño que parezca, no. Tal vez tenga que ver con que me lo montaba con casi todos los padres y con el director de la escuela... —medita—. Es más, todavía conservo mi plaza. Pedí una excedencia por dos años al ver que era incapaz de seguir trabajando. Me gustaba pintar, enseñar... solo que beber me gustaba más.

»Mi alumno favorito, Jaime, me despertó una vez. No sé ni cómo lo consiguió. Solo tenía 4 añitos y yo me había desmayado. Al abrir los ojos, absolutamente confundida y aún borracha, noté que estaba empapada. El pobre me estuvo tirando el agua que había colocado sobre mi mesa para limpiar los pinceles más tarde. —Suspira—. Lo abracé con fuerza y me dio un ataque de lucidez. Fui directa a la oficina a reportarme enferma y me marché a casa. Todo lo demás, la excedencia, este sitio, vino después de eso.

—Fuiste muy valiente al dar el paso.

—¿Lo fui? Yo no lo veo así. No, cuando creo que he dejado a un pobre niño traumatizado de por vida. Caí bajo —se lamenta—. Solo espero que logre

olvidar ese episodio y que no me recuerde. Ojalá cuando me reincorpore al trabajo, él no se encuentre allí. Estoy aterrada —confiesa.

—¡Ay, Minerva, ven aquí! —Me acerco y la pego a mi cuerpo en un achuchón lleno de sentimiento. Tal vez no es lo que se dice muy ético, pero es lo que me sale del corazón—. No tengas miedo. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Cargada con bandejas llenas de recipientes repletos hasta los topes de *panacotta*, me dirijo en paso precario hacia la cocina. Estoy llevando tres, una encima de la otra, y todavía me quedan tres más por cargar. Hoy se nos fue un poco el tiempo en clase y los chicos (aunque se ofrecieron a ayudarme, algo a lo que me negué con rotundidad) tenían una especie de actividad grupal con Sandra, algo sobre reforzar la confianza y la autoestima, y viendo cómo reaccionó Minerva (totalmente normal y comprensible dada sus circunstancias), no quería que llegaran tarde. Fortalecer esos aspectos de sus vidas les vendrá muy bien.

Así que por eso estoy de esta forma, haciendo malabares para que todo su esfuerzo no termine desparramado (y destruido) en el suelo. Al final, entre todos, optamos en que agasajaríamos a sus familiares con este postre italiano y no con otra cosa. No teníamos tiempo ni nada planificado. Mejor dejar todo como estaba.

Me di cuenta de un pequeño problema logístico al llegar a la puerta de la instancia. Puerta que se encuentra cerrada con llave; llave que tengo metida en el bolsillo de mi apretado pantalón. Busco algún hueco en donde depositar mi preciada carga y, ya que me niego en rotundo a ponerla en el suelo, me rindo y me doy la vuelta directa de vuelta a la cocina.

Intentaré buscar una mesa con ruedas o algo parecido, porque, aunque logre sacar la llave y abrir la puerta, no serviría de nada. Una de las normas del centro es tener siempre la cocina cerrada. No es difícil imaginar el motivo, alguien con ansiedad (un adicto en recuperación) puede atacar la cocina como si de una

guerra por su vida se tratase, y no queremos cambiar una adicción por otra.

De regreso, me encuentro a Alek parado junto a la entrada de mi aula, apoyado de forma casual contra la pared. Al verme, se acerca y me quita el peso de las manos al tiempo que me saluda con un escueto «hola».

—Gracias —le digo mientras muevo los brazos en un intento de revivir las articulaciones. Le sostengo la puerta para que entre y le digo—: Puedes dejarlas en donde quieras.

Lo hace sin decir ni una palabra.

—¿Podrías prestarme una de esas mesitas con ruedas? —le pregunto—. Necesito meter todas estas bandejas en la nevera o los esfuerzos de los chicos se verán reducidos a sopa grumosa. No recordé que la puerta estaba cerrada hasta que llegué allí cargada.

—Tengo una idea mejor, ¿por qué no me usas como mula de carga, vamos juntos hasta allí y te ayudo a colocar todo? —sugiere—. Será más rápido que ir a buscar cualquier cosa para trasladarlos, y tengo la impresión de que tienes un poco de prisa.

—¡Oh, cierto! Te lo agradezco —le respondo con rapidez porque todo lo que ha dicho es cierto. Me acerco a las bandejas y se las voy depositando con lentitud en los brazos—. Pero ten cuidado, por favor, los chicos han trabajado mucho y los quieren para mañana ofrecérselos a sus familiares.

—¿Hace falta que te recuerde quién se ha tropezado más veces delante del otro? —indaga con una sonrisa—. Para ser una bailarina no tienes mucho equilibrio...

—Eres un gracioso, señor Glazunov. —Termino de cargar todo y salimos—. No tengo la culpa de no poder practicar tanto como antes, perdone mi mal juego de pies.

—Bueno, precisamente de eso quería hablar contigo. Tenía la esperanza de que no te hubieras marchado cuando vine a buscarte. Tengo una oferta que hacerte.

—Ahora sí me has intrigado. —Y la verdad es que lo ha hecho—. Mejor esperamos hasta que descargues y coloquemos todo en su sitio, no quiero estropear mi desmayo dramático cuando oiga esa misteriosa oferta.

—Es más bien una proposición. Y creo que te gustará.

Llegamos a la cocina y disponemos todo con rapidez.

—A ver, ¿qué es eso que tienes que proponerme?

—Mejor te lo enseño. Sígueme.

Lo acompaño hasta una parte de la vieja casona en la que nunca había estado. Se detiene ante dos puertas dobles y, en un gesto muy similar al de película de espías (que me sorprende totalmente por lo incongruente y absurdo que parece algo tan moderno en una casa que, aunque reformada, posee una apariencia antigua), escribe una clave en un teclado lateral y estas se abren.

Pasa y lo sigo dentro.

—Esta es un área privada dentro del centro —me explica sin detenerse—. Es en donde vivo.

Mientras lo persigo, no puedo evitar echar un vistazo. La curiosidad me mata por dentro. Un gran despliegue de muebles de estilo Luis XV me saludan por donde quiera que paso la mirada; algunos cuadros, igual de antiguos que el mobiliario, y fotos en blanco y negro adornan las paredes; algunos instrumentos, de cuerda y percusión, de diferentes épocas, apoyados de forma aleatoria aquí y allá, completan la decoración.

No cabe duda de que se trata del hogar de un músico. Imagino que si Beethoven o Mozart vivieran en la actualidad, lo harían en un lugar muy parecido a este.

Alek se detiene, y voy tan distraída que acabo chocando contra su espalda.

—Lo siento —me disculpo de manera distante, ya que, con mis manos colocadas en sus omóplatos, puedo sentir el calor que desprende su cuerpo—. Estaba distraída. Tu casa, por lo menos lo poco que he visto hasta ahora, es preciosa.

Me separo de su cuerpo un poco a regañadientes y me posiciono a su lado.

—No te preocupes. —Agarra el pomo de la puerta que tiene en frente y me dice—: Esto que voy a enseñarte es un lugar sagrado para mí y, por lo que representa, me duele que esté casi en desuso.

Ahora sí que tengo verdadera curiosidad. Lo de antes era tan solo una broma en comparación. Lo que siento solo puede equivaler a lo que sintieron los

responsables de *WikiLeaks* al abrir su primer archivo confidencial. Estoy casi salivando.

Mi fantásica mente va desde un cuarto lleno de trajes de animales ideales para la escena *furry*²¹ *inquietante*, hasta un cuarto rojo del dolor (sí. Hasta yo he leído esos libros), pasando entre medias por una gran y preciosa biblioteca tipo *película La bella y la bestia*.

Lo que sí que de verdad no espero es lo que veo cuando por fin abre la puerta: un gran piano de cola, paredes repletas de espejos y barras de *ballet*, y en la esquina, un viejo tocadiscos y más discos de los que puedo contar a primera vista. Es un gran y precioso estudio de música y danza.

Entro sin esperar permiso y me permito maravillarme al tiempo que doy vueltas sobre mí misma hasta acabar en el centro de la sala. Mi reflejo me persigue gracias al efecto reflectante de los cristales alrededor. Me detengo, cruzo miradas con Alek y me fascino con la expresión que tiene su rostro en estos instantes. Una mezcla de sentimientos: sorpresa, ilusión, algo de añoranza y felicidad, muchísima felicidad, que creo no se da cuenta que transmite, convierten su cara, de por sí ya perfecta, en algo extraordinario.

Le brindo una sonrisa que sale de dentro de mi corazón.

—¿Te das cuenta de que tan solo podrás echarme de aquí con la ayuda de una palanca, algo de violencia física y cloroformo, verdad?

—No creo que sea necesario. Cuando tomé la decisión de traerte aquí, sabía que era una posibilidad el levantarme un día y encontrarte acampando en medio de la sala de estar. —Se acerca—. Ahora en serio, estaba convencido de que lo apreciarías. Y no me has decepcionado.

Toma una pausa y va a sentarse en la banqueta del piano.

—Quiero que la uses.

—¿CÓ...cómo? —balbuceo—. Creo que no te he oído bien.

—Quiero que la uses, Tazia —ratifica—. Antes, cuando estuvimos fuera hablando y me dijiste que por venir aquí casi no podías practicar, me quedé pensando en ello. Como te dije, no lo veo justo. Y si puedo hacer algo para arreglar la situación, ¿por qué no hacerlo?

—No sé qué decir...

—Con un simple «gracias» me vale —dice.

—No quiero ser una molestia. —Dudo.

—Nada de eso. No me cuesta nada dejarte el estudio, Tazia —asegura—. Al contrario, me complace. Le darías uso a una habitación desaprovechada, y estoy seguro de que a mi madre le encantaría.

—No me puedo creer que hayas usado la baza de la madre...

—¿Ha funcionado? —El tono pícaro en su voz lo hace parecer más joven y despreocupado. Me gusta.

—Sí, Alek, ha funcionado —respondo—. Acabo de ver este lugar y ya lo adoro. No hacía falta utilizar esa sucia artimaña.

Me aproximo a él y le hago un gesto para que se ruede. Pilla el gesto y se arrima a la orilla del asiento para dejarme un hueco. Me acomodo, dentro de las posibilidades, y comienzo a hablar.

—¿Cómo es que tienes una habitación como esta...? ¿No me digas que bailas y has guardado esa información para ti? —lo interrogo—. Malo, Aleksandr. Eres un niño malo.

—No. Nada de eso. Lo único que hago yo aquí dentro es tocar el piano —responde. Y es una pena. Creo que se vería estupendo en mallas, sobre todo en la parte trasera—. Tendrías que darle las gracias a mi madre, fue idea de ella montar todo esto. Era cantante de ópera y, algunas veces, aspirante a bailarina. De ahí las barras y los espejos.

—No te preocupes. Lo haré. Dime su dirección y le mandaré una cesta de agradecimiento.

Abre la tapa del piano y toca algunos acordes.

—Te agradezco el gesto, pero no creo que sea posible... Mi madre lleva algunos años muerta.

—Asumí que... como antes te referiste a ella, creí, pensé... —intento vocalizar correctamente, sin embargo, me es imposible. El shock no me deja—. Lo siento.

Acabo mi parloteo con esas simples palabras que me saben a poco. Pero ¿qué más se le puede decir a una persona en momentos como este?

Mientras yo rezo al patrono de los inoportunos para que, por orden divina, se abra un agujero negro que me succione por bocazas, Alek sigue tocando. Lo que antes era *tocar por tocar*, se ha convertido en una pieza preciosa que reconozco al instante: *Sueño de amor*, de Franz Liszt. Una melodía preciosa por la que estuve obsesionada en la adolescencia. Leía libros sobre tiempos pasados y países lejanos, repletos de romanticismo y distintivos héroes vestidos en *kilt* o sombreros de copa. A tanto llegaba mi empeñamiento, que incluso la usé como tono de llamada en mi viejo Nokia.

«Lo sé. No fui una adolescente promedio».

No lo oigo emitir ni un sonido durante el tiempo que dura la composición. Miro su cara y me encanta lo que veo. Su rostro es una máscara de pacífica concentración que no quiero perturbar.

Al acabar, deja los dedos sobre las teclas, acariciándolas, recreándose en ellas.

—Ha sido maravilloso —afirmo admirada.

—Era la favorita de mi madre —reconoce con la mirada clavada en la composición blanca y negra que forma el teclado que tiene delante.

—Tu madre era una mujer con un gusto musical excelente. *Sueño de amor* es... especial. Una de mis favoritas de todos los tiempos.

Gira el cuerpo hacia mí.

—¿La conoces?

—Esta conversación se está pareciendo demasiado a una escena de *Crepúsculo* —me burlo—. No suenes tan sorprendido. Te recuerdo que era, soy bailarina. —Me reafirmo a mí misma. Que no sea profesional no quiere decir que no lo sienta—. Lo clásico es lo mío.

—Cierto. No tengo excusa para olvidarlo. Cada vez que toco esta canción me desvío un poco del camino, ¿comprendes?

—Siento si hablar de ella te ha dado malos recuerdos. No era mi intención.

—¿Sabes? Aprendí a tocar esta canción con ocho años. Mi padre solía tocarla para mi madre al conocerla, la enamoró con música clásica, suya o de otros, pero esta era su favorita. Cuando dejó de dedicarle canciones, y tiempo, ella se deprimió. Lloraba a todas horas y no sabía qué hacer para consolarla. Se me ocurrió que si tocaba para ella como solía hacer mi padre, la alegraría.

»Practicaba por las noches, con el piano de papel con el que mi padre me daba clases, y durante el día, en este mismo piano hasta que llegó a ser perfecta.

—Tu mamá tuvo que ponerse muy contenta. Seguro que le entusiasmó la sorpresa.

—Sí. Lo hizo —responde y regresa la atención al piano—. Se asombraba y enorgullecía de mi talento...

—¿Ves? Lo sabía —lo interrumpo.

Me ignora y sigue hablando.

—... Y más tarde lo maldecía. Cuando el alcohol le hacía efecto. —Comienza a tocar una pieza que no reconozco—. Bueno, para ser sincero conmigo mismo, no siempre era así. La verdad es que alternaba entre el odio absoluto por parecerme demasiado a mi padre y demostrarme su amor de esa manera intensa y abrumadora en que demuestran el afecto los adictos crónicos.

Estoy muda. Tan solo lo escucho tocar lo que resulta ser una melodía intensa y, al mismo tiempo, desgarradoramente triste.

—Por esa razón congeniaste con Iván y te preocupas tanto —reflexiono—. Te ves reflejado en él.

—Tal vez... La diferencia entre él y yo es que su madre lo quiere tanto como para ansiar mejorar. Quiere ser buena para su hijo. Mi madre... Con ella todo era diferente. Sé que me quería, pero amaba más a mi padre y lo que él podía proporcionarle. —Me contesta sin dejar de tocar, y sus palabras mezcladas con las notas me desgarran el alma—. Mónica, en cambio, ama a su hijo más que a sí misma y aunque es duro, está luchando. Sabes que ella no solo es adicta, también es una enferma mental. Ser bipolar no fácil. —Suena casi orgulloso, como un padre. La tesitura de la canción cambia a algo aterrador—. Dime, Tazia, ¿soy mala persona por desear que mi madre hubiera luchado por su vida, amado a su niño, la mitad de lo que esa mujer que se encuentra ahí abajo, esa madre enferma y drogadicta, quiere y lucha por su hijo?

Lo siento tensarse. Nuestros costados están unidos y siento como casi se convierte en piedra. Está esperando mi respuesta, mi sentencia.

—No. Eres normal. Todo hijo espera que sus padres lo den todo por ellos. Por lo que me has dicho, tu madre era alcohólica y no te trataba como debería. —Se

va relajando, por lo menos lo hace hasta que formulo mi próxima pregunta—. ¿Y tu padre, que hay de él?

—Mi padre era un hijo de puta abusivo que disfrutaba anulando a su mujer entre lecciones y más lecciones de piano y música a su hijo. —Golpea con fuerza el teclado—. ¿Sabes que mi madre comenzó a beber por su culpa? Tenía que evadirse de alguna manera, y esa fue la única que encontró que estaba al alcance de su mano. No soportaba no llegar a ser nunca suficientemente buena para él

—Lo siento, Alek. Nadie debería tener que sufrir algo así.

—Mi mente racional entiende que mi madre era una mujer dependiente que mantenía una relación toxica con mi padre, sin embargo, mi corazón es otra historia...Mi yo infantil no entendía, ni entiende, porque yo no era suficiente para ella.

—No controlo mucho del tema, pero por lo que dices, se ve que tu madre era una mujer frágil emocionalmente. No sé, tal vez tenía la autoestima baja y pensaba que tu padre era el único que podría darle el amor y cariño que necesitaba.

—Lo he pensado. Dios sabe que lo he pensado a fondo. Tienes que entender una cosa, Tazia, mi madre era rica. Venía de una familia rusa muy antigua, dueñas de casi todo lo que se podía comprar y orgullosos de su herencia artística. Mi tatarabuelo, o algo así, fue un compositor bastante famoso de la época. Me llamo Aleksandr en su honor. Y como mi padre adoptó el apellido de mi madre al casarse, incluso el apellido es el mismo. Se esperaba mucho de mí...

—No entiendo por dónde vas... —Y es la verdad. No comprendo por qué me cuenta todo esto.

—No eres para nada paciente, Tazia —me reprende, pero lo veo embozar una pequeña sonrisa—. Quiero que sepas todo para que puedas juzgar con conocimiento de causa.

—Está bien... —cedo a regañadientes y añado—: Para otra ocasión, agradezco los aperitivos. Hace que cualquier historia suene mejor.

—Impaciente y descarada. Me gusta. —Vuelve a mirarme—. Lo que te quiero decir es que mi madre era una mujer que lo tenía todo. Conoció a mi padre en el

Conservatorio Tchaikovsky de Moscú. Los dos estudiaban allí. Los dos tenían talento. Y como en las historias románticas, la chica rica se enamoró del pobre, extraordinario y extranjero chico becado... Al final, terminaron imponiéndose a la familia de ella y casándose.

»No contaron con que el amor por sí solo no es suficiente. Mientras mi madre comenzó a despuntar como soprano, su marido, mi padre, no tuvo tanta suerte.

—El pobre —me lamento. No es mi caso, pero tal vez esté empatizando con su progenitor porque sé lo que es tener la aptitud y la preparación y no poder ejercer de lo que te apasiona.

—No lo compadezcas tan rápido. No es el bueno en esta historia.

—Vale. Pero es difícil ser solo una oyente pasiva, ¿sabes? La mente tiende a trabajar por sí sola. —Me dedica una mirada que señala con bastante claridad: «¿Quieres callarte de una puñetera vez?»—. Vale. Nada de interrupciones.

—Como iba diciendo, mi padre no lo consiguió. Tal vez tuviera que ver con que se creyera un iluminado de la música clásica o el próximo Bach... Nadie le dio una oportunidad. Se volvió un celoso amargado y volcó todas esas emociones en su esposa. La apartó de todo lo que era importante para ella: su familia, amigos, país y música. Se la trajo a España.

»Al llegar aquí, la embarazó y, al nacer yo, volcó todos sus frustradas esperanzas en mí. De ahí mi educación en casa...

—Joder...

—Sí. Joder —concuerta—. Entre botella y botella se dedicaba a enseñarme. Eso fue lo único que hizo bien. Bueno, eso e ignorarme. Gracias a eso, soy medianamente normal.

—Perdona que te corte... otra vez. Es que no entiendo por qué sientes tanto, por decirlo de una manera, rencor hacia tu madre. Fue otra víctima.

—Lo sé. Te he dicho que no soy racional en esto —admite—. A lo largo de los años, lo he meditado con calma y he llegado a la conclusión de que lo que más me molesta es que ella podría haberlo dejado en cualquier momento. Disponía del dinero y de los medios necesarios. Es más, mis abuelos solían enviarle cartas en las que les rogaban que les permitieran venir a España o que viajaran a Rusia para conocerme. Nunca sucedió. Esa podría haber sido su

cápsula de escape y la dejó pasar... Eso es lo que me duele. Todo podría haber sido diferente —se lamenta.

—El corazón atiende a razones que la razón no entiende —cito, pensativamente.

—Eso es fácil de decir si no lo has vivido —me recrimina al escucharme—. Explícaselo a un niño que tiene que ver cómo su madre va transformándose ante sus ojos en una sombra de sí misma.

—Estoy de acuerdo —coincido con seriedad—. No obstante, sigue sin ser culpa de ese niño... Tuya. No creo que pudiera hacer nada para evitarlo.

—Hacer apología de la culpabilidad no es lo mío, Tazia. Tan solo me limito a narrar los hechos.

—Todos ciertos, sin embargo, vistos desde el punto de vista de un crío.

—Mi madre murió hace seis años. Por ese entonces, ya había dejado atrás la infancia y la adolescencia —aclara—. Sé de lo que hablo, créeme. No tengo los recuerdos nublados por ninguna especie de velo infantil.

—Mi madre siempre ha predicado: «en una historia, siempre hay tres versiones: la suya, la tuya y lo que en realidad ocurrió».

—Eso es irrelevante. Sobre todo ahora que está muerta después de que hice todo lo que estuvo en mi mano para ayudarla y fracasé.

—No quiero repetirme ni sonar condescendiente, pero eso tampoco fue tu culpa —asevero—. ¿Cómo es eso que siempre dices? —Entono mi voz más grave y hago una mal imitación del hombre a mi lado—: «Un adicto solo puede mejorar si es lo que realmente desea. Nada ni nadie puede obligarlo a cambiar de opinión».

—Lo sé —admite con una sonrisa ladeada que refleja tristeza y culpa por igual—. El problema es que no lo acepto.

—Pues, *ragazzo*. —Paseo un dedo por su frente, apartando, de paso, algunos mechones rebeldes—. Aplícate lo que predicas, toma ejemplo de los residentes y comienza a perdonarte a ti mismo.

—Estoy debatiendo conmigo mismo sobre si eres una mujer sabia o una sabelotodo, *balerina* —me dice, mirándome a los ojos, y esta vez, sonrío de verdad—. Una buena jugada usar mis palabras en mi contra.

—Simple lógica. No eres Dios. —Me hago la sabionda—. Aunque ser el amo y señor de todo esto te haga creerlo algunas veces —me burlo porque quiero impedir a toda costa que vuelva el Aleksandr melancólico y enfadado con el mundo de hace unos minutos.

Me levanto y me imita.

—Voy a tener que pagarte de alguna manera el que me prestes este estudio —digo—. O mejor dicho, no voy a hacer que me pagues tú a mí por escucharte. Bueno, tal vez sí...

Le dedico un guiño burlón.

—No me pidas que me quite la camiseta para ti. No brillo a la luz del sol. —Lo miro confundida—. ¿Qué? ¿Eres la única que puede hacer referencia a esa *pelí* de vampiros?

—No vale retomar una broma de hace media hora...

—¿Quién lo dice?

—Todo el mundo, listillo —respondo.

—Paso de la gente. Hago lo que quiero.

Parece que hablar le ha sentado bien. Nunca lo había visto tan despreocupado. Parece un crío y... ¡me encanta!

—No puedes crear tus propias normas. Seguro que de niño eras igual. Apuesto lo que sea a que tus amigos no querían jugar contigo.

—Teniendo en cuenta que de pequeño no tenía amigos y que me perdí casi todo lo que una infancia normal conlleva, creo que tengo derecho a un poco de flexibilidad...

Lo dice en el mismo tono desenfadado. Como si fuera algo normal. Me rompe el corazón.

—Tienes razón. —Me trago las lágrimas que quieren asomarse y embozo mi mejor sonrisa—. Voy a tener que dejarlo pasar y, simplemente, encontrar un modo de agradecerte. Será más sencillo y menos doloroso... Haré cualquier cosa para no volver a oír cómo te haces el gracioso.

Riendo, me acerco al viejo tocadiscos, dispuesta a cotillear en su colección. Y mientras ojeo entre los diferentes títulos, creo escuchar:

—No ofrezcas cosas que no estás dispuesta a dar. Podría tomarte la palabra.

Queriendo despejarme, muevo la cabeza de un lado a otro. Lo único que me falta es comenzar a oír voces...

21 Parafilia en la cual las personas se visten con trajes de animales y asumen la personalidad del estopara poder mantener prácticas sexuales con su pareja.

Al día siguiente, el día de la visita familiar, me convierto en un sujeto pasivo, contenta solo con observar la interacción que se produce a mi alrededor. Los pacientes se ven radiantes y relajados.

Y, ¿por qué no decirlo?, la *pannacotta* ha sido un éxito. Me deleito al escuchar las felicitaciones que reciben por ella y viendo los sonrojos que esas palabras provocan en mis alumnos.

Casi todos se acercan o me hacen señas para que lo haga y, al hacerlo, me presentan. Solo oigo halagos y los doy en respuesta. Cosa que me sale rápido y fácil, ya que solo tengo cosas buenas que decir sobre ellos.

Al rato, decido dar una ronda por los alrededores. Al pasear por los jardines y ver a los niños jugar entre ellos, se me ocurre una idea que hace que mi necesidad de ayudar a Aleksandr con su tristeza interior y mi obligación moral de agradecerle lo del estudio queden satisfechos.

Bueno, al menos eso creo. Mi propuesta es algo estúpida e infantil, y no estoy segura de que vaya a aceptar. Aun y así, lo intentaré. Si se ríe en mi cara, me sacudiré el orgullo y a otra cosa.

Ahora tengo que buscar la manera de proponérselo sin sonar como una loca.

Encuentro al susodicho en su despacho. A través de la puerta abierta, lo veo rasgueando distraídamente una guitarra con una melodía que no conozco. Noto como sus dedos acarician las cuerdas, enfocando mi atención en ese simple gesto.

Un cosquilleo comienza en mi estómago, haciéndome consciente de algo de lo que nunca me había dado cuenta antes: los músicos son sexis. Y este que tengo delante es el rey de todos ellos.

Paseo mis ojos hasta su cara, queriendo ver el aspecto que refleja. Lo que hay allí no es para nada lo que me esperaba. No es la pose del típico chico malo y taciturno, muy al estilo de James Dean. No. Su expresión reverbera desolación y enfado.

Doy unos suaves golpecitos indicando mi presencia. Levanta la cabeza y no dice nada. Por un segundo, permite que vea su desamparada mirada.

Me acerco despacio, como si se tratase de un cachorro herido, dejando que se acostumbre a mi presencia. Me siento en una de las sillas que hay libres y espero a que me hable.

Sigue observándome casi sin parpadear. Y como si de un sueño se tratase, de repente, suelta el instrumento y es como si nada hubiese ocurrido. Todo rasgo de debilidad ha desaparecido de su cara, reemplazada por una máscara de profesionalidad.

—¿Va todo bien, Tazia?

—Oh, sí. Todo va estupendamente —lo tranquilizo—. Todos se están comportando de maravilla. Hemos vivido un momento bastante emotivo al llegar de sorpresa la pareja de Jaime. El pobre fluctuaba de la risa al llanto todo el tiempo.

—No estaba seguro de si iba a venir hoy. Me ha mandado un *email* en cada visita programada que hemos tenido confirmando su presencia. —Sonríe—. Me alegro de que por fin se haya atrevido a hacerlo.

—Fue tan romántico. Se dieron un abrazo tan cargado de sentimientos. Sufrí un empache de amor. —Suspiro y prosigo—: Los chicos de Raquel improvisaron un partido de futbol en el patio al que casi todos los presentes se unieron.

—Eso está muy bien. ¿No todo tiene que ser lágrimas, no? Todos, pacientes y familiares, se merecen un poco de diversión.

—Cierto —coincido—. Dicho esto, me alegro de haberme incorporado tarde a la clínica, no sé si mi corazón habría resistido todo ese llanto y sufrimiento.

—Tienes un corazón blando, *balerina*. Me gusta eso de ti.

Carraspeo y decido cambiar de tema. Sobre todo porque estoy confundida por lo bien que me sienta escuchar que le gusta algo de mí.

—¿Qué sueles hacer para divertirte, Alek? ¿Prácticas algún deporte masculino de equipo, de esos que te hacen crecer el pelo del pecho o juegas a algo... yo que sé, a cualquier cosa? —le pregunto tanteando un poco sobre sus aficiones e intentando llevarlo hacia el camino que me hizo ir hasta su oficina en primer lugar.

—Ningún equipo para mí. Y respecto a los juegos... Yo no sé jugar, Tazia —me responde.

—¿En serio? —le cuestiono fingiendo incredulidad, usando un tono que quiere decir: «me cuesta creerlo. Todo el mundo lo ha hecho alguna vez. Todos hemos sido niños, ¿y qué hay más dado a los juegos que ellos?»—. ¿Qué haces para entretenerte?

—Salgo a correr con mi moto, torturo alguna guitarra, voy a conciertos, follo... —me dice, asombrándome con su vehemencia.

Estoy segura de que lo último lo ha dicho para incomodarme porque mi entonación anterior no le hizo nada de gracia. No lo va a conseguir. No, señor.

—¿Y el piano? —pregunto sabiendo el amor que le tiene a ese instrumento.

—El piano me sirve para evadirme. Para recordar, para olvidar... para no ignorar el pasado.

Con esas palabras me lo ha dicho todo y no puedo evitar sentir una pena tremenda. Yo tuve una infancia plena, divertida, repleta de juegos y mimos. Él no tuvo ninguna de esas cosas.

«Ya está», pienso mientras lo observo, «ya tengo mi entrada»

—Yo te enseñaré a jugar, Alek —afirmo sin esperar su permiso.

Por la forma en la que se le han abierto los ojos, me doy cuenta de que lo he sorprendido. Mejor, a ver si se percata de una vez de que soy más que una rubia consentida, como estoy convencida que piensa sobre mí.

—¿Sí? Y a que jugaremos, ¿al teto? —me pregunta con sorna, ya repuesto de su sorpresa inicial—. Mira por dónde, ese es un juego que sí que me sé.

—No, estúpido —lo corto mientras pienso sobre qué hacer—. Voy a planear para ti un calendario de actividades que toda persona tendría que haber hecho en la infancia.

—¿Cómo cuáles? Te advierto que ya estoy mayor para parques infantiles —se burla. Aunque está intrigado, lo noto. He conseguido llamar su atención.

—Todavía no estoy segura, no he pulido todos los detalles. Alek, deja de ser tan quisquilloso —le digo intentando ser sincera—. Estoy improvisando sobre la marcha. No obstante, sí que estoy segura de algo: algunas de las cosas que hagamos parecerán una chorrada, pero quiero que lo veas desde un punto de

vista infantil. No vale quejarse.

—Es una locura... —murmura para sí mismo, sin embargo, enfrenta mi mirada y dice—: Acepto. ¿Cuándo empezamos?

—Alto ahí, muchacho. Primero, quiero un compromiso por tu parte —le exijo apuñalándole el pecho con mi dedo índice—. No me curraré nada para que me acabes diciendo dentro de unos días que has cambiado de idea.

—¿Y qué tengo que hacer para que me creas, un juramento de sangre o algo por el estilo?

—Tu sarcasmo me repatea, Aleksandr. —«Aunque tiene su punto», me digo.

Será su palabra contra la mía, un riesgo que no estoy dispuesta a correr. Le miro la mano y me fijo en su meñique. Más concretamente, en la pequeña alianza que lleva en él.

—Como parte de tu compromiso a aceptar encontrarte conmigo de una a dos veces en la semana durante un mes de diversión infantiloides, me dejarás, como prenda de buena fe, ese anillo tan reluciente que llevas y que no te he visto quitarte nunca.

—Es la alianza de mi madre, también perteneció a mi abuela. —En un acto defensivo, levanta la mano y comienza a hacer rodar el aro—. Me dijo que solo me la quitara para dárselo a la chica adecuada.

—Por suerte para ti, no quiero que te arrodilles y que me pidas matrimonio, ni siquiera me la pondré —aclaro—. La dejaré a salvo en mi joyero y te la devolveré al acabar el mes.

—Debo de haber perdido el juicio —murmura para sí.

Se quita el anillo y alza el brazo. Levanto el mío y lo extiendo para tenderle la mano.

—Hace años que no me separo de esta joya —dice posando el aro en mi palma, pero sin llegar a soltarlo. Por la marca blanca que luce su dedo, le creo—. Estoy confiando en ti con mi objeto más preciado. No me falles.

—No te preocupes. No lo haré —juro con una sonrisa que refleja mi anticipación y mi entusiasmo—. Vamos a divertirnos juntos, Alek. No te vas a arrepentir.

Se inaugura la primera fase de la operación denominada, de forma poco imaginativa: recuperar lo perdido. Y para ello necesito la ayuda de mis alumnos que, a estas alturas de su ingreso, se apuntarían hasta a un bombardeo. Me pongo de acuerdo con Sandra, que me deja robárselos durante media hora de su tiempo antes de que dé comienzo su terapia grupal. Todo sea por la causa.

Después de clase, nos dirigimos hasta la sala de reuniones y comenzamos a colocar todo en su lugar. Mando a llamar al director, rezando para mis adentros para que no me insulte ni se ría en mi cara al ver el pequeño montaje que le he preparado.

Viéndolo así, en frío, es un poco... forzado. Por decir algo y no añadir cutre a la ecuación.

«¡Ojalá le guste», imploro a un poder superior.

Me sitúo en la puerta mientras espero a que llegue el anfitrión y dejo a los chicos comenzar con el juego. Los noto felices. Parece que el espíritu de esta *tarea* que me he impuesto está calando también en ellos.

Al verlo llegar, seguido de Minerva, salgo de mi estratégica ubicación bajo el marco y cierro tras de mí para ir a recibirlo. O, mejor dicho, salgo a avisarle. Porque, seamos claros, una cosa es que haya estado de acuerdo en todo esto de recuperar la infancia, y otra diferente es que se encuentre con todo este tinglado de sopetón y, para colmo, en su puesto de trabajo... Me está entrando el canguelo al no saber cómo podrá reaccionar. No solo por mí. Los chicos están tan entusiasmados que no quiero que los espante con alguna salida de tono.

—¿Querías verme? —pregunta, y puedo notar la curiosidad y la preocupación.

—Minerva, puedes pasar y unirte a los demás.

La chica pasa por mi lado y me dedica un simpático guiño. Espero hasta que entra, haciendo mi mejor intento de bloquear con mi cuerpo lo poco que se pueda ver de la sala en el abrir y cerrar. Al oír la música movida, alta y clara, me

lamento por no pensar en quitarla o por lo menos en bajar el volumen un pelín.

Me giro y, con una mueca nerviosa, enfrento a Alek.

—Tengo algo preparado para ti. —Comienzo con una fuerza absolutamente fingida que disminuye a medida que sigo hablando—. Antes de que entremos ahí, tengo que explicarte una cosa —farfullo—. Yo... Sé que no concretamos nada el otro día y que tal vez no te haga nada de gracia que haya involucrado a nadie más en todo esto... es solo que, para esta actividad, la gente es necesaria.

Acabo mi diatriba retorciéndome sobre mí misma. Aleksandr no ha hecho ni un gesto mientras yo balbuceaba como una estúpida. Esto me convence de lo tonta y mala que ha sido mi idea.

—Ahora sí que tengo curiosidad —dice, sorprendiéndome—. Sobreentiendo que has reclutado a tus alumnos para esto y que, por la música que se oye, el movimiento será casi obligatorio.

—Algo así —confirmo nerviosa.

«No le va a gustar nada».

—No tengo ni idea de lo que has montado ahí dentro. —Señala hacia la puerta cerrada—. Tan solo espero que no hayas olvidado que soy el jefe aquí. No nos vendría nada bien a ninguno que me perdieran el respeto.

—No. Nada de eso. No te preocupes —asevero—. Tu dignidad y reputación saldrán intactas de ese cuarto...

Me giro y me dispongo a abrir.

—O eso creo. —Termino.

Al oírme, me agarra del brazo y me detiene.

—No pienso bailar —asegura.

—¿No? Pues yo creo que sí. Te has comprometido con la causa. Dijiste que estabas dispuesto a todo. —Lo provoco, mirándolo por encima del hombro, envalentonada con que su única preocupación sea que no lo tomen en serio. Lo que he planeado no es nada fuerte ni potencialmente vergonzoso—. Y si eres el hombre que creo que eres, nunca rompes una promesa.

Lo tengo pillado, y la cara de espanto que se le ha puesto lo confirma. Se tensa y noto como comienza a enrojecer. Me muevo para enfrentarlo.

—Relájate, Alek. Nada de baile para ti. —Lo tranquilizo—. No creas que me he olvidado de la pequeña lista de actividades que muy amablemente me proporcionaste sobre las diversas faenas que logran distraerte. Y lo de hoy es lo más cercano que encontré a la única actividad física que mantenía —bromeo.

—Hablando de eso. Lo siento —se disculpa—. Fue grosero. No era esa mi intención.

Alzo una ceja insolente.

—Vale. Fue exactamente mi intención—reconoce—. Sin embargo, no te lo merecías.

—Estás perdonado...

—Gracias. —Me interrumpe.

—No tan rápido. Déjame terminar. Estás perdonado siempre y cuando—se tensa— bailes para mí.

Su expresión, una mezcla entre horror y dolor físico, hace verdadera gracia. Por lo menos, a mí me la hace.

—No ahora ni delante de nadie —aclaro—. Pero tienes que dejarme satisfacer la curiosidad que siento por verte.

Su suspiro de alivio me provoca una sonrisa.

—¿Baile, eh? —farfulla.

—Y no te hablo del mambo horizontal. Quiero ver cómo te meneas con la música sonando.

Ahora, quien levanta la ceja es él.

—¡Sé cómo ha sonado, bobo! —Levanto las manos en rendición—. Y tú sabes muy bien a qué me refiero.

«Aunque un baile estilo *Lady Fantasy* con Aleksandr llevando un esmoquin o, mejor todavía, un uniforme de bombero no estaría mal».

—No hagas un drama de eso, Tazia. Todo el mundo sabe poner un pie al lado del otro.

—Tan solo por eso no te dejaré elegir el estilo —lo acuso—. Prepárate para el reggaetón.

Se estremece y decide cambiar de tema. Muy sabio por su parte.

—Déjate de amenazas y abre la puerta de una vez, *balerina*. Si me dejas llevar por las risas que se oyen, me has preparado algo bueno.

—Está bien. —Coincido y giro el picaporte.

Abro la puerta y no puedo evitar la carcajada al ver el panorama del interior: Mónica y Estefan se encuentran sentados, con los ojos abiertos a más no poder y una sonrisa en sus rostros; Mario está despatarrado en el suelo, pasmado, con la boca casi rozándole las rodillas, observando cómo Raquel y Jaime luchan hombro contra hombro por sentarse en la única silla que queda libre en el círculo al tiempo que Minerva, obviamente la última en llegar, anima a uno y otro de manera indistinta.

Con un empujón final, Raquel lanza a Jaime hacia un lado y se sienta de forma apurada. Lo señala con el dedo y le dice:

—Soy madre de dos adolescentes, chaval. Nadie puede conmigo.

El chico, lejos de ofenderse, se agacha sobre sí mismo haciendo una reverencia y le contesta:

—*Touché*, señora. Bien jugado. Aunque espero la revancha.

—Eso está hecho.

Tras ese duelo, nos ven parados en la puerta y se bloquean en el sitio tal y como están.

—Pueden seguir, chicos —los aliento sonriente—. Nosotros nos uniremos en la siguiente ronda.

Empujo a Aleksandr, leyendo su expresión para comprobar su estado de ánimo.

—¿La sillita? —pregunta incrédulo.

—¿Qué te parece?

—¿La sillita? —repite estupefacto.

Mi coraje disminuye.

—Siento que te haya decepcionado. Sabía que era una tontería. —La amargura saliendo de mi boca deja un sabor amargo.

—¡No! —niega—. Tan solo estoy sorprendido. Solo eso. Me gusta. De verdad que sí. —Me pone la mano en el hombro, en un gesto tranquilizador,

avalado con una sonrisa deslumbrante—. No seas boba y vamos a divertirnos.

—¡Uf, me alivias! No quería comenzar todo esto con el pie izquierdo.

—Al contrario, me encanta que lo hayas hecho y también que hayas involucrado a todos estos. —Señala al salón—. Le da más emoción.

—Esa era una de las cosas en las que creí haber metido la pata. No sabía cómo te sentirías con ellos alrededor —confieso—. No medité sobre si estaba mal invitarlos o no. Tan solo pensé que ellos también se merecían algo de sana diversión, ¿comprendes?

—Has hecho bien —concuerta—. Creo que el juego de la sillita con solo dos personas, además de breve, sería un poco extraño.

—No voy a discutirte.

La música comienza a sonar de nuevo y nos quedamos mirando como dan vueltas y picándose entre sí.

—Tienen una vena competitiva de un kilómetro de largo, ¿no crees?— comenta.

—Sí. La verdad es que me tienen asombrada.

—Te voy a contar un secreto: la mía es peor. Por eso no juego ni al solitario.

—Quien te viera enfadado contigo mismo por ganarte... eso sí que sería cómico —me mofo.

—Bueno, ríete ahora todo lo que quieras, pero cuando acabes con tu culo en el suelo, el lugar a donde pertenecen los perdedores, el que lo haga seré yo.

—Alek, hay una cosa que no sabes de mí: nunca pierdo. Contra ti ni contra nadie. No lo olvides.

—¿Me estás retando?

—No. Estoy afirmándolo.

Nos divertimos. Nos divertimos muchísimo. El tiempo se va volando y Sandra llega a reclamar a sus pacientes. Cosa que el director del centro, rechaza de pleno alegando que se merecen un día distendido y relajado. Yo, personalmente, creo que no quiere parar de jugar. Lo está pasando en grande.

Al acabar la tarde, ninguno de los dos gana ni una sola vez. Al final es verdad que nadie puede con Raquel. Dio empujones como si de una guerra se tratase.

Como dice ella: «ser madre te hace dura».

Y si no, que se lo digan a mis pobres y doloridas nalgas.

La vida continúa. Más locas aventuras infantiles se me ocurren y las voy poniendo en práctica.

Una tarde, en medio de un destartalado y abandonado parque infantil, nos recreamos en las sensaciones de libertad en donde, por un ratito, nuestras únicas preocupaciones han sido ver hasta cuán alto y rápido podemos llegara columpiarnos.

En otra ocasión, rescaté del desván los viejos patines de cuatro ruedas de mi adolescencia, tomando prestados los de mi hermano. Me tomé mi tiempo adecentándolos y poniéndolos operativos, aunque fuera tan solo para unas horas de uso en las que esperaba que Alek se divirtiera.

Entre diversas caídas y un pantalón roto —el mío— de la forma más vergonzosamente posible en la parte trasera—tuve que anudarme mi rebeca a la cintura para evitar exhibir las nalgas—, le enseñé lo necesario como para poder mantenerse en posición vertical y hacer un giro simple. Estoy segura de que tras esa clase, no podrá dedicarse profesionalmente al patinaje, pero por lo menos, logré sacarle una sonrisa.

Día tras día, al cruzármelo en la clínica, lo noto más tranquilo... feliz. Y me enorgullezco interiormente al pensar que, en parte, es obra mía. Que todo lo que estoy haciendo por él ha relajado su carácter y lo ha vuelto más distendido.

Sonríe más, y eso se nota. Los pacientes, al ver su gesto sin su habitual rictus tenso, ya no entran en su despacho padeciendo el típico síndrome de terror al director, con miedo a llevarse una bronca o a recibir una mala noticia, sino que lo hacen tan solo con respeto e incertidumbre.

Ya no paso por la academia de *ballet*, prefiero quedarme en la casona a practicar, y allí es donde me encuentro ahora. A punto de lesionarme otra vez la rodilla porque no tengo la cabeza centrada en lo que tiene que estar. No puedo dejar de revivir una y otra vez las novedades acontecidas en mi vida desde que comencé esta aventura y, sobre todo, no puedo dejar de pensar en él.

En cómo se pasa algunas veces por el estudio y me observa. En ocasiones me acompaña al piano mientras hago ejercicios al tiempo que siento, más que veo, como no aparta la mirada de mí y de cada uno de los movimientos que realizo. Lo más sorprendente de todo es que, entre una cosa y otra, nos hemos hecho amigos.

Bueno, todo lo amiga que podría llegar a ser de un hombre que me atrae de una forma casi obsesiva. Aunque, ahora que lo pienso, ha sido de esa forma desde casi al segundo de conocerlo. Hubo algo en Aleksandr que me llamaba como la luz a una polilla, y yo, como ellas, no fui capaz de resistir la atracción.

Me veo esperando nuestras charlas con verdadero ahínco. Deseando ver cómo le brillan los ojos al sorprenderlo con alguna de mis preguntas u ocurrencias; imaginando la forma en la que se sentiría su cuerpo pegado al mío o sus manos recorriendo mi piel.

Tengo vívidas fantasías en las que bailo solo para él, en tan solo una muy sexi ropa interior y ligero. En la que alzo mi pierna hasta su hombro, lo empujo con fuerza al suelo y logro posicionarlo con la cara cerca de la parte de mi cuerpo que más ansío que toque con su lengua...

Soy consciente de que esto que siento no es sano, y juro por Dios que intento olvidarlo. Pero mi mente tiene vida propia y una fijación nada saludable por un hombre taciturno y lleno de tatuajes, y no quiere recular en su decisión.

Trabajamos juntos y, aunque esté aquí de forma voluntaria, es mi jefe. No encuentro ético intentar hacer nada al respecto. Tengo que cortar por lo sano, y eso es lo que me propongo hacer ahora mismo si el señor se digna a aparecer hoy por aquí. Si no, tendré que encontrar las fuerzas para no cambiar de idea y hacerlo mañana.

Estoy en medio de una *Fouetté en Tournant* cuando, a través del espejo, lo veo llegar. Termino el giro, sin dejar de seguirlo con los ojos, hasta que toma asiento en la banqueta del piano y comienza a toquetear las teclas de un modo aleatorio.

No me dirige ni una palabra, ni siquiera reconoce mi presencia con un gesto, y eso me molesta. Mucho. Llevo toda la tarde esperando y me merezco, como mínimo, un saludo.

Recojo de la barra de ejercicios una toalla y acerco mi sudoroso cuerpo a él. Me acomodo en el suelo y comienzo a hacer estiramientos. Me siento inmensamente incómoda, otro signo más de que me estoy tomando todo lo que está pasando entre nosotros, como sea que se llame esta relación o asociación que mantenemos, demasiado en serio para mi gusto.

Comienzo a hablar, pero me detengo antes de hacerlo. Una melodía sale del piano. Una canción furiosa, desesperada. La candencia trasmite furia. Odio sin adular. Aunque se encuentra de espaldas, noto lo tenso que se encuentra. Si la música no es un indicativo, su postura recta, incómoda, me prueba que algo le ha debido de pasar.

Me levanto, apoyo las manos en sus hombros y los masajeo. Bajo mi toque, su cuerpo se va relajando, pero la canción sigue. Cesó de trabajar sus tenso trapecios, pero no me aparto. El calor de su cuerpo traspasa su camiseta y se adhiere al mío.

De repente, suelta las teclas, empuja mis manos hacia abajo y estoy abrazándolo. Su cabeza gacha y la mía apoyada en el hueco de su cuello.

A través de su espalda, siento el rápido retumbar de su corazón contra mi pecho. Nuestras respiraciones acompasadas, nuestros aromas entremezclados... Nos relajamos juntos. De un tenso abrazo, hemos pasado a fundirnos el uno contra el otro.

Mueve su cuerpo, empujando la banqueta hacia atrás; cambia de postura, gira su torso y pasa su brazo por mi cintura, arrastrándome hasta quedar acunada en su regazo. Una postura íntima en la cual nunca nos hemos encontrado, pero que, por una extraña razón, se siente natural entre nosotros.

—Mi padre me ha llamado —comienza diciendo.

Yo callo, sabiendo con toda seguridad que le ha tomado mucho de sí mismo el dar este paso. Hablar de sus preocupaciones no es algo que él haga, y me enorgullece en demasía que me elija a mí para ello.

—Va a regresar a España y quiere verme. Según él, tenemos una conversación pendiente —comenta con sorna.

—A lo mejor te echa de menos y quiere saber algo de ti. Saber más de tu vida y ser parte de ella —divago.

—Eso solo lo haría un buen padre y hombre —aclara—. Créeme si te digo que mi padre es todo menos altruista. Dedicar algunos minutos a preocuparse por alguien que no es él mismo no entra dentro de sus planes.

—Tal vez quiera decirte algo importante.

—No te engañes, Tazia. Seguramente querrá más dinero —afirma—. En todos estos años, nuestras conversaciones más importantes han tenido que ver con cuánto necesita y cuán de humor estoy para dárselo.

—Entonces no creo que hayan hablado mucho. Por suerte para ti, no creo que espere recibir mucho de un hombre que trabaja en una clínica que se mantiene a base de una precaria ayuda del gobierno y donaciones.

—Mmm, Tazia, ¿a qué te refieres?

—¿No decías que este lugar recibe donaciones de gente rica deseosa de desgravar hacienda?

—Sí... —Medita unos instantes—. ¿En serio nadie te ha dicho que este lugar es mío?

—Bueno, eso ya sí que lo sé —asiento—. Pero tras pasar todo este tiempo aquí, puedo afirmar que es una propiedad, un negocio, caro de mantener —asevero—, y no creo que por muchas donaciones que tengas y con lo que le cobras a tus pacientes, te dé para mantenerlo a este nivel. Te recuerdo que poseo un negocio y estoy enterada de todos los gastos que puede acarrear dirigir un lugar como este. Seguros, Seguridad Social, sueldos, medicinas, comida, enseres... No es barato, Aleksandr.

—La casona, la clínica son más, sí. Pero también tengo mucho dinero —me explica y me recoloco hasta quedar sentada en verticalmente. Quiero ser capaz de mirarlo a los ojos al hablar de algo tan importante—. Al morir mi madre, me puse en contacto con mis abuelos. Vinieron a España y por fin pude hablar con ellos en persona. Estando aquí con ellos, me explicaron que no lo habían hecho antes porque tenían miedo a que su hija los rechazara debido a su marido.

Estoy asombrada y entristecida al mismo tiempo. Es bonito que sus abuelos no dudaran en venir al entierro de su hija, sin embargo, me apena el saber que por culpa de esos malos entendidos familiares no lo hubieran hecho antes.

—Me encantó conocerlos, Tazia —prosigue entusiasmado—. Soy lo bastante

hombre para reconocer que la primera impresión de mi abuelo fue mala. Se suponía que era un respetable hombre de negocios, sin embargo, daba miedo... Bueno, daba miedo hasta que me percaté de la pequeña mujer a su lado que lo agarró del codo, regañándolo para que se relajara. Fue épico. Literalmente le dijo: «Este es tu nieto, *staryy*²². No lo asustes con tu mala imitación de un mafioso. Tienes que correr y abrazarlo, no parecer que le tomas medidas para un ataúd».

Me rio con ganas. Esa mujer ya me cae bien.

—Se ve que es todo un personaje. Me encantaría conocerla —comento—. Seguro que me daría lecciones sobre cómo manejar a los hombres.

—Seguro que sí. Tiene a mi abuelo comiendo de su mano —cuenta—. El pobre nunca tuvo ninguna oportunidad. Juro que se puso colorado y tan solo hizo lo que le ordenó. Fue un momento bastante incómodo —reconoce—. Que una especie de montaña de uno ochenta y barriga cervecera corra hacia ti y te estrangule entre sus brazos, impacta bastante

—Y por lo que veo, no solo lo tiene engatusado a él...

—Cierto. Encandila a todo el que conoce. A primeras, te engaña con su apariencia de abuelita simpática y desvalida... hasta que habla y te larga algo que te deja patinando —asegura—. ¿Sabes? Me encontraba convencido de que debido a las circunstancias iba ser todo muy incómodo... Gracias a ella, todo fue mejor. Triste, cierto. Pero al mismo tiempo revelador.

—Me encanta la forma en la que hablas de ella. Se nota que la quieres.

—Es la mejor —resume como si esa simple frase lo explicara todo. Y, en cierta manera, lo hace.

Se remueve incómodo en el asiento hasta dejarme otra vez recostada y me aprieta contra sí.

—Cómo iba diciendo, al llegar ellos aquí, me enteré de muchas cosas. Como que esta casa y todo el nivel de vida que habíamos estado llevando mi familia y yo era todo debido a ellos y a su caridad. Resumiendo, que si por mi padre se tratase, si no hubiera sido por ellos, hubiéramos vivido en la indigencia o similar...

—¡Oh! Seguro que no habrían llegado a esos extremos...

Me dedica una mirada de incredulidad que me calla al instante.

—Estaban al tanto de que debido a la obsesión de mi padre por convertirme en un erudito de la música y de que me ocupaba de mi madre, no viví la vida de un adolescente normal. Me informaron que a partir de ese instante, y si yo quería, podría irme a donde quisiera. Que desde que se enteraron de mi existencia disponía de una cuenta y varias inversiones a mi nombre... y lo más importante, me dejaron la casa. Podía hacer con ella lo que quisiera.

—Y aprovechaste todo ese nuevo poder económico para crear algo bueno.

—Sí. Sentí que ya que no pude hacer algo por mi madre, podría intentar hacerlo por los demás.

—¿Y toda esa historia sobre los donantes?

—Totalmente cierta. En su mayoría, son amigos de mis abuelos o personas que se piensan que colaborando en esta causa pueden acercarse a ellos laboralmente—explica—. Tienen diferentes empresas, entre ellas, muchas relativas al petróleo.

—Entiendo. Son unos peces gordos.

—Algo así. Mi abuela ha hecho de esta causa su pasión. Cada tres meses más o menos, me obliga a ponerme un esmoquin junto con una gran y falsa sonrisa y exhibirme con ella del brazo para llenar las arcas de la clínica. Por otro lado, no me oirás quejarme.

—Todo sea por la causa, ¿no?

—Eso, y que mi *babushka*²³ puede ser bastante terrorífica cuando se lo propone.

En un momento dado de la conversación, me desvinculo de ella y me quedo embobada. Mis pensamientos derivan a cómo se vería un Aleksandr vestido de gala. Emperifollado hasta parecer una estrella de cine, paseando del brazo de su abuela por una sala llena de ricachones deseosos de complacer.

Parpadeo para despejarme y volver al diálogo.

—Así que... estoy en brazos de un hombre rico —dejo caer, burlona.

—Puedo ver el símbolo del dólar en tu mirada, cazafortunas —bromea—. No creas que no he notado como, a medida que hablábamos sobre patrimonios y

petróleo, me iba haciendo más y más atractivo para ti.

—Siento disentir. No eres para nada mi millonario ideal.

—¿Ah, sí? —cuestiona—. ¿Y qué aspecto tendría ese hombre perfecto?

—A ver, el ricachón que consiga cazar mi corazón tiene que ser octogenario, estar en silla de ruedas y con una necesidad vital de usar bombonas de oxígeno allá donde vaya. —Voy enumerando con los dedos.

—Te faltó decir: «y que no que no se le levante ni con la pastillita azul...».

—Esa es una de mis condiciones inamovibles. —Río—. Que se conforme con que me siente en su regazo y con la vista de un pezón furtivo de vez en cuando.

—¡Alto ahí! Creo que has llegado tarde. El último de esa especie lo cazó Anna Nicole Smith.

—Siempre me queda soñar —digo fantaseando—. ¿Quién sabe?, puede que algún día lo encuentre en la cola del banco...

22 Viejo en ruso

23 Abuela en ruso.

La situación es surrealista. Él y yo aquí, sentados al piano, conmigo en su regazo, bromeando y compartiendo partes de su vida, como si nuestra situación no fuera complicada. Como si fuéramos amigos hace mucho tiempo o algo más significativo... algo que implicara el vernos fuera de aquí y no solo por mi misión de devolverle parte de su infancia, sino porque de verdad nos apetece.

Estamos a gusto. Demasiado, diría yo. Me siento tan bien que casi me da pena volver al tema inicial, al que nos llevó a esta estrambótica dirección. Y digo casi, porque en mi fuero interno, sé que tengo que hacerlo. Que tengo que ponerme seria y preguntar.

Hago que se centre en mí alcanzando su barbilla. Mi intención es que note mi semblante solemne y, de paso, no eluda la conversación.

—¿Cuándo llega?

—El jueves —responde con rapidez. Ni siquiera finge no saber a quién me refiero.

Eso es pasado mañana.

—Pues sí que se ha dado prisa, ¿no? Espero que no tengas que desviarte de tu vida, tus planes, por él.

—En realidad, llevo un tiempo sabiendo que vendría. Tan solo no había perdido la esperanza sobre que cambiaría de opinión —reconoce—. Hace años que no lo veo y esperaba que siguiera de esa forma.

Pese a lo grave de sus palabras, se encuentra relajado. Se dedica a acariciar de forma distraída mi brazo y pierna mientras yo finjo no estar afectada por ello.

—Si no quieres enfrentarlo solo, puedo acompañarte —farfulto, de repente avergonzada por mi atrevimiento—. No sé... Venir hasta aquí y hacer de chaperona o de barrera de contención. Como quieras llamarlo. No me importa, en serio.

—Gracias, pero no lo veré aquí —comenta—. Lo primero que hice al enterarme que todo es mío, fue echarlo de esta casa. —Lo miro horrorizada, y él

detiene sus manos—. No me mires como si hubiera matado a tu mascota —me reprende—. No lo hice sin más. Me aseguré de llenarle el bolsillo antes de que se fuera. Aunque no lo suficiente... parece que mi figurada patada en el culo lo obligó a mover ese perezoso cuerpo suyo. Hizo unas llamadas y consiguió un trabajo en la Escuela Estatal de Música *Gnessin*. Por eso volvió a Rusia.

—Si lo necesitas, puedo acercarme a donde sea —reitero mi ofrecimiento—. Tan solo recuerda que mi oferta no tiene fecha de caducidad. Solo estoy a una llamada o mensaje de distancia.

No responde, aunque sé que mis palabras le agradan. Lo noto en cómo la comisura de sus labios se ha elevado casi de forma imperceptible y en cómo ha retomado sus caricias a mi cuerpo, solo que ahora las ha alargado hasta mi cuello.

—Dime la verdad. ¿Cóm...?

—¿No he estado haciendo eso desde el principio? —Me corta al tiempo que me brinda pequeños toques juguetones en la punta de la nariz.

—¿Cómo te sientes con respecto a su visita? —prosigo como si nada, agarrando su mano para que se detenga—. Somos amigos, Aleksandr. Puedes sincerarte. No voy a discutir nada de lo que salga por esa boca.

—¿Somos amigos? —cuestiona entrelazando nuestros dedos—. ¿Quién lo dice?

—Yo lo digo, y sí, lo somos —respondo afirmando, notando como se acelera el ritmo de mi corazón ante su contacto.

Eso no debería pasar, ¿verdad? Estoy sentada en su regazo, ¡por Dios! Tener su mano sobre la mía no tendría que hacerme reaccionar de esa forma. Y, sin embargo, lo hace.

—Y como tu nueva, y preocupada por tu bienestar, autoproclamada amiga, te pido que confíes en mí y me digas si estás bien con toda esta coyuntura.

—¿Qué quieres que te diga, Tazia? ¿Qué estoy jodido con toda esta situación? ¿Quieres que confiese entre lágrimas que es la primera vez que veo a mi padre desde que lo eché de aquí y que, en el fondo, por mucho que se lo mereciera, me siento culpable por ello? —me increpa—. Pues, no. No voy a decirlo porque, aunque sea cierto, en estos momentos solo es una tenue murmuración en mi

cabeza. Porque la verdad es que, aquí, contigo en mi regazo y tratando de que me abra a ti con tu dulzura, humor y comprensión, en lo único que puedo pensar es que eres preciosa.

Ante su confesión, comienzo a boquear en una fiel, y nada sexi, imitación de un pez fuera del agua. El corazón se me desboca y los ojos se me abren de par en par.

Creía que esta atracción era algo unilateral y qué él solo me veía como una buena samaritana deseosa de ayudar o como una metomentodo... cualquier cosa menos esto.

Reanuda sus caricias, solo que esta vez mi mano, anclada a la suya, lo acompaña. Es algo muy erótico el sentir como dirige mis movimientos. Y, en este instante, me vuelvo consciente de que tan solo llevo puesto un *maillot* negro de tirantes y una excusa de falda, hecha de una tela vaporosa del mismo color, que cae de mi cintura hasta muy por encima de lo que se supone que es decoroso, que enseña más que cubre, y nada más. De todos es bien sabido que los bailarines clásicos no usan ropa interior, y yo no puedo ser más clásica y costumbrista.

La sinapsis entre mis neuronas parece haberse bloqueado porque no consigo decidirme entre si lamento o no el olvidarme las medias en casa. Sobre todo al sentir como Alek aparta la faldita y me acaricia los muslos en círculos.

—Te has metido en mi cabeza, Tazia —prosigue—. Supe desde el primer día que todo había cambiado para mí. Conocerte mejor y verte interactuar con los chicos, conmigo, el cómo te preocupas por todo y todos... simplemente, me lo confirmó.

Nuestros dedos se acercan peligrosamente a la zona de la ingle. Desengancho la mano y lo detengo apoyándola sobre la suya.

—La primera vez que te vi, quise follarte. Pensaba que eras alguien que intentaba comunicarse con alguno de los pacientes, pero al enterarme de quien eras en realidad, tuve que cambiar mis planes. Por eso fui tan duro contigo. Quería que te fueras y que de esa forma no hubiera ningún impedimento para hacerlo. Para hacértelo como deseaba —explica vehemente—. Pero no. Te mantuviste firme, y no solo eso, seguiste. Y lo que es aún más asombroso, te

gustaba estar aquí.

—Yo no te obligué a nada —farfallo estupefacta por toda la información que sale de su boca.

—Sí, lo hiciste. Aunque no fueras consciente —insiste—. Probé a tratarte como a una empleada más. Ignorarte y dejarte a tu libre albedrío a no ser que fuera estrictamente necesario. Pero otra vez, fue imposible. Siempre estabas ahí, interrogándome de forma sutil, con tus ojos de cachorro y este cuerpo de infarto, haciéndome hablar de mí mismo.

A pesar que mantengo presa su mano, continua con sus caricias...

—Lo siento —me disculpo, murmurando. Tratando de centrarme en sus palabras en lugar de en sus gestos—. No quería presionarte.

—No lo hagas. Has logrado en poco tiempo lo que cientos de horas y euros gastados en psicólogos no consiguieron —dice, subiendo su apuesta, trazando el elástico de mi *maillot* a la altura de mi pubis.

—No podemos hacer esto, Aleksandr —niego sin detenerlo. Si mi vagina tuviera voz, me gritaría por estúpida—. Te sientes mal por lo de tu padre y estás buscando una vía de escape. Te vas a arrepentir después.

—Si fueras otra, no te lo negaría. Pero se trata de ti, *balerina* —aclara—. Tan solo me voy a dar un gusto y te lo voy a proporcionar a ti también.

Sus nudillos dibujan la línea de mi sexo sobre la tela. Ya ni finjo que no me gusta lo que hace. Tan solo me agarro con fuerza de su muñeca y me dejo llevar por las sensaciones que me brinda.

—Déjame entrar, preciosa. —Aparta el tejido, exponiéndome al completo, y continúa con su asalto, solo que esta vez, sobre mi depilada carne—. Déjame hacerte sentir bien.

Lo miro, observando su rostro lleno de deseo con detenimiento, y con un gemido, me dejo llevar. No me engaño con excusas estúpidas del por qué no sería una buena idea, porque la pura verdad es que lo anhele tanto que casi me duele.

Creía que era una persona altruista y que durante todo este tiempo lo estaba ayudando por las razones adecuadas, pero me he dado cuenta de que no es así. En mi fuero interno siempre quise esto y, tal vez, inconscientemente, lo he

manipulado a ello.

Descarto ese último pensamiento al advertir como escarba en mí sin llegar a penetrarme del todo, tan solo lo justo para que no olvide que mientras he estado sumida en mi mente, tengo un hombre atractivo esperando a darme placer si le doy la señal adecuada.

—Sí... —Exhalo en rendición, liberándolo de mi agarre. Mi vagina choca las cinco imaginarias conmigo. En estos instantes se encuentra muy feliz. Bueno, ¿quién no lo estaría? No se me ocurre nadie mejor con el que poner fin a una larga temporada de sequía sexual.

Esa simple palabra es todo lo que Alek necesita para comenzar su asalto. Solo espero que, cuando todo acabe, cuando toda esta neblina sexual que nos rodea se disipe, no se arrepienta.

Ni yo tampoco.

Me coge de una pierna y me gira hasta quedar posicionada en su regazo. Me siento un poco desorientada tras este giro inesperado tras el cual, en lo que dura un parpadeo, paso de estar recostada a verme a horcajadas de frente a él, con las manos ancladas en sus hombros.

Frota su nariz contra la mía y me empuja con firmeza hasta que quedo, con un estruendoso estallido de sonido, apoyada en el teclado, en una postura nada relajada.

Aleja mis brazos de su cuerpo y me baja los tirantes, dejándome desnuda de cintura para arriba, y me mira. Bajo su escrutinio, los pezones se endurecen y la piel se me eriza de forma tortuosa. Me agarro a su pelo y tiro con fuerza, obligándolo a que alivie, con su boca, el pico de dolor que siento en mis pechos.

Si lo sorprendo con mi ansioso gesto, no dice nada. Tan solo se limita a engancharse a mí como un bebé hambriento. Mama con fuerza al tiempo que golpea mi dolorido pico con la lengua, pellizcando a la vez, mi solitario pezón sobrante. Luego, pasa al otro pecho y repite la misma acción, solo que, esta vez, sus dientes también salen a jugar.

Siento que voy a explotar de un momento al otro si no encuentro el desahogo que mi cuerpo reivindica. Comienzo a mover las caderas en un intento de llevarme a la cita por mis propios medios, pero lo solo consigo molerme contra su dura erección sin que esta toque la parte de mí que más la necesita, sintiéndome como una fracasada. Una muy cachonda fracasada.

Suelta mis pechos, me agarra por las caderas y, durante un maravilloso y corto segundo, acopla sus movimientos a los míos.

—Quieta —me ordena, deteniendo la oscilación de nuestros cuerpos y anclándome en el sitio con su miembro atascado entre mis nalgas. Estoy frustrada y, aunque mi sexo se siente celoso de mi culo, hago lo que me dice—. Déjame hacerlo a mi manera.

Suelta su asidero de una mano y desliza el dedo índice en mi ingle. En un

rápido movimiento, hace a un lado la zona de la braguita, exponiéndome en totalidad.

Me dedica una sonrisa que no me tranquiliza nada. Todo lo contrario, me pone de los nervios porque ese gesto, que debería ser simpático, viene del rostro de un depredador y yo soy, a fin de cuentas, su presa.

Lleva la otra mano, con lentitud, hasta su boca. Se mete dos dedos dentro, sacándolos húmedos y brillantes. Los baja hasta mi sexo y los frota de arriba abajo con lentitud, como si en lugar de estar tocando un coño ansioso, estuviera haciéndome cosquillitas en el brazo.

—Fantaseaba con que la primera vez que te tocara *aquí* —dice enfatizando la palabra con un golpecito—, llevarías puesto un vestido igualito al que llevabas el día en que te conocí. Me moría de ganas de ensuciarte —susurra—. Pero tengo que confesar que esto es mucho mejor.

Y me penetra hasta el fondo. No estaba del todo preparada y, aunque me encontraba lubricada, siento todo el camino que hacen sus dedos dentro de mí.

—¡Mierda! —grito con la respiración entrecortada mientras me ataca con fuerza y saña. Invade mi cuerpo a la vez que frota mi clítoris rápido y sin pausa.

Me veo cabalgándolo con abandono, dispuesta a llegar rápido a la meta: el clímax.

No dejamos de observarnos fijamente durante todo el proceso, y eso me enciende todavía más. Al final, exploto y me agito en su regazo al tiempo que salen de mi boca una mezcla de gemidos y gritos intermitentes.

Por fin, cuando el orgasmo me abandona, me incorporo y, cerrando los ojos, llevo mi frente a la suya. Aun puedo sentirlo dentro, invadiéndome de una exquisita manera. Hasta que comienza todo el proceso desde el principio, convirtiéndome, otra vez, en una masa tambaleante y sudorosa.

Pequeños temblores persistentes me sacuden hasta que poco a poco voy volviendo a la realidad.

Puedo notar lo duro que se encuentra bajo mi cuerpo, y aunque parezca mentira, eso hace que quiera repetir todo de nuevo, solo que esta vez sea su miembro el que me penetre.

Alek sale de mí y me coloca, de paso, de forma correcta la ropa. Nuestras

respiraciones se entremezclan y me veo sonriendo y preparándome para más. «Y sí. Ese “preparándome” incluye una mamada. ¿Qué le voy a hacer? Los orgasmos me vuelven generosa». Hasta que, tras un carraspeo, Aleksandr dice:

—Creo que, después de esto, es mejor que no vuelvas. No es profesional.

Si me hubieran arrojado un cubo de agua helada encima, no me habría espantado tanto.

«Adiós, felicidad postorgásmica. Hola, cruda realidad».

—¿Có...cómo? No te he entendido bien —balbuceo, dándole pie de forma rápida y fácil a rectificar.

—Digo, que no creo que sea correcto que sigas trabajando aquí—ratifica para mi horror.

Me enderezo, subiéndome los tirantes, para taparme los pechos. No se pueden tener conversaciones como estas con las tetas al aire. No es serio.

—¿Y eso por qué? —inquiero.

—¿De verdad tengo que explicártelo? —pregunta, arqueando una ceja, arrogante.

—Pues, sí. Acláramelo.

Me levanto con toda la dignidad de una reina y me quedo de pie, a su espalda, esperando a que responda.

—Tazia, sé seria. —Se gira en el asiento y me enfrenta—. Todavía tengo tu olor en mi mano... no va a funcionar.

—Eso se arregla con agua y jabón —«o chupándote los dedos»—, y no tiene nada que ver con mi desempeño laboral.

—Pues yo creo que sí —rebate—. No estoy seguro de que seas capaz de separar una cosa de la otra, y a mí, eso no me va. No te digo que no me gustaría repetirlo..., pero no. No puede ser.

—Subestimas por mucho tu atractivo sexual, Aleksandr. No sé con qué clase de chicas te has relacionado en el pasado. Yo que sé... dependientes emocionales o puras masoquistas, que si, después de tratarlas como a mí, te persiguen, tienen necesidad de una buena sesión de terapia —digo—. Pero no soy como ellas. No te atrevas a compararme.

—No es eso...

—Pues explícate mejor —le pido indignada. Comienzo a pasearme por la sala.

—Siento ser tan brusco, Tazia. Lo que quería decir, y espero que no te ofenda, es que me encontraba mal y tú estabas ahí. —Me detengo de golpe y me planto delante de él—. Necesitaba distraerme del tema de mi padre y...

—Yo era la que estaba más a mano.

Asiente, confirmando mi teoría.

—Cualquiera me hubiera servido —me dice, terminado de clavar su propio ataúd.

—No voy a dejar un trabajo que me encanta, a unas personas a las que, de alguna manera, ayudo a mejorar, por algo que no ha significado nada —afirmo y sigo—: Me he corrido, sí, pero he disfrutado de rodeos igual o más emocionantes y duraderos con mi vibrador. —Estoy furiosa y dolida. Si he herido su orgullo, que lo jodan.

Ahora es su momento para verse indignado, y la verdad es que me da igual.

—Antes de irme, ¿estoy despedida? —cuestiono—. Porque si no es así, no vemos mañana. O no.

Me dedico a recoger mis cosas, comenzando por ponerme los pantalones.

—¡Ah! Y por si no te ha quedado claro, y para que no te vuelvas a hacer historias equivocadas en la cabeza, nuestra pequeña asociación llegó a su fin. Nada de estúpidos juegos infantiles y nada de salón de baile.

—No seas así. Si quieres y te vez capaz, podemos hacer como si nada.

—¿Perdona? Primero me metes los dedos hasta el fondo, seguido de aconsejarme que dimita... ¿y ahora me vienes con esta mierda? —Estoy anonadada con su hipocresía. Mi furia se descontrola—. *¡Sei uno stronzo*²⁴, Aleksandr, *e non voglio avereniente a che fare con te!*²⁵

Se levanta y camina hasta posicionarse en frente mío.

—No me hables en italiano, Taz. Automáticamente me viene a la cabeza *La Tarantella*, y es una canción difícil de olvidar. —Sonríe. Gesto que no le devolveré.

¿Acaba de hacer una broma? ¿De verdad se ha atrevido a bromear? ¿Acaso se cree parte de *El club de la comedia*...? Pues no me hace ni puta gracia.

—¿Sabes qué es realmente para partirse? —cuestiono, mirándolo de arriba abajo—. Que te atrevas a venirme con cosas como dependencia sexual y ni que ocho cuartos, cuando ni siquiera esta pequeña charla aleccionadora puede disimular el hecho de que, todavía, estás duro como una piedra.

—Soy un hombre. Es natural —responde, tapándose la zona en cuestión con las manos.

—Y yo soy una mujer. Una que, bajo estas circunstancias, se vuelve fría como el hielo. —Me cuelgo mi bolsa de *ballet* en el hombro—. Adiós, director. Te devolveré mañana el anillo de tu madre. No quiero darte otro motivo para enloquecer por la nueva acosadora que crees que tienes.

Me largo de allí y, como la persona madura que soy, hago lo más lógico y sensato que se puede hacer tras vivir situaciones de estrés como esta: llamo a mi cuñada y a Sandra y convoco una reunión de emergencia.

Tan solo cuando estoy subida en el coche y rumbo a mi casa, me doy cuenta de que me he corrido como una loca y ni si quiera me ha besado. ¡Soy un cliché andante!

24 Eres un cabrón.

25 Y no quiero tener nada que ver contigo.

Citar a las chicas en mi casa, la cual tengo repleta de elementos distractores (revistas del corazón), no ha sido una buena idea. Es verdad que desde que han llegado, le he estado dando largas al asunto en cuestión. Tendría que haber comenzado a desembuchar nada más abrir la puerta, pero no me veía capaz, y ahora que por fin me he decidido, no me hacen puñetero caso.

—Chicas... ¡Chicas! —Levanto la voz para llamar su atención—. Tengo algo que decirles.

Las dos giran sus cabezas y me miran.

—¿Qué has hecho ahora, alma de Dios? —pregunta Simonetta y regresa los ojos a su revista.

—Yo...yo —balbuceo nerviosa.

—Habla ahora o calla para siempre, chica. Sabes que no soy una persona paciente —me exhorta Sandra. Sin embargo, no me hace verdadero caso, ya que también está mirando la dichosa revistita—. Siento como la vejez me está reclamando...

—Yo... Yo... —Comienzo de nuevo. Pero es que es difícil hablar sin que me miren.

Las oigo comentar los diferentes modelitos de las famosas y la rabia me embarga. Lo veo todo rojo y, en un arranque de furia, les quito la dichosa publicación de las manos y la destrozo.

Eso sí que consigue, por fin, llamar su atención.

Levantán la mirada con aspecto interrogante.

—Tengo algo que confesar. —Empiezo otra vez.

—¿Qué? ¿Cómo? —demanda, alterada, mi cuñada preferida.

La pobre, he debido asustarla. Le entrego las pocas páginas intactas que me quedan entre las manos. Eso parece confundirla todavía más.

—Creo... He cometido un gran error —enuncio.

—Si querías que te hiciéramos caso, tendrías que haber empezado por ahí, Tazia —me reprende.

—Así que, por fin, tienes algo jugoso que contar—comenta Sandra como si nada—. No sabes cuánto tiempo llevo esperando este momento... —dice colocando una mano a la altura del corazón de forma dramática—. Eso no me lo pierdo.

Aunque, en apariencia, tranquila, noto lo intrigadas que se encuentran, así que decido no alargarlo más e ir al lío.

—He tenido un encuentro sexual con Alek.

—¿Alek, como Aleksandr Glazunov, nuestro jefe? ¿El amo y señor del mundo de la rehabilitación?—exclama la pelirroja.

—¿Te lo has follado?—me interroga, en su forma directa y sin pelos en la lengua, Netta—. Si la respuesta es sí, quiero todos los detalles. Comenzando por el tamaño y grosor de su miembro y terminando por el de sus bolas...

Comienza a reírse de su ocurrencia y Sandra la sigue. Les frunzo el ceño. Se están descojonando a mi costa.

«Relájate, Tazia —me tranquilizo—. Sabes muy bien que si la cosa tuviera que ver con otra persona, también te reirías».

—Eso no te lo puedo decir. —indico para, a continuación, expulsar de mis labios una miríada de chapurreos—. Alek solo...él me realizó... me masturbó —confieso absolutamente ruborizada.

—¡Ay, mujer! Tanto teatro para decir que te hizo un dedo. Creía que ya habíamos dejado la fase de la vergüenza atrás.

—¡Eso, Taz! La timidez es cosa del pasado —concuerta Sandra—. Las amigas nos lo contamos todo. Por lo menos nosotras lo hacemos.

Respiro en profundidad, intentado librarme del sentimiento de haber hecho algo incorrecto y de la decepción que ha supuesto la reacción tan pasota de mis amigas. Parece que ellas no le dan mucha importancia, pero para mí, sincerarme supone dar un gran salto de fe. Quitarme un gran peso de encima.

—No parezcas tan culpable —me consuela Netta captando mi primera preocupación—. No has hecho nada malo. Si no estuviera tan enamorada de tu hermano, hasta yo querría un pedazo de ese hombre. ¡Está buenísimo! —

Termina abanicándose con la mano.

Escuchar eso me anima y les termino de contar toda la historia, omitiendo la parte en la que me quedaba con ganas de más. No quiero más burlas a mis expensas.

—Eso fue todo —concluyo—. Como veis, un error aislado que no se volverá a repetir.

—¿Llamas a eso error? —pregunta, incrédula, Sandra—. Nena, un error es cuando, en la ducha, en lugar de coger el gel íntimo, alcanzas el mentolado. El que, por cierto, no recomiendo usar tras una depilación... ¡quemaa que no veas!

—O estar jugando dentro de la bañera con tu novio y masturbarlo con un exfoliante... —prosigue Netta, que se calla de repente—. De esto, ni una palabra a tu hermano —amenaza señalándome con el dedo.

—Como si fuera a abrir la boca para contarle sobre eso... —El pobre tuvo que sufrir una barbaridad. Nunca se lo recordaría—. Se la tuviste que dejar pulida al máximo —bromeo.

—Digamos que, a modo de pago y durante una temporada, tuve que hacerle unas curas especiales —comenta misteriosa.

«Yo sí que sé a qué cuidados se refiere. ¡Son como animales en celo! Y que envidian me causan...».

—Bueno, a lo que iba antes de que *Simonetta, la limadora de miembros*, me interrumpiera —retoma la palabra, Sandra—. Cabalgar una falange...

—Dos —la corrige mi cuñada.

—Cabalgar dos falanges de un hombre sexi hasta llegar a un orgasmo revienta cerebros no es un error. A mí me parece todo lo contrario.

—¡Bruta! —la acuso, aunque solo ha estado diciendo la verdad—. No me refiero al acto en sí, sino al con quien lo hice.

—Ahora nos dirás que no te gustó. Porque te advierto que eso no se lo cree nadie.

—Ese es el problema. Lo disfruté demasiado. —Me pongo roja como un tomate—. No sé con qué cara podré mirarlo a partir de ahora... —«Y no suplicarle que me permita violarlo...». No. Corto el pensamiento de golpe. Nada de violaciones. Y mucho menos después de cómo te trató—. Delante de él me

hice la dura, pero no exagero cuando digo que no tengo ni idea de qué hacer cuando lo vea.

—¿Pues qué vas a hacer? —dice Simonetta—. Lo que hacemos todas las que nos hemos visto en una situación similar: apechugar. Disimular con frases corteses mientras por detrás te lo comes con los ojos hasta que consigas pillarlo a solas y meterle la lengua hasta la campanilla.

—¡Ni en broma! —exclamo—. Me dijo que fui una distracción, un error... ¡Un jodido error, chicas! Trituró mi ego de mil formas. Paso de él y de su culito respingón.

—Espera un momento, Tazia —me pide Sandra con voz seca. De repente parece haber perdido su amigable forma de ser. «¡Ups! Tal vez si no me hubiera centrado en toda la parte sexual, no hubiera pasado esto»—. Rebobina y empieza a contar esta historia desde el principio y, esta vez, no omitas nada.

Miro a mi cuñada que, por su expresión, parece que está planeando un asesinato. Mueve la mano instándome a hablar y así lo hago. Les termino de contar esta aventura de sexo y horror sin omitir nada esta vez.

—¡Me siento tan humillada! Ahora no estoy tan segura sobre lo de renunciar. Creo que será lo mejor.

—Dirás, lo mejor para él. El muy cerdo —dice Simonetta—. Y yo que lo tenía incluido dentro de mi *top ten* de machos a los que me follaría.

—Lo peor de todo es que, por un instante, realmente llegué a pensar que le gustaba de verdad —confieso—. Ahora, tras pensarlo con detenimiento, solo me siento ridícula.

Sus miradas desaprobadoras me obligan a explicarme mejor.

—Sé que el sexo no implica nada. Pero tenía puestas mis esperanzas en que pusiera fin a mi sequía con alguien que realmente me deseara a mí. Por mi cuerpo, por mi mente o por las dos cosas. Yo que sé... Me conformaba que con que le gustaran mis dulces —aclaro—. Todo, menos que me escogiera como su último pasatiempo tan solo porque me encontraba más a mano. Me merezco más que eso.

—No te lamentes. Hay de todo en la viña del Señor, gilipollas incluidos —me anima Sandra.

Agradezco sus intentos de levantarme le ánimo, pero en estos momentos no tengo ganas de reír.

—De todas formas (y solo es una teoría), no estoy tan segura sobre eso de utilizarte —comenta la morena—. El verbo utilizar implica un uso y disfrute, ¿no?, y que yo sepa, él no disfrutó mucho. ¿Cierto?

La miro incrédula.

—No creo que Netta vaya muy desencaminada. Alek se comportó como un cabrón, pero no creo que haya sido del todo sincero contigo —declara la pelirroja—. Una persona que se limita a usar a otra no intenta bromear después. Simplemente se da la vuelta y adiós muy buenas. Te dice una persona que sabe del tema.

—Eso es verdad. Si alguien sabe algo del ámalos y déjalos, es ella —confirma mi cuñada.

—¿Qué le voy a hacer si me gusta repartir amor? —habla la aludida—. Digamos que proporciono un servicio público a todo aquel que me interese.

—¡Oh! —asiento confusa—. Yo pensaba que solo te limitabas a recoger al primero que se dejaba engañar por tus artimañas y a darte un revolcón para después salir corriendo.

—Esa es otra forma de decirlo —ratifica y me saca la lengua—. Eso, y que soy un poco puta.

—No nos desviemos del tema. Ya sabemos que a la pelirroja aquí presente le va la marcha —se burla Netta con la familiaridad que solo pueden tener las verdaderas amigas—. Tenemos que idear un plan de contingencia. Aprecio a Alek por todo lo que está haciendo por Iván y Mónica, sin embargo, estoy a esta —junta los dedos índice y pulgar— de dejarlo inservible para la población femenina.

—No hay nada que hacer. Mañana volveré y haré como si nada. Tampoco es como si lo viera demasiado. Si no tengo ningún problema grave o algo que no pueda solucionar, no tengo porque cruzarme con él.

—Déjate de tonterías. —Me corta alzando la mano—. Hay que hacer que se arrepienta de tratarte como a un Kleenex.

—Paso. Prefiero ir por libre. —La freno al ver la cara de entusiasmada que se

le ha puesto, secundada por una idéntica por parte de Sandra—. En serio, nada de *vendettas*. Prefiero dejarlo estar.

Y no me hacen caso. Cuando me quiero dar cuenta, mi pelo tiene ese recogido estilo *pin up* que no consigo imitar por mucho que vea tutoriales en YouTube y mi raya del ojo está perfectamente alineada en mi párpado móvil.

Según ellas, si tengo que volver a enfrentarme a él, mejor hacerlo con la autoestima en alto. No seré yo quien las contradiga...

Ahora solo me queda encontrar la forma de dormir sin estropearlo todo.

Aunque ayer resultara desastroso, mi día comenzó como otro cualquiera. Por desgracia, ni siquiera el saberme utilizada por alguien logra alterar mi rutina diaria.

Mi cuerpo no parece haberse dado cuenta de que llevo despertándome a la misma hora (06.30) durante casi toda mi vida adulta y tengo que obligarme (como siempre) a salir de la cama; pillo una pieza de fruta (una manzana) y me la voy comiendo a bocados al tiempo que me voy arreglando para ir a la *pasticceria*.

Un bonito vestido negro con un falso cuello con un borde de encaje blanco, y unos brillantes zapatos Oxford del mismo color oscuro completan mi *look*.

Voy al baño y me miro al espejo, en el cual me encuentro con dos sorpresas, una buena y otra mala. En el lado positivo, el *eyeliner* ha aguantado en su sitio durante toda la noche (no. No me desmaquillé. Soy así de temeraria) a pesar de mi mal dormir; en el negativo, mi peinado no lo ha hecho. Algo comprensible si digo que cada noche, en sueños, me peleo con mi colchón y acabo ganando.

Me acomodo el pelo como buenamente puedo, me lavo los dientes y le doy otro mordisco a la manzana (¿qué pasa? Todo el mundo sabe que las manzanas son buenas para la dentadura); me pongo *Rimmel* y le doy otro mordisco, me enjuago la boca con el flúor y acabo con la pieza. Para terminar, me pinto los labios de rojo y los repaso con brillo.

Chasqueo los labios y lista. Como dicen por ahí: «*Arreglá* pero informal».

Salgo de mi casa y bajo al negocio familiar.

Antes de llegar a la puerta, me saludan los ricos olores. Por lo que veo, o huelo, mi hermano mayor se ha despertado temprano hoy.

—¡Ya estoy aquí! —saludo al entrar y dirigirme a la cocina. De paso, pillo uno de mis delantales *vintage* y me lo pongo.

—¡Antes de nada, haz café!

«Cosimo y sus cafés mañaneros...».

Por suerte, ya ha encendido la cafetera y no tardo nada en hacerlo. Lo sirvo en dos tazas: manchado y con dos de azúcar para él, y uno largo y solo para mí.

Entro en la trastienda, la zona que tenemos habilitada como de trabajo, equipada con todo tipo de aparatos nuevos y antiguos, y me siento en casa. Veo al *mio fratello*²⁶ agachado frente a una mesa llena de lo que solo se pueden llamar: delicias en miniaturas.

Mini pasteles de colores diversos, con una pinta exquisita y de todas las clases posibles. Se me hace la boca agua.

Me paro justo en frente, dejando los dulces entre los dos, y le digo:

—Te cambio el café por un par.

—No hace falta. He dejado algunos para nosotros —responde sin apartar la vista de sus creaciones y señalando hacia una bandeja repleta hasta los topes.

«Mi hermano mayor siempre tan atento... ¡cómo lo quiero!», pienso pasándole la taza. Y yendo directa a atacar los pasteles.

—¿Desde qué hora estás aquí y para quién has hecho todo eso? —lo interrogo.

Espera un poco para contestarme. Se encuentra absorto en lo que hace. Está dando los últimos detalles y, de paso, buscando el más mínimo fallo y corrigiéndolo.

No me molesto por la espera, ya estoy acostumbrada. Mi hermano siempre ha sido de esa manera, serio y dedicado hasta el punto de la abstracción para las cosas que le entusiasman. Yo era así con el *ballet*, por eso sé cómo se siente en estos instantes. Si insistiera para recibir una respuesta rápida, lo único que conseguiría sería una mala cara y ninguna respuesta. Así que me limito a probar un pastelito de cada clase y a beberme el café antes de que se enfríe.

—Estoy metido en esta cocina desde las cuatro de la mañana y son para un restaurante a los que les hago los postres de manera puntual. Ayer noche, me llamó su dueño, desesperado, contándome no sé qué historia sobre una fiesta y un cocinero enfermo y me hizo un pedido. Llegué tan temprano para poder hacer también algunas cosas para la pastelería —contesta por fin, alcanza la taza y toma un gran sorbo. A continuación, traga y suelta un suspiro—. Tazia, juro por Dios que el café sabe diferente cuando lo preparas tú.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo como excusa para no tocar la cafetera?

—Pillado. —Sonríe.

—Me alegro mucho por ti, Cosimo. Parece que las cosas te están saliendo bien.

Y es verdad. Tiene encargos semanales permanentes con dos restaurantes y creo que no toma más porque no puede compatibilizarlo con la *pasticceria* y con su vida personal.

—Tú también podrías hacer algo como esto, *sorella*²⁷ —me dice al tiempo que comienza a colocar todo en las cajas de transporte—. La repostería creativa está de moda. Si presentas alguna de tus tartas o dulces por ahí, seguro que te lloverán los clientes. Simonetta lleva esperando que le des algo para su heladería mucho tiempo.

—No me interesa vender pasteles —respondo con rapidez. Y, para mi sorpresa, es verdad. Es cierto que en un principio mi sueño era dedicarme a eso de forma profesional; ahora no lo tengo tan claro.

—¿No eras tú la que siempre me daba la vara sobre lo anticuado y carca que soy al no dejarte cumplir tu sueño de vender maravillosas y preciosas tartas? —me cuestiona.

—Sí, pero... ya no lo tengo tan claro.

—¿Piensas volver a la danza? —Intenta no mirarme mientras me habla, pero su voz lo delata. Suena tan esperanzado que me va a doler responderle con un «no».

—Esa ya no es vida para mí, Cosimo. Me gusta y lo practicaré de forma no profesional mientras pueda, pero no me veo con ánimos para comenzar de nuevo —le digo con sinceridad, y añado—: He descubierto, durante este tiempo en la clínica, que me gusta enseñar.

—¿De verdad?

—Sí —afirmo con una sonrisa radiante—. Sé que todo comenzó como un favor, pero he llegado a adorarlo. Lo disfruto muchísimo.

—Ahora soy yo el que se alegra por ti, hermanita. —Deja lo que está haciendo y se acerca para envolverme entre sus brazos—. Estaba muy

preocupado por ti. Llevabas mucho tiempo, desde tu lesión, que no te notaba tan entusiasmada por algo.

Le devuelvo el abrazo con ganas, sintiendo la familiaridad del gesto y lo segura que me hace sentir. Por mucho que me pelee con él y lo maldiga, mi hermano siempre ha sido y será mi héroe. Conocer que durante todo este tiempo ha estado intranquilo por mi culpa, hace que quiera darme de cachetadas por no saber disimular mejor mi malestar.

—Soy tu hermana menor, te conozco, siempre te preocuparás por mí, pero no dejes que llegue a obsesionarte. Puedo arreglármelas sola, si no, sé que te tengo ahí para lo que sea.

—Siempre.

—Espero que no me hayas hecho venir tan temprano para ver un empalagoso acercamiento fraternal —dice Óscar apoyado en el bastidor de la puerta.

Mi hermano levanta la mano y le enseña el dedo medio. El aludido, lejos de ofenderse, se acerca como si no fuera con él.

—Me siento celoso —nos dice entre risas y nos abraza—. No están permitidas las muestras de amor sin estar yo presente. Para eso soy su hermano adoptivo.

—Cierto —coincido.

—Además, cualquier cosa que me permita arrimar la cebolleta con una rubia desde primera hora de la mañana es bienvenida.

—Que te den, Óscar —le dice mi hermano sin apartarse al tiempo que yo me carcajeo.

Y así comienza mi día. Espero que la tarde sea igual de buena...

26 Mi hermano.

27 Hermana.

Llego a la clínica en vaqueros, con los dientes limpios (esta vez sin mordiscos de fruta de por medio), con una cadena en el cuello de la que cuelga el anillo que Aleksandr me dejó como prenda de su compromiso, y con tiempo de sobra. Me dirijo directamente a mis dominios para comenzar a preparar todo para mi siguiente clase.

Acabado todo el proceso, me siento en mi mesa a comprobar el escandallo de unas recetas para pasárselo al director, cuando, como si lo convocara, aparece para interrumpirme.

—Hola, Tazia.

Levanto la cabeza y lo noto mirándome fijamente.

—Hola, Aleksandr —saludo y vuelvo a mis papeles.

¿La situación es incómoda? Sí. ¿Voy a hacer algo para remediarlo? Ni de coña.

—Te noto algo diferente. El pelo, la cara... ¿te has maquillado! —adivina.

—No lo hagas parecer como que es algo especial. Lo hago siempre que vengo —contesto sin levantar la vista.

Lo digo como si no fuera de importancia, pero si no estuviera enfadada con él, le daría diez puntos por fijarse. La mayoría de los hombres no lo harían ni aunque estuviéramos rodeadas de letreros indicativos.

—Esta vez es distinto.

—Te he dicho que no le tomes importancia. De hecho, estoy así desde ayer noche —miento porque tan solo la raya es la misma—. Lo único que he hecho ha sido pintarme los labios.

—¿Saliste anoche? —me interroga.

—No veo por qué eso sería asunto tuyo.

—¿Fuiste a buscar a alguien que te rascara la picazón que yo comencé? —Al oírlo, levanto de golpe la cabeza. ¿Cómo se atreve el muy cerdo a pensar eso?—.

Porque yo me quedé con ganas de más.

—Si no te hubieses comportado como un imbécil, no te habría ocurrido. Cada acción tiene una reacción.

—Tal vez me precipité...

—Sí. Te precipitaste en el momento en que me sentaste en tu regazo y me hiciste correr con tu mano —aclaro—. Todo eso sobraba.

—Te fuiste sin dejar que me disculpara por mis palabras —puntualiza—. De mis acciones no estoy para nada arrepentido. Bueno, tal vez un poco.

Abro la boca para insultarlo, pero sigue hablando.

—Me arrepiento de no haber repetido todo el proceso con mi boca y con mi polla.

«Joder, ahora estoy cachonda».

—Tazia, siento cómo te hablé. Te mentí al decir que fuis...

El ruido de la puerta al abrirse lo detiene de seguir hablando. Mis alumnos entran en tropel.

Mónica se acerca a mi mesa y le pregunta a Alek:

—¿Estás preparado para el juego de hoy? Porque espero que no te importe que nos volvamos a apuntar. Es más, estamos entusiasmados con la actividad.

—¿Juego? —duda el aludido, mirándome interrogante.

—Se ha suspendido, Mónica. Ya no habrá más actividades de ese estilo.

—¿De veras? —cuestiona la madre de Iván, que suena tan triste que me arrepiento al instante de mi respuesta, sin embargo, no tanto como para evitar reafirmar lo dicho con un gesto negativo de cabeza.

Los demás tienen que estar curioseando la conversación porque Estefan y Raquel sueltan sendas preguntas a la vez:

—¿Ya no jugaremos a balón prisionero?

—¿Me he puesto un chándal para nada?

Los otros residentes en mi clase se limitan a mirarme con ojos de cordero degollado.

«Tengo que resistir», me digo, dándome fuerzas a mí misma.

Los chicos se alejan cabizbajos y se sitúan en sus respectivos lugares de

trabajo.

Alek se coloca a mi lado y finge prestar atención a los papeles que tengo esparcidos delante. Se acerca hasta mi oído y me susurra:

—No pude dejar de pensar en ti y en lo ocurrido. Mi mano se quedó embadurnada con tu olor. Casi fui hasta a tu casa a buscarte.

—Todo esto es inadecuado, Aleksandr —farfullo entre dientes para que los pacientes no se den cuenta de nuestro intercambio verbal—. Recuerdo perfectamente que ayer me acusabas de lo mismo que tú te dedicas a hacer ahora. Estamos en el trabajo y con gente delante. Vete y olvídate de todo lo ocurrido.

—No puedo y no tengo excusa. Solo puedo decir que fui un gilipollas contigo —dice de igual forma—. Tengo que explicarte algunas cosas.

—No, gracias. Ayer ya hablaste de más.

—Tazia, no seas obtusa. —Pone una mano en mi rodilla y salto del asiento. Tengo que acabar con esta situación de una vez por todas y, de paso, quemar toda esta furia que siento.

—Chicos, he cambiado de opinión. Al final, sí tendremos partido. Pero tendrá que ser ya. No tenía planeado quedarme hasta más tarde y tengo una cita a la que no puedo faltar

Bueno, tal vez mi estado de excitación actual me haya quitado las ganas de cocinar y haya utilizado la excusa del partido para alejarme del hombre frustrante que tengo al lado para ello, o simplemente me apetezca pegarle y el balón prisionero me da la coartada perfecta.

—Alek, tú y yo estaremos en equipos contrarios.

«Prepárate para correr, capullo».

Nos dirigimos al jardín trasero y nos dedicamos a delinear, con un tinte en spray que Mario (no me atrevo a preguntar por qué guarda uno de esos aquí, aunque de ahora en adelante me fijaré en el color de su pelo) tiene la gentileza de prestarnos, la zona del juego. Formamos los equipos que quedan divididos de esta manera: Minerva, Mario, Jaime y yo, y Estefan, Mónica, Raquel y Aleksandr.

No quiero presumir, pero le damos un baño de humillación... No puedo

golpear al director tanto como me gustaría (el condenado es muy rápido), de todas maneras, me divierto hasta el punto de llegar a olvidarme de mi pequeña venganza. Por lo menos hasta que se sube la camiseta para secarse el sudor del rostro y deja ver parte de su cuerpo sexi... Entonces mi rabia (y mi deseo) vuelve con fuerza. Hasta que recibo un balonazo y me centro en animar a mis compañeros y poder salir de la zona de eliminados.

El juego termina con mi equipo como vencedor y Raquel quejándose de un desgarró muscular en la nalga derecha.

Los chicos tienen que volver dentro y yo me dispongo a seguirlos. Cualquier cosa para no quedarme sola con Alek. Creo que me puedo escabullir sin problema hasta que oigo:

—Tazia, ¿puedes esperar un segundo? Me gustaría que me comentaras sobre cómo y cuándo recuperarás esta hora de trabajo.

Me detengo en seco. Siento mi cara volverse escarlata por la vergüenza y la furia. A decir verdad, daba por hecho que no iba a tener que devolver este tiempo usado para el entretenimiento. SU entretenimiento. ¡El muy cabrón!

Me giro para enfrentarlo, pero no comienza a hablar hasta que nos quedamos completamente solos.

—Buscaré la forma de hacerlo. Si quieres, puedo venir un sábado o cuando sea —balbuceo, improvisando sobre la marcha—. Siento no haber preguntado primero... no volverá a pasar.

—Me alegro, aunque no es de eso de lo que quiero hablarte.

—Pero dijiste que me quedara para hacer eso mismo.

Estoy confusa. Muy confusa.

—Solo era una excusa. Necesito hablar sobre lo de ayer y estoy seguro que si no usaba el trabajo como excusa, no accederías.

—Tienes toda la razón —confirmo—. Adiós, capullo.

Me vuelvo para irme, aunque no llego muy lejos. El *capullo* me agarra por el brazo y me lo impide.

—*Balerina*, por favor. Subamos al estudio para que me disculpe como Dios manda.

—Yo creo que solo buscas un polvo fácil —digo forcejeando, tratando de disimular el temblor que me hace escucharlo decir el sobrenombre que tiene para mí—. Lo siento. No soy de ese tipo de chicas.

—No, joder. Tan solo quiero hablar.

Recibe silencio de mi parte.

—Bueno, pues ni no quieres subir, lo haré aquí. Me da igual —recapitula—. No era mentira cuando te dije que había pensado en ti, aún lo hago. Tan solo... me abrumé. No sabía que te sentirías tan bien, Tazia.

—No sé qué responder a eso, Alek. Me trataste como a una cualquiera. Me pediste que renunciara al trabajo... Eso no se hace.

Me giro al completo para poder mirarlo a los ojos. Él no me suelta. Es más, tira de mí hasta casi lograr que nuestros cuerpos se peguen.

—La próxima visita de mi padre me ha pasado factura. Estoy confundido y agotado. Lo pagué contigo.

—¡Vaya si lo hiciste!

—No tenía pensado que ocurriera nada. Te lo juro. Aunque no lo creas, tenía pensado conquistarte poco a poco. Tus salidas de juegos me brindaban los momentos perfectos.

—¿Conquistarme? Me parece que alguien se ha escapado de una novela de época.

Estoy haciéndome la dura, pero lo cierto es que comienzo a ablandarme.

—Ríete si quieres. Pero lo tenía todo pensado. Una de nuestras citas se iba convertir en algo muy adulto.

—Lo próximo que tenía planeado era llevarte a una piscina de bolas. Si consigues que eso dé un giro romántico, me caso contigo —bromeo.

—No juegues con eso. Podría tomarte la palabra. —Me dedica un guiño.

«¡Uy, alerta de acosador!», pienso con pánico.

—No me refiero ahora mismo —farfulla, y esta vez es él quien se vuelve colorado—. Es decir, no tengo pensamiento de casarme en breve. Soy muy joven y tengo muchas responsabilidades.

—Alek, alto. Te entiendo. Tan solo bromeabas —le digo salvándolo de la

vergüenza—. Vamos a dejar el tema aquí, ¿sí? Te perdono y todo eso, no obstante, dejemos lo pasado en el pasado. Será lo mejor.

—No quiero volver a como era antes, Tazia —niega, tomándome de la cara con las dos manos—. Pensaba que tan solo conformándome con tenerte alrededor sería feliz, sin embargo, ahora, tras lo pasado ayer, no creo que pueda soportarlo. Me gustas, *balerina*, y no me da miedo admitirlo. ¿Puedes decir lo mismo?

Asiento de forma tan suave que si no llega a tenerme atrapada entre sus manos, se le habría pasado.

—Si quieres, nos tomaremos las cosas con calma, pero no consentiré que demos pasos hacia atrás. —Su nariz acaricia la mía—. Estoy preparado para bailar contigo. —Sonríe—. O por lo menos, para acompañarte al piano.

—¿No entiendo por qué yo?

Ahora es su turno de mirarme confuso.

—Eres lista, dulce, hermosa y bondadosa, Tazia. Lo raro no es que tú me gustes. Lo extraño de todo esto es que aun continúes soltera.

—Has descubierto mi secreto. Soy un imán para los tíos, estoy soltera porque no quiero hacerlos sufrir y que la tasa de suicidios se triplique en la zona — ironizo.

—Se me olvidó mencionar un seco sentido del humor... —Me besa con suavidad. Nuestro primer beso—. Y que tienes un sabor exquisito. No me importaría disfrutar ahora mismo de un poco de sabor a ti, *balerina*.

Y vuelve a besarme. Devora mi boca con la suya y yo me pego a él deseando más. Bajo mis manos y agarro sus nalgas uniéndonos todavía más. Esta vez no me voy a limitar a ser un sujeto pasivo. Quiero tocar. Quiero sentir y saborear. Quiero disfrutar de su cuerpo como me he muerto de ganas de hacer muchas veces.

—Vamos arriba —me ordena entre besos que ya se están saliendo un poco de control.

—Vamos —conuerdo.

Tira de mi mano y lo sigo sin mirar atrás.

Subimos uno al lado del otro, sin ni siquiera rozarnos, hasta su parte privada de la casona. Es un recorrido que durante todo este tiempo he hecho con alegría, con normalidad. Sin embargo, ahora siento todo lo contrario.

Una amalgama de sensaciones recorre mi cuerpo: entusiasmo, miedo, excitación (sí. Siento mucho de eso), miedo, alegría, miedo... Porque, por ahora, solo nos hemos besado y poco más... Vale, más que solo un poco, pero es que el sexo, como dijo el hombre a mi lado ayer, lo cambia todo. Por lo menos para mí.

Tengo que reconocer que nunca he sido de sexo casual. Como mínimo, tengo que sentir algo: cariño, respeto por la persona a la que estoy a punto de ver desnuda y dejarle hacer (y hacerle) cosas a mi cuerpo.

Continuando con este tiempo de reflexión y sinceridad conmigo misma, tengo que admitir que no solo siento esas dos emociones por Aleksandr. Estoy enamorada de él.

Tenía que haber sospechado que esto iba a pasar cuando comencé a preocuparme más por su bienestar personal. Algo que, aunque me llene ayudar a los demás, es impensable a un nivel simplemente laboral. ¡Oh, *merda*²⁸! Incluso ideé un plan para recuperar su infancia perdida. ¡Si eso no es obsesión, que venga Dios y lo vea!

Me he comportado como una hipócrita. Acusaba a Óscar de ser lo peor cuando yo, de una manera más sutil(o no), hacía lo mismo: perseguir lo que quería. A Alek.

Lo que pasa es que, en mi caso, el corazón también salió a jugar.

Creía que mi naturaleza altruista me impulsaba a ello cuando en realidad era mi corazón, impulsado por mi vagina, el que me empujaba. La lógica y la generosidad no tuvieron nada que ver en mi decisión.

Marca el código que desbloquea la puerta y, antes de que la empuje para abrirla, un poco del sentido común, que no me ha acompañado nada del camino hasta aquí, decide hacer acto de presencia oral.

—¿No tienes nada que hacer ahora? —pregunto dubitativa—. Si quieres, podemos dejarlo para otro momento... no me importa. En serio.

Se queda quieto. Su acción totalmente detenida. Gira la cabeza con lentitud y me mira.

—No. No tengo, ni quiero, estar en otro lugar —afirma, me coge de la cintura y me pega a él—. ¿Tengo que recordarte lo bien que lo podemos pasar juntos si entramos en mi casa?

—Mmm —acierto a murmurar. Alek me besa el cuello, alternado con pequeños mordiscos entre medio—. No. Sí. Tal vez.

—Si no estás segura, lo entendería. Me mataría e incluso me plantearía rogarte que me hicieras un apaño antes de tener que correr al baño a arreglármelas por mí mismo, pero lo entendería.

En medio de mi excitación, oigo sus palabras y sonrío. Estoy descubriendo a un Aleksandr nuevo. Un hombre relajado que hace bromas en los momentos más inesperados.

Se aleja de mi cuerpo dejando sus manos sobre mis hombros. Me mira con tal carita de pena que mi gesto de simpatía se convierte en carcajadas.

Algo escondido en algún lugar de mi mente me avisa de que descojonarse ante tu potencial pareja sexual no es, lo que se dice, muy afrodisiaco, pero es lo que hay. Por lo menos, mi risa ha conseguido relajarme.

Doy un paso hacia delante y quedo tan cerca de él que puedo verme reflejada en los brillantes iris de sus ojos.

—Vamos dentro, Alek —le pido con voz risueña.

Me pongo de puntillas y peino mi boca con la suya. Aspirando su olor y sintiendo su calor. Ya no tengo ganas de reír.

Cierra sus brazos en mi cuello, cubriéndome con un extraño abrazo que hace que quede completamente pegada a su cuerpo. Me besa. Un beso húmedo y caliente que hace que la piel se me erice.

Se separa y me mira. Mi expresión tiene que ser la adecuada porque, cogiéndome de la mano, me conduce dentro, cerrando la puerta de un empujón. De repente, estoy deseosa e impaciente. No quiero seguir caminando. Lo que quiero y necesito es que me toque. Lo empuja hasta la pared y lo ataco.

Mis manos bajan por su cuerpo para acabar en sus nalgas, obligando a Aleksandr a unirse a mí. Él no se queda quieto, besa mi cuello, aprieta mis pechos... y no solo contento con eso, da vuelta a las tornas y en un segundo soy yo la que me encuentro de espaldas con sus manos corriendo libremente por todas partes.

Elevo las piernas y las engancho a sus caderas, balanceándome en su contra sin vergüenza. Sube mi camiseta, y yo, captando el mensaje, elevo las manos para ayudarlo a quitármela. Ataca mis pechos por encima del sujetador hasta que, con una mano, baja las copas y quedo descubierta para él. La cadena que tengo al cuello, junto con el anillo, parecen una flecha que apunta hacia donde quiero que me toque.

Arqueo la espalda, ofreciéndome. Sopesa mis senos entre sus manos, jugueteando con mis pezones con los pulgares. Agacha la cabeza y pasa la lengua de uno a otro, una y otra vez, hasta detenerse y ponerse a mamar con fuerza de mí.

Me muerde el pezón y calma la picazón con la lengua para volver a chupar con fuerza. Repite la acción en mi otro pecho y creo que me voy a volver loca.

Estoy recostada hacia atrás, sosteniendo mi propio peso, con las manos ancladas en la cabeza del hombre que me está haciendo maravillas con sus labios. Me siento ansiosa, necesitada... No creo que esta desesperación que siento sea producto de mi tiempo de sequía. Me encuentro absolutamente segura de que es todo Aleksandr. Su cuerpo, su fuerza, la forma en que me mira... Él me hace sentir así.

Baja los brazos y me coge de las nalgas, elevándome, llevando su boca a la mía. Sus dientes me raspan y sus labios me alivian el escozor. Estoy caliente... cachonda. Necesito más.

Aleksandr echa a andar sin que nuestros labios se separen, y no me cabe ninguna duda de hacia dónde me lleva: directa a su habitación.

Al llegar, me suelta dejándome de pie en el suelo. Se quita la camiseta y la lanza sin cuidado. Es la primera vez que lo veo a pecho descubierto y solo puedo admirarlo. He crecido rodeada de hombres con un físico espectacular (algo bueno tiene que tener esto de ser bailarina), sin embargo, Alek no tiene nada que

envidiarles.

Es delgado, pero una fina musculatura recorre su torso. Los pectorales claramente definidos, acompañados de un abdomen igual de perfecto. Una fina capa de vello rubio en forma de triángulo invertido lo recubre todo y, al instante, mis pupilas salivales comienzan a hacer trabajo extra.

Mis ojos siguen bajando hasta sus caderas cubiertas por unos sencillos vaqueros que en algún momento, mientras me recreaba en su parte superior, ha debido desabrochar.

Se quita las zapatillas, empujándolas con sus propios pies, y el pantalón para quedar tan solo en bóxer blancos. Una prenda que deja muy poco a la imaginación y que estoy deseando que desaparezca.

Me acerco y poso mi mano en su enorme erección, acariciándola por encima de la tela. Estiro el elástico y meto la otra mano para tocarla. Él me deja hacer limitándose a gemir, y yo me excito todavía más.

—Te sobra ropa —comenta entre respiraciones.

Estoy de pie, parada en frente de un adonis semidesnudo, usando solo unas manoleínas, pantalones vaqueros y un sujetador puesto de tal manera que es como si no llevara nada. Parece una escena de una mala película porno, tan solo me falta el cardado a reventar de laca y los kilos de sombra de ojos... Lo mejor de toda esta situación es que no me siento sucia ni extraña, me siento poderosa.

Me alejo un paso y llevo mi mano a la espalda para desabrocharme el sostén y quitármelo con un movimiento de hombros, haciéndolo caer al suelo. No me hago de rogar y me deshago también de lo demás. Solo mis braguitas de encaje celeste me impiden quedar desnuda ante él.

—Me encanta verte. Eres como un sueño húmedo, *balerina* —afirma—, pero sigues teniendo mucha ropa encima.

Aunque me muero por obedecer, no lo hago al instante. Quiero disfrutar de este momento, de la forma casi reverencial en la que me mira, un poco más.

Me giro con una parsimonia que no siento y me dirijo a la cama, me detengo al llegar y, con calma, me bajo la bragas y comienzo a gatear hasta quedar en el centro del gran y duro colchón. Me recuesto boca arriba y repito sus últimas palabras:

—Me encanta verte. Eres como un sueño húmedo, señor director, pero sigues teniendo mucha ropa encima. Además —añado acariciándome con suavidad el valle en entre los pechos—, me siento muy sola aquí.

—Eres una mandona... —Sonríe—. Me gusta.

Y, sin más, se lanza hacia mí.

Me coge de las caderas y me lleva hacia su boca. Devora mi sexo sin descanso. Me lame y me muerde. Me chupa y me penetra con sus dedos hasta que llego a un clímax explosivo.

—¡Joder! —grito—. ¡No pares!

Lo agarro de la cabeza y lo mantengo allí hasta que acabo de correrme. Suelto mis dedos uno a uno, dándole permiso para que salga de donde se encuentra, pero no lo hace, al contrario, vuelve a catapultarme hacia el placer.

Al acabar, de nuevo, me yergo sobre los codos y lo observo de rodillas sobre mí. Tiene la piel brillante, cubierta por una fina capa de sudor. Levanto la mano y dejo a mi dedo resbalar por su estómago.

—Gracias —le digo.

Eleva una ceja interrogante.

—Hacia mucho que no me... ya sabes. Por lo menos con la ayuda de otra persona —balbuceo.

«¡Joder! Acaba de tener la cabeza atrapada entre mis piernas. Tengo que mostrarme segura. La timidez está fuera de lugar en esta cama», me aliento a mí misma.

—No te adelantes. Todavía no hemos acabado.

—No —conuerdo—. No hemos acabado.

Me levanto, imito su postura y lo beso al tiempo que acaricio su miembro. Tiene la polla gruesa y los testículos pesados. Le bajo la ropa interior y, agachándome, lo llevo a mi boca. No me ando con chiquitas, lo chupo con ganas. Me siento codiciosa de lo que tengo entre los labios, y Alek, demasiado pronto para mi gusto, me lo arrebató.

—¡Eh, no había acabado! —me quejo.

—No quiero correrme en tu boca, Tazia. Aún no.

«Espero que eso sea una promesa», pienso lamiéndome los labios.

—Después, *balerina*. Después —me asegura como si hubiera leído mi mente. Se sienta sobre sus talones y me coloca encima con las piernas abiertas.

Toca mi clítoris como si de una guitarra se tratase y me sostengo a sus hombros, por miedo a caerme, al tiempo que mis caderas se mueven al ritmo que sus dedos marcan sobre mi cuerpo.

Cuando estoy a punto de volver a explotar, me elevo un poco y, agarrando su pene, me dejo caer empalándome a misma en su miembro con rapidez.

Arriba abajo, arriba abajo... Repito el movimiento una y otra vez, con las manos de Aleksandr apoyadas firmemente en mis nalgas, con sus sólidos dedos apretados instándome a que continúe... sintiendo como mi cuerpo comienza a temblar por el esfuerzo y por las ganas de correrme; la frustración me embarga. Alek parece sentirlo y nos cambia de postura para dejarnos acostados en la cama con él taladrándome sin descanso.

Me corro con un grito. Un orgasmo que parece durar un millón de años y que acaba dejándome débil y satisfecha. Al poco, Aleksandr me sigue, derrumbándose.

Se quita de encima y nos quedamos tumbados, uno al lado del otro, mirando al techo, recuperando el aliento y asombrados (por lo menos yo lo estoy) por lo que acaba de pasar.

—Ha sido... —Empiezo.

—Tremendo. —Termina la frase por mí. Me jala hacia su cuerpo y me acomodo contra el suyo. Levanto la pierna y me doy cuenta de que aún lleva puestos los calzoncillos.

—Por lo que veo, alguien tenía un poco un de prisa —comento tirando de la prenda.

—Sí. Estaba un poco apurado —coincide burlón.

—Lógico. No todos los días se tiene un cuerpo como este desnudo en la cama. —Sigo la broma.

—Te equivocas. Duermo desnudo, así que sí. Todos los días tengo un cuerpo como este desnudo en la cama.

—¡Pero qué chulo!—me quejo, golpeándolo en el pecho—. Sabes

perfectamente que me refería a mí.

—¿Estás buscando cumplidos?

—Tal vez...

Se gira y se posiciona encima.

—Eres la mujer más guapa que he visto en mucho tiempo, Tazia —me dice mirándome fijamente a los ojos—. Y no lo digo por decir.

Al oírlo, me ruborizo como una tonta a la que nunca han dedicado piropos. Aunque tengo que reconocer que escucharlo decir eso es mucho más interesante y cautivador que el simple y directo «¡tía buena!» que suelen gritar por ahí.

Llámenme tonta, pero oírlo me ha encendido otra vez. Estiro las piernas y rodeo con ellas su cintura.

Agarra entre sus dedos el anillo.

—Si me abres la cadena, te lo puedes quedar —señalo.

—No. Déjalo ahí. Me gusta verlo en ti —dice—. Siempre puedes devolvérmelo más tarde.

Asiento en conformidad.

—¿Estás cansado? —pregunto lamiéndome los labios.

—No. ¿Por qué, tu sí lo estás? —inquieta con el ceño fruncido, confundido por mi pregunta—. Aún es pronto, pero si quieres descansar, mi cama es tu cama.

—Bien. Porque estoy deseando probar tu resistencia.

¡Y vaya si lo hago!

Más tarde, ya de noche, enredada entre las sábanas y Aleksandr, disfruto relajada del gozo postcoital.

—¿Estás bien con todo esto? —me pregunta mientras me acaricia el brazo con suavidad.

—Si te digo la verdad, aún estoy esperando que estalles o que hagas algo como lo del otro día—respondo con sinceridad—. Por lo demás, todo está bien.

—Lo siento por eso, Tazia. —Se mueve, apartándose de su cuerpo, y nos quedamos los dos tumbados frente a frente en la cama.

—No pasa nada. Tu pene me convenció de tu sinceridad —bromeo. No lo

noto convencido, así que me acerco a su boca y lo beso con parsimonia. Un beso de aceptación y comprensión que logra hacer que su cuerpo pierda la tensión.

—Gracias —susurra contra mis labios.

—Mi invitación a acompañarte sigue en pie, Alek. Sé lo mucho que te afecta ver a tu padre. No tienes porqué ir solo.

—No soy un niño, *balerina*. Por mucho que tu idea me seduzca, tengo que enfrentarme a mis dragones yo solo. —Me gira y nos coloca estilo cucharita—. Ahora, vamos a dormir. Si tengo que pelear con un monstruo, prefiero hacerlo descansado. —Desde atrás, me abraza con fuerza—. Aunque no descarto volver a despertarte en algún momento.

Al rato, con la suave respiración de Alek en mi oreja, arrullándome para que me deje llevar y me duerma, siento como de entre mis piernas baja una humedad que no tendría que estar allí. Hago cuentas y llego a la conclusión de que es pronto para que me llegue el periodo. Me relajo sabiendo que no tendré que pasar vergüenza contándole al hombre que me está abrazando que le he manchado las sábanas blancas. Hasta que, antes de caer profundamente dormida, me doy cuenta de un pequeño detalle: no hemos usado protección. ¡Y yo no tomo anticonceptivos!

«¡¿Pero qué he hecho?!».

Y los ojos se me cierran. Creo que me he desmayado.

Me despierto desnuda y antes de ni siquiera abrir los ojos, sé que lo he hecho en medio de una cama que no es la mía. Y sé que no lo es porque mi cama es diferente, más... no sé. Todo el mundo es capaz de reconocer su propio colchón, ¿no?

No comprendo por qué estoy tan confusa. En un instante, locas teorías sobre drogas, violadores y robo de órganos acuden a mi mente, pero acabo descartándolas con rapidez. No recuerdo haber salido anoche, ni siquiera haberme tomado una copilla por ahí. Me toco el torso descartando cualquier incisión furtiva que gracias algunos potentes sedantes de caballo se me haya pasado y llego finalmente a la conclusión de que he dormido con alguien y no lo recuerdo.

Tan solo rezo para que pueda realizar el paseo de la vergüenza de manera furtiva sin que el susodicho individuo al que no conozco me pille. Nunca me he visto en este tipo de situación y me imagino lo peor. Con la suerte que tengo, mi ligué será una muy realista imitación de *Chewbacca* dispuesto a un polvo de despedida... ¡Puaj!

¡Seguro que estoy en esta situación por culpa de Sandra! ¡Voy a matarla! O por lo menos lo intentaré en cuanto encuentre mi ropa.

Tentando a la suerte y rezando por haberme equivocado de pleno, abro los ojos, y el techo que observo no me dice nada. Estiro los brazos, deslizando las manos por unas sábanas frías, y al hacerlo, como por arte de magia, mi extraviada memoria hace acto de presencia.

Me incorporo de un salto, acordándome de todo. Me recreo en el recuerdo de un Alek muy desnudo. Él y yo desnudos enredados en una maraña de extremidades, sudor y orgasmos.

Mi boca dibuja una sonrisa y miro hacia abajo. Tengo el cuerpo rozado en las partes importantes y me enorgullece saber que ha sido la barba de Aleksandr, su boca, quien las ha puesto allí.

Me siento en la cama y busco alrededor mi ropa. No estoy segura de qué hora será, solo espero que Alek no haya bajado aún a la clínica. Quiero ir a buscar al director y tal vez sugerirle que he sido muy mala... Bueno, pensándolo mejor, la ropa es opcional, ¿no? Y como dicen por ahí los arquitectos: menos es más.

Me levanto y enrolló la sábana a mi alrededor. Salgo de la habitación y me dirijo hacia ninguna parte en concreto. El sonido de algo parecido a una radio me lleva por el pasillo hasta una parte del piso que no conozco. «No es que me haya aventurado mucho más dentro de la casa...».

Sigo decidida a llegar hasta el hombre con el que he pasado la noche y, al acercarme más, descubro que lo que creía que eran los ruidos ahogados de una radio, no lo son. Es una discusión.

Y por lo que puedo entender, una muy fuerte. Y cuando digo entender, lo hago como si fuera el eufemismo del año. Ya que Alek y el dueño de la otra voz que escucho están discutiendo en ruso. O eso creo yo.

Para mi absoluta desgracia, pese a lo que oigo, estoy bastante preocupada por Aleksandr, y haciendo caso omiso del letrero de neón mental que anuncia: «¡Alto, no es asunto tuyo!», mis piernas siguen su camino.

Antes de traspasar la habitación, que resulta ser una cocina, me aprieto con fuerza la sábana en el pecho. Entro despacio, dando pequeños pasos, y a la altura de la puerta, aunque es una tontería, asomo primero la cabeza.

Lo primero que percibo es el olor. Una mezcla entre huevos quemados y perfume demasiado fuerte y especiado como para pertenecer a un hombre me recibe. La combinación es nauseabunda.

En medio de lo que parecen muebles y electrodomésticos ultramodernos, se encuentra Alek de espaldas y sin camiseta, discutiendo con un hombre mayor (del que estoy casi segura es el responsable de la mitad artificial de los olores de la instancia) que es una copia exacta suya pero entrado en años.

El señor, vestido con un traje de chaqueta gris, al notarme dentro de la habitación, lejos de verse sorprendido, se dedica a observarme de arriba abajo de esa forma única que tienen los hombres que están muy seguros de sí mismos y que da a entender que no les importaría catar eso que están mirando con descaro.

Ante su escrutinio, me sonrojo de los pies a la cabeza. Al notar mi reacción, el

hombre hace la cosa más sorprendente viendo su anterior reacción: pone cara de consternación, como si no se acabara de creer lo que acababa de hacer, y con un gesto avergonzado se tapa los ojos al tiempo que se gira hasta quedar de espaldas.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —cuestiona Alek en español al ver el movimiento repentino de su padre (porque no me cabe duda de que este hombre es el padre de Alek), gira la cabeza, me ve y pregunta—. ¿Qué haces aquí, Tazia?

—Lo... lo siento —tartamudeo, consciente de lo fuera de lugar que estoy en estos momentos—. Venía a buscarte, oí voces y me acerqué. No quería molestar.

—No molestas —dice, girándose y yendo a mi encuentro—. No interrumpes nada importante. Tan solo le decía a mi padre (al que, por cierto, no vas a conocer) que no tiene derecho a entrar en la clínica ni en mi casa sin autorización. Eso se llama allanamiento y es un delito.

—¿Cómo quieres que te diga que lo siento? Ni se me pasó por la cabeza que estaba haciendo algo ilegal —exclama el aludido—. Si te sirve de consuelo, casi nadie me ha visto. Tan solo me crucé con un par de personas del personal que hacían su trabajo de vigilancia y que, al verme, al ver cuánto nos parecemos, no tuvieron ningún inconveniente en dejarme continuar hasta tu pisito.

—Eso no es excusa. No tenías derecho. Punto —masculla con rabia, y acercándose a mi oído, me susurra en el mismo tono—. No te quiero aquí. Vete a tu casa.

Al escucharlo, me paralizó en el acto. Él, al notarlo, da un grito de frustración, asustándose y haciendo que me separe de su cuerpo.

—¡Suka! ¿Ves lo que este hombre me hace hacer? Me saca de mis casillas. — Me apireta contra su pecho desnudo y comienza a hablarme, solo que esta vez no se molesta en hablar bajito—. Lo que quería decir es que no quiero que tengas nada que ver con él. Es malo, Tazia. Hazme el favor de marcharte a tu casa. Te llamaré más tarde. Cuando haya arreglado este asunto de una vez por todas.

El susodicho vuelve a su posición inicial, con los brazos en alto.

—No seas melodramático, hijo. ¡Por Dios! No soy el diablo.

—Eres peor —afirma Alek.

Me siento como si estuviera en medio de un partido de tenis verbal.

—Señorita, me alegro de que mi hijo tenga a su lado a una chica tan guapa como usted. —Me saluda con un gesto de la mano—. Soy Gregorio. El padre de Aleksandr.

—Ahórrate la simpatía para quien la quiera. Ella ya se va.

—Deja que por lo menos le dé la mano. No se va a morir porque la toque, Aleksandr.

—¿Por qué no? Mi madre lo hizo —afirma, girando y dejándome a su espalda.

Mi boca se debe de haber desencajado. No me esperaba esto para nada.

—Yo no maté a Svetlana. Se suicidó. —El tono del hombre es el de una persona resignada. Alguien que estaba esperando esta conversación.

—Querrás decir, Silvia. Silvia López. Otra de sus ideas para volverte a enamorar —reprocha con sorna—. Decía que si era española, la volverías a querer.

—Otro delirio de una mujer enferma. Uno de tantos.

—No hables así de ella. Ella te quería. Aunque la trataste peor que a un perro, te amaba. Y tú la abandonaste.

—Quería cambiar, hijo. No quería seguir con esa vida de resentimientos, amargura y alcohol. —Niega con la cabeza, como si recordara—. Le dije que lo haríamos juntos.

—¡Mentira! —lo interrumpe—. Ella habría hecho cualquier cosa por ti. Eras lo que más quería en el mundo. Incluso más que a su hijo...

—Puede que durante una época fuera así, pero te estás equivocando en una cosa: al final no me eligió a mí —se lamenta—. La botella se convirtió en su nuevo amor. Y cuando quise cambiar, que cambiáramos, fue demasiado tarde.

Abrazo al hombre que está temblando delante de mí. Lo hago con fuerza, intentando transmitir con ese gesto, cariño y comprensión. Al hombre que, temblando, comienza a llorar de forma incontrolada.

Su padre se acerca, pero no me aparto. Le pone una mano en el hombro y le dice:

—Yo la quería. Ella te quería. Los dos lo hacíamos. Yo aún sigo haciéndolo—

se lamenta—. No me porté bien. Viví mucho tiempo amargado, y en vez de apoyarme en mis seres queridos, me convertí en una lacra para ellos. Créeme cuando te digo que me maldigo por ello todos los días. —Respira profundamente—. Tu madre y yo cometimos el error de no divorciarnos a tiempo. Pero como era un egoísta, me conformaba con su adoración, y ella era feliz tan solo manteniéndome a su lado. O tal vez es que disfrutábamos haciéndonos daño mutuamente... Si hubiéramos tomado cartas en el asunto mucho antes, todo habría sido distinto.

»Echarme de aquí fue lo mejor que hiciste. Me obligó a centrarme y a, por primera vez en mi vida, buscarme la vida por mí mismo. Lo más irónico de todo es que tuve que ir hasta un país célebre por su alcoholismo, un país que creía odiar, para curarme. Por eso estoy aquí, para pedirte perdón. Desde que me echaste de casa, no he vuelto a probar ni una gota de alcohol. Al llegar a Rusia, lo primero que hice fue dirigirme a una reunión de alcohólicos anónimos y allí me quedé. Entre eso y el trabajo, creo que conseguiré dejar de pensar en la botella cada vez que me tenga que enfrentar a algo que me saque de mi zona de confort.

Aleksandr ha dejado de llorar. Se limita a mirar a su padre sin decir ni una palabra. De repente, tomando mis manos, suelta el agarre que tengo sobre su cuerpo y sale de la habitación como alma que lleva el diablo. Dejándonos a su padre y a mí mirándonos el uno al otro sin saber bien qué decir.

—¿Quieres un café?

Esa pregunta, algo tan normal, formulada de manera tan casual, saliendo de la boca del hombre que tengo en frente y que ha sido parte activa de lo acontecido hace unos instantes, me descoloca. Y aunque aún me encuentro confundida por lo que acabo de presenciar, simplemente contesto:

—Me encantaría.

Me dirijo a una de las banquetas que se encuentran al lado de la moderna isla y me siento a observar como Gregorio, el culpable de que la vida de Alek fuera un infierno desde muy temprana edad, trastea entre los distintos armarios buscando lo que necesita. Al final, se acerca a la nevera y saca un bote bastante grande repleto de café molido. Hace otra pasada y encuentra los filtros. Lo coloca todo en su sitio, pone la cafetera en marcha y se sienta a mi lado sin rozarme.

—Ha sido... intenso —me dice—. No me malinterpretes. Sabía que sería intenso, me lo merezco. Me porté fatal con ellos. Puedo poner la excusa de la bebida, pero creo que en el fondo era yo siendo mala persona. Pero... ¡Joder! No me esperaba que me acusara de la muerte de su madre. Svetlana era mujer frágil, siempre lo fue y por mi culpa se puso peor. Muchísimo peor. Ya no me esforcé por comprenderla, no estoy seguro de qué hice para que se enamorara del cabrón egoísta que era. Y cuando ya fue tarde, tampoco me esforcé en hacerla cambiar de opinión.

»Aunque por otro lado, mi retorcida mente pensó que estaría mejor sin mí. Ya sabes... ¿Te contó Alek lo que solía hacerles a su madre y a él? ¿La indiferencia con la que los trataba? A él lo ignoraba y a la madre... me aprovechaba de su amor por mí. La pobre se esforzaba, pero para mí nunca era suficiente.

No respondo. Más que nada porque no es asunto mío. Además, creo que es una pregunta retórica. Cosa que confirma cuando sigue hablando sin esperar mi respuesta.

—Fui tan mala persona que me extraña no haberme muerto de todo el veneno que tenía dentro. Comprendo a mi hijo porque, ¿cómo va a perdonarme si yo aún no lo he hecho? En terapia me dicen que no me centre en el pasado, pero no lo consigo. Veo todo como si de una película se tratase. No reconozco a ese ser en mí...

Y ahora es él el que llora. De la misma forma que su hijo, su llanto es sentido, desgarrador. No puedo evitarlo y alargo la mano hacia la suya. No hablo. Tan solo lo sujeto en una silenciosa aceptación de su dolor.

No hay peor forma de vivir que odiándose a uno mismo. Y este hombre se odia muchísimo. No lo condeno. No lo perdono. No soy nadie para hacerlo. Tan solo pienso en lo que le he dicho tantas veces a los pacientes que se mueven en el piso de abajo: «No te centres en el pasado. Ya no eres esa persona. Trabaja para convertirte en quien deseas convertirte». La única pega que le veo es que no estoy segura de si esto se puede aplicar a este hombre. Aun así, no lo suelto y dejo que se desahogue en paz.

—Como usted no puede hacer nada para cambiar su pasado, Alek tampoco. Hay mucho rencor ahí. No intente buscar perdón. Solo hágase merecedor de él. Ten paciencia. Dale tiempo al tiempo —acabo diciendo.

—Eres una chica sabia.

—Algo de eso me han dicho —respondo a modo de despedida, embozando una triste sonrisa.

—Ese es el anillo de la madre de Aleksandr. —Señala hacia mi cuello—. Tienes que ser muy importante para él. Si no recuerdo mal, nunca lo he visto sin él y mucho menos dejárselo a otra persona.

—Perdió una apuesta —miento. No quiero que sepa nada sobre lo que este anillo significa para los dos. Sobre la búsqueda de esos momentos perdidos—. Adiós, Gregorio.

Salgo de la cocina en la que he presenciado uno de los momentos más importantes de la vida de dos personas, vestida tan solo con una sábana.

«Mi sentido de la oportunidad está atrofiado».

Llego al pasillo y no me hace falta escuchar la rabiosa melodía para saber a dónde dirigirme: la sala de música.

Alek se encuentra totalmente concentrado en la pieza. Su cuerpo se balancea al ritmo de los duros acordes, en completa sintonía con el instrumento.

Hay personas que para *desestresarse* salen a correr o golpean un saco... Él, no. Él prefiere el piano. Y aunque pueden parecer actividades opuestas, lo único que lo diferencia de los que emplean los puños cerrados para buscar la paz es que a ellos, el medio elegido no les devuelve una música maravillosa. En este caso, maravillosamente triste.

Me acerco y, como he hecho tantas otras veces, me siento en una esquina de su banqueta. Lo suficientemente cerca como para que sienta mi presencia sin entorpecerlo.

—Llevo tanto tiempo odiándolo —me dice sin dejar de tocar—. Ese hombre roto que has conocido no es mi padre. Por lo menos no es el que yo recuerdo. —Me acerco un poco más—. No sé qué hacer, Tazia.

Acaricio con ternura su cuello y nuca. Sigo subiendo la mano hasta enredar los dedos en su pelo, instándolo a que continúe. A que se desahogue conmigo.

—Mirando atrás con perspectiva, tan solo recuerdo a dos borrachos que luchaban entre ellos con todas las armas que tenían. La frontera entre lo bueno y lo malo se está difuminando y me siento perdido. —Deja de tocar—. No lo estoy exonerando. Nunca lo haría. Pero viéndolo así, sobrio, hace que me plantee muchas cosas. Como el cómo habría sido mi vida sin la constante presencia del alcohol en ella. Cómo habría sido mi madre...

—Alek —lo llamo con suavidad—, tú, más que nadie, sabes lo que las adicciones pueden hacer a las personas. Sigue adelante. Perdona a tu padre o no, pero perdónate a ti mismo. No podías hacer nada. Eran ellos los que tenían quedar el primer paso y no lo hicieron hasta que fue tarde. No tienes nada que ver, tan solo fuiste una víctima de las circunstancias. Déjalo estar. No dejes que tu pasado dicte tu futuro.

Estoy divagando. Espero no estar metiendo la pata y que parezca que estoy dando consejos de galleta de la fortuna. Tan solo quiero que entienda, que acabe por meterse en la cabeza que no es culpa suya.

Se apoya en mi hombro con los ojos cerrados. Yo bajo la cabeza y pego mi mejilla a su pelo sin dejar de acariciarlo.

—Tazia, me alegro de que estés aquí. —Se gira y me abraza. Se da cuenta como estoy vestida o, mejor dicho, de mi ausencia de vestuario, y comenta—. No sabía que eras fan del estilo romano.

—Digamos que, cuando me vestí para la ocasión, no estaba pensando en vivir un melodrama. Mis pensamientos iban por un camino un poco más, digamos..., agradable.

Me besa el hombro, diciéndome, con ese gesto, que estaba totalmente de acuerdo conmigo.

—Ha sido de locos. Sabía que hoy tenía que verlo. Pero creía que tendría una oportunidad para mentalizarme, no que me lo encontraría, de repente, en medio de mi cocina a las siete de la mañana.

—No puedes culparlo. Estaba ansioso por verte. Yo, en su lugar, también lo habría hecho de esa forma. Es mejor pillar a la bestia desprevenida, ¿sabes?

—Tengo que ir a hablar con él, ¿verdad?

—Deberías hacerlo. Quedan muchas cosas pendientes entre los dos, Alek.

—Cierto. Y entre antes se vaya, antes podremos jugar a que yo soy un emperador griego y tú, mi complaciente sirvienta —bromea, aunque se lo nota nervioso—. Espérame aquí, ¿quieres? No tardaré mucho. Sé que antes te dije que te marcharas, pero no me siento con fuerzas para estar solo.

—Ve tranquilo. Te estaré esperando.

Se levanta y, me besa en la boca. Me giro para verlo alejarse y, antes de salir, se para y dice:

—Gracias, *balerina*.

Y aunque suene raro (y un poco escalofriante por mi parte), esa frase, acompañada de la forma en que me mira al hablarme, me suena a un «te quiero».

Sí. Lo sé. Estoy perdiendo la cabeza.

Ese «no tardaré mucho» se convirtió en unas largas y aburridas horas. Aproveché ese tiempo para mandarle un mensaje a mi hermano y comunicarle que era la peor copropietaria que se puede tener por avisarle con tan poco margen, pero que me tomaba el día libre. Él me respondió con el emoticono del dedo levantado, sin embargo, me quedé tranquila. Mientras no me llamara, todo estaría bien. Mi hermano es una mamá gallina. Si en realidad estuviera preocupado, mi teléfono ya habría sonado.

«Creo que se está dando cuenta, por fin, de que ya no soy una niña. Bueno, eso o es que estaba ocupado haciendo cosas guarras con Netta».

Alek se deja caer de vez en cuando para ver si necesito cualquier cosa o simplemente para comprobar que no me he ido. La expresión que pone al descubrirme en su cama, cambiando los canales de su televisión de 42", o en el estudio, escuchado música, es de asombro. Como si no se terminara de creer que aún estoy aquí esperándolo. Pero yo siempre estoy allí para recibirlo con una sonrisa y robarle algún beso.

Al principio, su cara reflejó muchísima tristeza. No obstante, eso comenzó a cambiar a lo largo del día. Empezó a parecerse mucho más al Aleksandr al que me he llegado a acostumbrar en los últimos tiempos, mezclado con otra cosa. No solo parece relajado, casi feliz... es como si se hubiera quitado un peso de encima de los hombros.

Me alegro profundamente por él porque eso quiere decir que está en vías de cambio. De aceptar que hay cosas que no puede cambiar por mucho que se esfuerce y que hay que dejar el pasado atrás. Y lo más importante, está cerca de alcanzar la ansiada paz mental que tanto necesita su cuerpo.

Al final, la media tarde llega y Aleksandr regresa con ella. Me encuentra en el estudio descalza, enfundada en unos pantalones cortos (suyos) y en una gastada camiseta sin mangas de propaganda de un famoso refresco (también suya) que me queda tan grande que deja ver casi todo mi sostén (eso sí que es mío).

Estoy practicando algunos pasos, improvisando más que nada, la suave música de *Love me like you do*, de Ellie Goulding, que acaba de comenzar, cuando lo veo observándome a través de los espejos. No paro de bailar, la música me llena. Y cuando la interprete canta: *I let you set the pace / because I'm not thinking straight. / My head's spinning around / I can't see clear no more. / What are you waiting for?*²⁹, se lo dedico a él. Giro y estiro mi cuerpo mezclando pasos clásicos con la danza contemporánea. Dejándome la piel en cada movimiento. Sintiendo hasta en los huesos cada letra cantada. Al acabar la canción, con ella pidiéndole, suplicándole, retando a su amante que la quiere y la acaricie, me dejo caer en el suelo.

Todavía agachada, sudorosa y temblando por el esfuerzo, Alek se acerca y se sienta a mi lado.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —afirma—. Verte bailar es maravilloso.

Me sonrojo como una tonta. Como si no hiciera casi veinticuatro horas que nos hemos visto desnudos.

Desliza su dedo por mi brazo, dejando una línea en mi piel allí por donde pasa. Se arrima aún más y lleva su cara a mi cuello.

—Mmm... Hueles bien —comenta, olisqueándome, al tiempo que me roza con la punta de la nariz.

Solo hace falta eso para encenderme. Me revuelvo y me siento sobre su regazo con las piernas abrazando sus caderas.

—¿Cómo ha ido todo? —me obligo a preguntar porque lo que más me apetece en estos instantes es sentir dentro de mí el bulto en el que estoy apoyada.

—Ha sido, a falta de una palabra mejor, sorprendente. —Lo miro con asombro—. Bueno, sorprendente es ahora. Al principio fue desconcertante —matiza—. Tras unos cuantos gritos e insultos por mi parte, me tranquilicé. Hablamos las cosas con calma. No lo he perdonado, pero ya no lo odio tanto como antes.

—Me alegro. Has dado un paso importante —digo colocando las manos en sus hombros e, involuntariamente, rozándome con su dura erección.

Gime y me agarra con fuerza de las nalgas. Sin embargo, no me para, sino

que me mece contra él.

—Se va a casar —farfulla mientras me mueve más rápido—. Con una compañera de trabajo. Una profesora como él. Quiere que vaya a la boda —dice con rapidez—. Su prometida y su madre han venido con él a España. La futura suegra es una mujer con tendencia a usar perfumes muy fuertes y dar abrazos. Mi padre no puede deshacerse de la peste por nada. Creo que está inmunizado, pero yo no... hemos tenido que irnos al jardín.

—¡Ajá! —acierto a murmurar.

—Renunció al apellido de mi madre. Ha vuelto a ser Gregorio García. Es feliz.

—Ajá...

—Hemos quedado en vernos mañana otra vez... Mmm. Creo que mejor te lo cuento después.

De repente nos gira y estoy bajo su cuerpo, con las piernas abiertas, y la conversación se ve relegada a lo más profundo de mi mente.

Estamos en la cama, los dos desnudos, boca abajo. Entre hablar de todo y nada y practicar sexo, se nos ha pasado la tarde en un santiamén.

Me encuentro cien por cien relajada. Las tensiones pasadas me han abandonado y me siento otra vez como mí misma.

—¿Sabes? Creo que voy a ir a un psicólogo. Creo que me hará bien hablar de todo este tema con alguien imparcial.

—Veo que no tienes miedo de hablar sobre médicos con mala fama... —me burlo—. Creo que es lo mejor que puedes hacer. Seguro que te ayudará a ver las cosas desde otra perspectiva.

—Eso seguro. Eso siempre ayuda —responde—. Quiero hacer lo máximo posible para no volver a cometer los mis fallos de mis padres. Ya sabes, no quiero que mis futuros hijos salgan tan desquiciados como yo.

Esa palabra, hijos, me trae a la memoria algo que mi subconsciente se esforzó

en hacerme olvidar: no hemos tomado precauciones.

Todo vuelve a mí como si de un tsunami se tratase. Mi desmayo, todas las veces que lo hemos hecho y ninguna se me ocurrió a mí, una mujer moderna del siglo XXI, sacar el tema de la protección. Y esa es otra, espero que no me haya pegado nada...

—Alek —lo llamo y me siento. Gira el cuerpo para prestarme toda su atención. Esa es una de las cosas que me encantan de él. Al hablarle, me presta todo su interés—. No hemos tomado precauciones. Yo estoy limpia, hace muchísimo tiempo que no me acuesto con nadie, pero todavía quedan otros riesgos... No sé si entiendes lo que te quiero decir.

No habla. Se ha quedado con la boca abierta.

—Te lo tendría que haber dicho antes, pero con todo lo que ha pasado lo olvidé.

—Lo olvidaste —repite—. ¿Olvidaste decirme que no estabas tomando la píldora? ¡¿Cómo coño olvidaste algo como eso?! —acaba gritando.

—¿Eh! Tú tampoco fuiste lo que se dice muy responsable que digamos. Ni una sola vez oí de tus labios la palabra protección, preservativo, gomita, condón, sombrerito feliz...

—La primera vez me olvidé y, como no decías nada, pensé que tomabas algo.

—... Profiláctico, funda, chubasquero, goma —sigo con mi lista, ignorándolo, hasta que escucho: «espero que no sea una estrategia» saliendo de sus labios—. Espera un momento, ¿qué acabas de decir?

—Digo que espero que no sea una estrategia para pillarme. Te va a salir el tiro por la culata.

Lo suelta de un tirón y sin parpadear.

—Mira, guapo de cara—le digo levantándome y buscando mi ropa—. Lo menos que quiero en este momento es un bebé y mucho menos de un hombre que piensa que quiero cazarlo. Bájate de la nube de prepotencia en la que estás subido y pasa de mí.

Comienzo a vestirme mientras mascullo insultos mezclando el italiano con el español.

—Espera, Tazia. Lo siento. —Se para a mi lado, desnudo—. No quería

ofenderte. Es solo que es extraño. Te ves como una mujer responsable, no creía que te olvidarías de algo como eso.

Lo fulmino con la mirada.

—Perdona por no saberme de memoria mi calendario de ovulación.

—No puedo permitirme tener un hijo en estos momentos. Casi no nos conocemos —dice metiendo el dedo en la llaga—. No quiero cometer el mismo error de mis padres.

—No te preocupes, por suerte para ti, aún estoy en la fase en la que un viaje a la farmacia más próxima solucionará mi problema.

Suspira aliviado.

Termino de vestirme y me dispongo a irme, pero antes necesito hacerle el mismo daño que él me ha hecho a mí.

—Y para que lo sepas, ya has cometido el mismo error de tus padres. —Me mira confuso. Me arranco la cadena del cuello y se la lanzo—. Tener el talento de hacer sentir a las personas que te quieren como la mierda, debe ser hereditario.

Salgo de allí sin mirar atrás. Que le den a Aleksandr y que le den a todo esto.

Bajo tan rápido que, en un descuido, me resbalo y acabo rodando por las escaleras y estrellándome contra el suelo, con la pierna lesionada por delante.

Me quedó allí, aguantando las lágrimas y sujetándome la rodilla. Por la periferia, puedo ver a los pacientes y a algunos compañeros que se están reuniendo a mi alrededor. No se acercan y lo agradezco. Bueno, lo agradezco hasta que siento a Alek dando órdenes a todos en busca de hielo.

—Te he visto caer. ¿Cómo estás? —me pregunta.

—¿En serio? —le devuelvo sin apartar la vista de mi cuerpo. Siento como mi rodilla se está inflamando por momentos y ahora mismo comenzaré a verlo también.

—Necesitas ir al hospital.

—Llama a una ambulancia.

—No. Te llevaré yo.

—Si no quieres, llama a mi hermano, él vendrá a buscarme.

—He dicho que no, Tazia. No hay tiempo —insiste—. Voy a ponerme algo encima y salimos pitando. Te van a traer hielo, pónitelo mientras me visto y llamo a Cosimo para informarle de todo.

Alzo la mirada y veo que solo lleva puesto unos vaqueros y una cara de preocupación.

—Está bien —transijo.

«A lo mejor tenía prisa por disculparse», me digo. Aunque sé que me estoy engañando a mí misma.

29 Permitiré que tú impongas el ritmo porque yo no pienso con claridad. Mi cabeza está dando vueltas, ya no puedo ver con claridad. ¿A qué estás esperando?

—Para allí —le pido al ver a lo lejos una farmacia de guardia.

—¿Qué?;No! —niega—. Tienes la rodilla fatal. Vamos directos al hospital.

—¡Te he dicho que pares! —grito. El dolor me hace más agresiva—. Antes de llegar al hospital, quiero arreglar el pequeño problema en el que nos hemos metido.

—No.

—Sí.

—No.

—Esto es absurdo. Podemos pasarnos así todo el día. He dicho que pares —insisto—. No quiero que mi hermano sepa nada sobre esto. Si la pido en el hospital, se enterará y te matará —añado.

—Está bien. Pero no te muevas de aquí. —Aparca en un lado y se suelta el cinturón—. Tazia, que se te meta una cosa en la cabeza, hago esto por ti, porque estás muy alterada, no porque le tenga miedo a tu hermano.

—Menos hablar y más comprar, macho alfa. Me duele la rodilla.

Eso lo activa y sale del coche. Vuelve al cabo de unos instantes con las pastillas en la mano. Me la tiende junto con la botella de agua que mantiene entre los dos asientos.

Me la bebo y respiro en profundidad. Un problema menos.

Al llegar al hospital está toda la tropa esperándome. Mi hermano se apresura a abrir la puerta y ayudarme a salir mientras que Sandra y Netta me bombardean a preguntas.

Con Cosimo en un lado y Aleksandr en otro, voy dando saltos hacia el interior. Por lo menos lo hago hasta que de las puertas automáticas aparece Óscar con una silla de ruedas.

Se acerca deprisa.

—Rubita, si tenías tanta prisa por volver a fastidiarte la rodilla, te habría

recomendado algo más divertido —sugiere con una sonrisa—. No sé, algo como tú encima de mí cabalgándome como loca en el suelo duro de la trastienda.

—Cerdo —mascullo al sentarme.

—Me adoras. No intentes negarlo —se burla.

—¿Quién es este payaso? —inquire Alek—. Deja de ligar y déjanos llevarla dentro, imbécil. ¿Acaso no ves cómo tiene la rodilla?

—¿Payaso? —se burla y lo empuja con el hombro para comenzar a trasladarme a urgencias y decirme—: Cariño, no sé quién este, pero no es el único hombre enfadado hoy aquí.

Giro el cuello para mirarlo. Adoro a Óscar. Lo conozco a la perfección y sé que dice todas estas cosas para distraerme del dolor.

—No es nadie. Tan solo mi jefe. —Muevo la mano descartándolo—. Ahora dime quién es el otro hombre enfadado.

—Tu doctor está dentro.

Al ver cómo se me cae la mandíbula, se ríe. ¡Se ríe! El muy cerdo...

Mi traumatólogo es un hombre... extraño. Es como el hombre del saco para mí y un ángel de la guardia para mí. Es amigo de mis padres y me conoce desde que era pequeña. Tenemos una relación extraña en la que me trata como a una hija. Eso quiere decir que me echa la bronca tanto o más que mis progenitores que, encima, lo alientan. De ahí lo extraño.

Óscar sigue de largo el mostrador de llegada y se dirige directo hacia las puertas que dan a las consultas de urgencias. Al traspasarlas, me recibe la dura mirada del doctor Montero.

—Eres una inconsciente, Tazia Olivetti —me reprende—. No solo te niegas a ponerte la rodillera, sino que te dedicas a ir bailando y saltando por ahí como si no me hubiera pasado contigo siete horas dentro de un quirófano.

Bajo la cabeza, avergonzada.

—No le hable así. No ha sido su culpa. Resbaló por unas escaleras —espeta Alek—. Centrese en hacer su trabajo y deje los comentarios para más tarde.

Montero se limita a alzar una ceja. Este hombre es imperturbable.

—Lo siento —me apresuro a decir.

—No lo sientas. No es culpa tuya. No te dejes amedrentar —me tranquiliza Aleksandr y añade solo para mi hermano—: ¿Cómo puedes dejar que le hable así? Eres su hermano, haz algo o lo haré yo.

—No hables de lo que no sabes, director —responde el aludido—. Este hombre la conoce desde que iba en pañales. Aparte de eso, impidió que quedara coja de por vida. Eso le da derecho a hablarle como le dé la gana.

—La has cagado, guaperas —susurra Óscar.

—¡Cállense de una vez! —No aguanto el dolor. He comenzado a llorar y miro de forma suplicante al doctor—. ¡Ayúdame!

—Tú, el defensor de los indefensos —dice el médico—, hazme el favor de acercarte y subir a la chica a la camilla. Quiero que veas de primera mano por qué soy tan duro con ella.

Aleksandr hace lo que se le dice. Montero, con unas tijeras quirúrgicas, me corta el pantalón de una sola vez y deja al descubierto lo inflamada que la tengo.

—Acércate —le dice el doctor a su improvisado ayudante—. Fíjate bien en lo que pasa si toco aquí.

Me aprieta la rodilla con el toque de un profesional que sabe lo que está buscando, y yo respondo como él seguro que intuía: grito y comienzo a vomitar.

Y todo cae encima de Aleksandr.

«La venganza es un plato que se sirve frío», pienso antes de desmayarme.

Parece que lo estoy cogiendo como costumbre.

Me despierto en medio de esa nube maravillosa en la que no existe el dolor y que solo puede ser inducida por los calmantes.

Aleksandr se encuentra a mi lado. Me está acariciando el pelo y vuelvo la cabeza hacia esa mano amorosa.

—Apreciaría si no tocaras a mi hermana.

—Una pena que no busque tu aprobación. Haré lo que quiera mientras ella me lo permita.

—Ella no está en posición de negarse, ¿verdad? —dice mi *fratello*—. Ya que estamos teniendo una conversación tan constructiva sobre lo que se puede y no

se puede hacer... ¿Me puedes explicar qué pintaba mi hermana en la clínica a estas horas y con la misma ropa de ayer?

—Es adulta, no te concierne lo que haga o con quién.

—¿No existe alguna política de empresa que impida la confraternización de los empleados?

—No. Y deja el tema —ordena—. Te he dicho que no es asunto tuyo.

—Error, jefe. Aquí, el hermano mayor es como una mamá osa protegiendo a sus crías —interviene Sandra—. Si me permites un consejo, no te conviene mosquear al hermano mayor y muy querido de la mujer que estás cortejando...

—No estoy corte... —niega.

Sandra, como es habitual, lo ignora y sigue hablando como si nada.

—... o sea, que si no tratas bien a la familia, te quedas sin jugar a esconder la zanahoria.

—Chicos, ¿pueden dejarlo ya? —pregunta Netta—. Acaba de despertar.

De repente, me encuentro rodeada de gente. Todos se han acercado hasta la cama

—¿Muy mal? —pregunto a nadie en particular.

—Por suerte para ti, no. Tan solo una bursitis. Más de lo mismo para ti —responde mi hermano—. Antiinflamatorios, hielo y nada de moverse durante un tiempo..

Suelto el aire que no sabía que estaba reteniendo y comienzo a llorar del alivio. Si no se ha agravado la lesión, eso quiere decir que podré seguir bailando. No a nivel profesional, ya me mentalicé hace mucho tiempo con que era algo perdido para mí, pero sí podré hacerlo como antes. Poco a poco y sin esforzarme. Lo mínimo para sentirme viva.

—Rubita, me parece que necesitas un enfermero —anuncia Óscar—. Me ofrezco voluntario siempre que mi paciente esté en ropa interior y necesite masajes con aceite.

—Yo la cuidaré —proclama Aleksandr.

—Ni hablar —niego enfáticamente—. Nadie va a cuidarme. No es la primera vez que me pasa y me basto yo solita.

—Mentirosa. La última vez que te pasó, mamá estaba en España. No te dejó levantarte de la cama en dos semanas.

—Cierto —conuerdo—. Da igual. Lo haré yo sola.

—Yo me quedaré contigo. —Otra vez Alek.

—Señor director, agradezco su ofrecimiento, pero tiene una clínica que dirigir. No puede perder tiempo atendiendo a mujeres como yo. —El *oportunistas* lo omito por no formar follón. Sin embargo, estoy segura de que él lo oye perfectamente.

—Puedo delegar en alguien. Tampoco es tan difícil.

—De aquí a que encuentres a alguien, yo ya estaré curada —refuto.

—No lo creo. —Y levanta la vista hacia Sandra—. A partir de hoy eres la directora sustituta de la clínica Silvia López.

—¿Eh? —farfulla la mujer que nunca tiene respuesta para todo.

—Eso. Ahora eres la manda más. Más tarde te llamaré para explicarte todo con calma —confirma. Luego se agacha y me da un pico—. Voy a mi casa a cambiarme y a buscar algo de ropa. De paso, intentaré dejar todo en orden. En un rato regreso y esperaremos juntos a que te den el alta.

Y así, sin más, como si no hubiera dejado a un cuarto entero de personas anonadadas, se marcha.

Parásito: forma de vida (Aleksandr) que se alimenta de las sustancias que elabora un ser vivo (la comida que me trae mi hermano o cualquier alma caritativa) de distinta especie (yo. Porque estoy segura de que no pertenezco a su especie), viviendo en su interior o sobre su superficie (mi casa), con lo que suele causarle algún daño o enfermedad (nervios crónicos).

Solo lleva un día en mi casa. Solo uno, y la mitad de ese día estuve dormida, y ya estoy que me jalo de los pelos. A este paso me voy a quedar calva.

Cierto es que se encarga de que este cómoda. Coloca mi pierna sobre un par de cojines y se asegura de que no la mueva; me alimenta de su mano como si fuera un bebé para que no me incorpore, me lleva al baño en brazos cuando me entran ganas porque me niego a usar un chato y me entretiene con historias sobre su vida, pero... se pasea por mi casa sin camiseta y se acerca demasiado al colocarme esos dichosos cojines; me alimenta y me dan ganas de besarlo; y para colmo de males, me lleva en brazos sin quejarse, es más, parece que lo hace encantado; cuenta historias que lo hacen parecer adorable...

¡Esto es insufrible! Me está provocando, lo sé.

Y si eso por sí solo no fuera poco, lo pillo observándome cada dos por tres. Y no es una mirada de tipo clínico, no. Es una mirada que consigue que comience a imaginar que se acerca y me hace cosas maravillosas con su boca en partes de mi cuerpo que no son mi boca...

Quiero que se largue a la de ya. Y que se lleve con él todo el deseo y el rencor que estoy sintiendo.

Rencor porque no ha tocado el tema de lo ocurrido ayer ni una sola vez y porque, a pesar de ello, sigo queriéndolo.

Ahora lo veo caminar de un lado al otro mientras habla por teléfono con alguien que creo que es Sandra. Alterna frases profesionales con alguna que otra risa, y yo me muero de celos.

No debería estar contento. Tendría que estar suplicándole que lo perdone por

ser un capullo insensible y así podríamos pasar a la parte del sexo.

Cuelga y se viene hasta mi cama. Se recuesta a mi lado con naturalidad, como si se hubiese acostado en ella desde hace años.

—Lárgate de aquí —espeto—. No puedo hacer nada para que te marches de mi casa, pero sí que puedo echarte de mi habitación.

Suelta una risita.

—Me encantaría verte intentándolo —me reta—. Si no temiera que te hicieras daño, te animaría a hacerlo.

—No me haces gracia, estúpido. Sal de mi habitación.

—No. A decir verdad, me viene de perlas que no puedas moverte —explica—. Si no puedes moverte, no puedes huir, y si no puedes huir, tendrás que escucharme.

—Tienes una cara que te la pisas —lo acuso, pero por dentro estoy saltando entusiasmada. ¡Por fin se decidió!

Se sienta a mi lado para que lo pueda mirar a los ojos.

—Lamento cómo te traté ayer. Cuando me estreso tiendo a atacar a las personas —aclara—. Al final va a ser verdad que me parezco a mi padre más de lo que creía en un principio.

—Entiendo que estabas sometido a mucho estrés, pero llamarme oportunista fue un golpe bajo.

—Lo sé. Me quedé en *shock* y dije lo primero que se me ocurrió.

—Lo que más me duele es que hayas pensado así de mí. ¿Acaso te he dado motivos para creer que soy una aprovechada? ¿Que soy el tipo de persona que usaría un bebé para ganar dinero?

—Por Dios, no. Estoy convencido de que no eres ninguna de esas cosas.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto—. Te agradezco que me cuides, pero no tienes que obligarte a ello. Por lo que pudiste comprobar ayer, no estoy desvalida en el mundo. Tengo gente que me respalda.

—Sí. Sobre todo el que se ofreció a hacerte masajes —masculla.

—Deja en paz a Óscar. Es como mi hermano. Tan solo dice esas cosas para molestarme.

—Si tú lo dices...

—Sí. Lo digo.

Algo en su rostro me huele mal.

—Espera un momento... ¿Estás celoso? —Desvía la mirada—. ¡Estás celoso!

—Sí —dice en su habitual estilo directo—. No hace nada que hemos estado juntos. Podrías llevar mi bebé contigo y ese tío no paraba de insinuar... hace años que sois amigos, te conoce mejor que yo... Me puse furioso.

—Te repito que es como mi hermano. Con el añadido de que puedo contarle cualquier cosa y no amenaza con matar a quien sea.

—Ahora no hace falta que hables con él. Me tienes a mí.

—Primero: ya que no te poseo ni tú a mí, no te tengo. No nos tenemos ninguno de los dos; segundo: es mi amigo. Nunca dejaré de hablar con él.

—No he dicho eso... no soy tan troglodita. Tan solo digo que si quieres hablar de cualquier cosa, no tienes porqué llamarlo si yo ya estoy contigo. Te prometo no amenazar a nadie.

—¿Y si necesito hablar sobre ti?

—Me lo cuentas también.

—No sabes nada sobre mujeres, Aleksandr.

—Lo admito. Nunca he tenido una novia, pero estoy dispuesto a aprender lo necesario. —Reflexiona durante unos segundos—. Tan solo no le cuentes nada demasiado íntimo.

—¿Novia? Nadie ha dicho nada de novias...

—No sé. Creía que estarías contenta de formalizar relación. Ya que me quieres y todo eso.

—Yo no te quiero —niego demasiado rápido.

—Pues ayer cuando saliste de mi habitación hecha una furia, lo afirmaste con bastante ímpetu.

—No he dicho nada sobre eso. Nunca.

—¿No? —cuestiona—. ¿No me dijiste que hacía daño a las personas que me quieren?

—Fue una forma de hablar.

—¿En serio? Pues es una pena... experimentar el amor no correspondido será una experiencia desastrosa para mi ego. Seguramente compondré canciones con tu nombre, te enviaré flores a todas horas y te inundaré de mensajes de texto — lo dice con la cara seria, pero sus ojos brillan con humor—. Por tu culpa, me convertiré en un patético hombre despechado.

Mi corazón está bailando al son del *heavy metal*. No puedo creer lo que me está diciendo y cómo yo me empeño en desmentir lo evidente. Estoy enamorada de él y soy tan tonta como para negarlo después de habérselo confesado en un ataque de furia.

—No puedo dejar que sufras por mi culpa, Aleksandr —admito—. No sé. A lo mejor yo, tal vez... te quiera un poquito.

La sonrisa que sale de su cara es más de lo que puedo soportar. Lo agarro del hombro y lo atraigo hacia mí.

—Dímelo —le ordeno.

—Antes te voy a contar una historia. —Asiento instándolo a seguir—. Hace algún tiempo, un chico de dieciséis años vivía con sus padres alcohólicos. Un día, se enfadó tanto con la situación tan injusta en la que vivía, que se escapó de casa dejando a su madre sola. Al tiempo regresó, pero su madre se había ido sin decir nada. Su padre tampoco se encontraba en casa, y él se vio solo, en medio de esa gran propiedad, buscándola. Al cabo de dos horas, la encontró desmayada entre los árboles. El chico se asustó muchísimo porque pensó que estaba muerta, y el corazón se le hizo pedazos. Al verla respirar, él pudo hacerlo también, ya que no había sabido cuanto quería a su madre hasta ese momento.

»Eso es lo que me pasó hoy contigo. Cuando te vi caer, lo hice en cámara lenta. Y en un instante, me imaginé la vida sin ti. No me gustó. Y como el muchacho de la historia, sentí que algo en mi interior se rompía para volverse a juntar al ver que estabas bien. ¿Si eso no es amor, que otra cosa puede ser?

Estoy llorando lágrimas agridulces Por lo triste que es esa historia y por lo feliz que estoy al escucharla.

—Esta es la historia que me nombraste cuando creías que Mónica había desaparecido.

—Sí.

—La mujer es tu madre y tú eres ese pobre muchacho, ¿verdad?

—Sí. Te la he contado, no para ponerte triste, sino para que sepas que estoy muy seguro de lo que siento por ti.

Nos quedamos mirándonos durante lo que parece una eternidad. Un tiempo que aprovecho para memorizar sus rasgos, su expresión al mirarme... Sí, me confirma su mirada. Está enamorado de mí.

—Aleksandr, a diferencia de ti, no me hizo falta que tuvieras una experiencia cercana a la muerte para saber lo que siento —bromeo—. Ya sabía que te amaba desde mucho antes.

Se acerca a mis labios y me besa. Algo suave se convierte con rapidez en algo voraz. Toca mi cuerpo y yo el suyo, pero cuando abro las piernas para acomodarlo mejor, un dolor cortante que proviene de mi rodilla me detiene.

—Te traeré tus pastillas.

Llega al momento con un vaso de agua en una mano, las pastillas en la otra y una sana y desperdiciada erección en medio.

—Odio estar lesionada —me quejo al tiempo que lo devoro con la mirada.

—No hay problema. Solo tendremos que ser imaginativos —asegura—. No he comprado una caja de condones de las grandes para que una simple rodilla me impida usarlos todos y cada uno de ellos con mi chica.

Al oírlo, mi estado de ánimo mejora muchísimo y me revuelvo de placer, cosa que hace que la pierna vuelva a dolerme.

—Por desgracia para nosotros, la experiencia completa tendrá que esperar algunos días —dice al ver lo que acaba de pasar—. No te preocupes. No quedarás insatisfecha.

No tarda en demostrarme que no es tan solo fanfarronería.

Seis semanas después...

Estoy sentada en medio del cuarto de baño de la casa de Alek, rodeada de barritas de plástico. Todas y cada una de ellas dicen lo mismo: positivo.

No lo entiendo. Hemos usado protección cada una de las veces y toda ha ido bien.

Me empecé a sentir mal el fin de semana pasado al llevarme a Aleksandr a una nueva experiencia de la infancia que no se podía perder: una acampada.

Y ahora estoy aquí, delante de la confirmación visual de algo que no habíamos planeado, muerta de miedo por cómo se lo tomará el hombre que me metió en todo este lío. Vale, eso es injusto. Hay dos implicados en un embarazo y yo fui una participante dispuesta en todo el proceso.

—Tazia, nena, ¿dónde estás? —grita Alek acercándose a donde me encuentro. Viene directo al baño porque últimamente no me he sentido muy bien. Bueno, ya sabemos por qué—. Llevo rato esperándote abajo. Vamos a empezar la ceremonia en poco menos de media hora y quería saber si tienes todo arreglado o si necesitas que te echen una mano.

Entra y se detiene al verme. Tengo que tener una pinta asquerosa. Con la máscara de pestañas corrida, el peinado echo una mierda y el rastro de mis lágrimas grabadas en el maquillaje... ¡Ah, sí! Y diez pruebas de embarazo rodeándome, que no se me olviden. Le aportan más dramatismo a la escena.

Lo miro y suelto:

—Te juro que no lo planeé. No quiero atraparte, Aleksandr. —Todavía recuerdo las palabras que me dedicó en su día. ¡Joder! Aún me duelen.

—Estás embarazada.

Asiento, preparándome para lo peor.

Se pone de cuclillas y agarra una al azar. Se lo que está leyendo: más de tres semanas de gestación.

La suelta y se acerca a mí, abrazándome.

—No llores, *balerina*. Vamos a ser buenos padres.

Me separo, asombrada por lo que acaba de decir.

—¿De verdad quieres seguir adelante? —pregunto confundida.

—¿Y tú no? —pregunta a su vez—. Te confieso que no tenía planeado proponértelo hasta dentro de un tiempo, pero ahora que lo estás, cada vez me gusta más la idea.

—Es un bebé, Aleksandr. No es algo que puedes devolver cuando se pase la novedad.

—No, Tazia. No es cualquier bebé. Es tuyo y mío. Eso lo hace perfecto. —Me besa—. Te prometo que lo querré tanto como te quiero a ti.

—Gracias, Alek.

—¿Por qué me das las gracias, nena?

—Por ser así. Por apoyarme en todo, aunque ese todo, ahora mismo, sea algo que cambiará nuestras vidas para siempre.

—Ahora y siempre. —Vuelve a besarme.

—Vas a ser un gran padre para este niño —afirmo.

—Nunca se me ocurriría discutir contigo, Tazia. —Sonríe—. Tienes fama de ser una chica muy sabia.

EPÍLOGO

Querido diario:

Hoy he releído lo que escribí hace mucho tiempo sobre cuál sería mi futuro ideal, y me he desternillado de la risa.

Aunque no soy una *prima ballerina*, no he perdido la pasión por la danza. Ahora mismo no puedo bailar mucho, pero sigo haciendo mis estiramientos.

Aún sigo trabajando en la *pasticceria* y me encanta, aunque también soy profesora de repostería.

Enseño a un grupo variopinto de hombres y mujeres adultos que varía en cantidad según la temporada. Personas que, en la mayoría, han hecho cosas cuestionables por culpa de adicciones incontrolables.

Durante mis clases, nos retroalimentamos con información; yo les enseño que no todo está perdido y ellos a mí, que vale la pena luchar por vivir.

No tengo un marido dentista... (¿Qué estaría pensando para poner específicamente esa profesión?), ni siquiera estoy casada. Eso sí, no desesperes, hay un novio. Un hombre que me hace babear y plantearme la vida de mil maneras. Que me estimula y me anima a ser la Tazia que siempre he querido ser.

¡Ah, se me olvidaba! También es mi jefe, por lo menos en el papel. En la práctica, solo me manda para decirme que no me pase con el presupuesto y casi ni eso.

Y luego está cuando se pone en plan jefe conmigo en la cama, pero eso no cuenta porque me encanta...

Bueno, y lo más importante de todo, estoy embarazada, o como me dijo Sandra en su momento: «¡Te han hecho un bombo, nena!».

Un niño no deseado, pero no por ello menos querido. Una sorpresa para todos, sobre todo para el padre y para mí.

Echando cuentas y mirando atrás, descubrimos que esa es la consecuencia de vomitar nada más tomarte la pastilla del día después.

Alek está muy orgulloso y dice que seguro que fue a la primera... ¡Hombres!

Por si lees esto en un futuro: ¡Te quiero, pequeño!

Por otro lado, algo está cambiando:

Cosimo se ha vuelto loco con esto del embarazo. Se pasa día sí y día también tratando de convencer a Simonetta sobre tener su propio bebé. Ella se resiste, pero veo como le brillan los ojos al ver mi pequeña barriga. Por ahora, como le gusta decir a mi cuñada: limitémonos a practicar, *limone*.

Como no puedo hacer esfuerzos (ordenes de mi novio y de mi hermano), me han puesto ayuda en la *pasticceria*. Mónica, la madre de Iván, se ha convertido en mi sombra. Estoy asombrada por cómo ha cambiado por la calma y la alegría que la envuelven allá a donde vaya. Bueno, la paz se aleja cuando Óscar está presente. No sé muy bien qué pasa entre esos dos, pero algo se está fraguando allí...

Marco, el hermano de Netta, ha regresado de su última expedición fotográfica. Y no sé cómo ni por qué, Sandra está viviendo con él. Ella no habla del tema (algo raro) y él, simplemente, se dedica a gruñir algo sobre mujeres desagradecidas e irresponsables al tiempo que no le quita los ojos de encima.

Es como vivir en directo mi propia serie de enredo, y como cualquier fan incondicional, ¡me muero por saber cómo continúan! Mientras escribo, doy vueltas al anillo que pertenecía a Silvia, la madre de Aleksandr, y que ahora es mío. Me tranquiliza sentirlo deslizarse en mi piel. Me gusta cuando Alek me coge de la mano y lo toca, haciéndolo rodar... me siento parte de algo importante. Me siento querida porque sé que regalármelo ha sido un paso muy importante para él. Un compromiso más allá de lo habitual. Un símbolo de esperanza.

En estos momentos no tengo ni idea de lo que me deparará el futuro... En definitiva, soy feliz.

Nota de la autora

Escribir sobre amor siempre es difícil, pero hacerlo mezclándolo con un tema tan serio como lo son las adicciones, o mejor dicho, sobre la lucha por salir de ellas, es mucho peor. Si encima le quieres dar un toque que otorgue algo de luz a un mundo que de por sí no acepta nada más que sombras, me lo puse muy difícil a mí misma.

Quise normalizar e incluso dar un toque de humor a una situación ya de por sí demasiado seria. No sé si lo conseguí, pero la intención ahí queda.

Agradecimientos

Para las personas que luchan por sobrevivir. Por mostrarse a sí mismos que no todo está perdido.

Como siempre, a la gran Mimi Romanz. Te quiero, amiga. Todo sigue igual: aunque esté lejos, te siento muy cerca.

A Alma Gulop, por aguantarme. Solo por eso te mereces una medalla.

A Rebeca, algún día conseguiremos vernos en persona. Por ahora, sigue esperando mi paquete...

A Lola Gude, la reina de la paciencia. Soy una pesada, lo sé, pero, otra vez: ¡Gracias! Creo que te lo seguiré repitiendo hasta que por fin me crea que todo esto es real.

A Higi, mi Ili y Juanma: ¡¡Los quiero, hermanos!!

Y, por último, a todos aquellos que creen en mí.

Besos gigantes a todos,

Dacar

Si te ha gustado

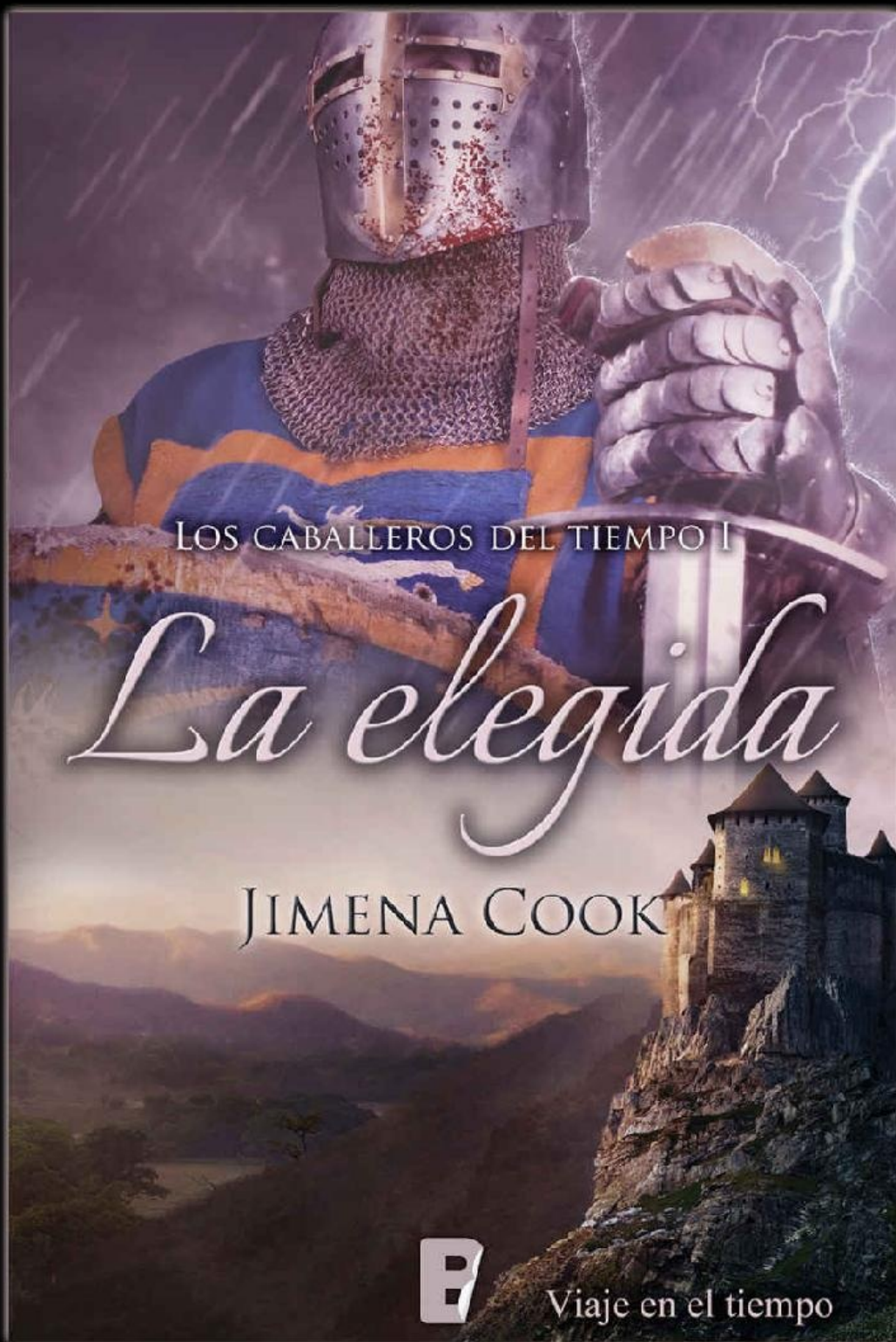
Sabor a ti

te recomendamos comenzar a leer

La elegida

de Jimena Cook

Selección RNR



LOS CABALLEROS DEL TIEMPO I

La elegida

JIMENA COOK



Viaje en el tiempo

Prólogo

Kimball se giró para mirarme. No pude resistirme: fui corriendo hacia donde estaba él. Necesitaba abrazarlo, aunque fuese la última vez. Sus brazos rodearon mi cintura; lo amaba. ¿Por qué el destino era tan cruel? ¿Por qué me alejaba de él? Las lágrimas rodaban por mis mejillas. Él me apartó con delicadeza. Lo conocía muy bien: no podía verme llorar; la tristeza se reflejaba en su rostro.

—Te amo. Volveremos a estar juntos. Buscaré la forma de que vuelvas a mí.

—¡No quiero separarme de ti!

—¡Debes hacerlo! Corres peligro y no estoy dispuesto a perderte. —Levantó mi barbilla—. ¿Confías en mí?

—Sabes que sí.

—Te doy mi palabra; te buscaré. No descansaré hasta que volvamos a estar juntos.

Bajó su rostro y me besó. Sentía la suavidad de sus labios sobre los míos.

Se alejaba de mí. Su imagen se desvanecía. Dejé de sentir, de verle... Me ahogaba.

—¡Kimball! —grité.

No obtuve respuesta.

I

Me desperté agitada, sudando, otra vez el mismo sueño. Miré el reloj; marcaba la misma hora de todas las noches: las tres. Estaba temblando. Lo recordaba muy bien, todo un año repitiéndose la misma pesadilla: un bosque. Corría temerosa; algo o alguien, que no alcanzaba a ver, me perseguía. Después aparecía otra secuencia imágenes: una anciana, campesina, vestida de otra época.

Solo me acordaba de sus intensos ojos azules y sus palabras: «Tú eres esa mujer». En ese momento gritaba: «¿Qué quieres decir? ¡No te entiendo!». Entonces aparecía al borde de unos acantilados. No estaba sola. Me giraba, y ahí estaba él. No alcanzaba a ver su rostro, pero había algo que siempre quedaba impreso en mi mente: la empuñadura de su espada. Esta llevaba un símbolo, dos espadas de color negro sobre fondo blanco, que se cruzaban.

Me levanté. Necesitaba lavarme la cara. Me miré en el espejo: estaba sudando, pálida. Todavía seguía impactada por aquella visión. Todas las noches sucedía lo mismo; era demasiado real, como si las escenas estuviesen grabadas en mi subconsciente por algún motivo. «Solo ha sido un sueño, Isabel», me dije. Fui directo a la ventana del dormitorio; a lo lejos estaba la torre de Londres, iluminada. Suspiré. Observé la tienda de los chinos que había justo en la acera de enfrente; estaba abierta. Nunca descansaban: la luz amarilla siempre intermitente. Tenía frío; era el mes de febrero y justo esa noche había nevado, las calles estaban cubiertas de un manto blanco. Me metí en la cama, abracé mi almohada y me acurruqué. ¿Quién sería el hombre del sueño? Tenía la sensación de que lo conocía.

La alarma de mi reloj sonó. ¡Las siete! Llegaba tarde al trabajo. Hacía apenas dos meses que había abandonado mi país, España, para perfeccionar mi inglés en Londres. Había conseguido un trabajo de camarera en una cadena de comida rápida gracias a Ricardo, un amigo de Madrid que llevaba tiempo en la ciudad británica. Entre nosotros solo existía una atracción que no se había materializado en nada más que una amistad. Había quedado con él ese fin de semana.

Mi progenitor era directivo de un banco, y mi madre, profesora de la universidad. Ellos hubieran preferido que hubiese hecho la carrera de ingeniería o de matemáticas, pero yo, rebelde y alocada, siempre me había opuesto a las exigencias de mis padres. En cuanto terminé mi último curso de enfermería decidí marcharme a Londres; mi decisión no les disgustó, ya que siempre había sabido que para ellos era más un estorbo que una hija. Desde bien pequeña me ingresaron en un internado femenino en Segovia. Durante los períodos vacacionales jamás estuve con ellos. Siempre se marchaban de viaje al extranjero sin mí. Durante mi infancia y adolescencia lloré mucho por esa falta de cariño de mis padres, pero poco a poco me fui fortaleciendo hasta que mi

corazón se endureció. Jamás volví a llorar por ellos; su indiferencia me había hecho fuerte, rebelde e independiente.

Ahí estaba, con mi delantal marrón atendiendo a los clientes del restaurante, sin ilusión; sentía que mi lugar no era ese. Había huido de mi hogar en España pensando que ese viaje me daría paz y podría encontrar mi sino, pero no había sido así.

—¿Qué te pasa? —dijo Ann.

—He dormido poco.

—¿Otra vez el mismo sueño?

Me miraba con intensidad. Sus grandes ojos verdes estaban fijos en los míos. Bajé el rostro.

—Sí, otra vez. ¡No lo entiendo; siempre es lo mismo! Además, tengo la sensación de que he estado en esos lugares y...

—¡Daos prisa! ¡Hay muchos clientes! —dijo el encargado.

—Luego hablamos —susurró Ann.

Ann había sido mi apoyo desde que había llegado a Londres. Nos habíamos conocido en el restaurante y, desde entonces, ella representaba todo para mí: mi familia, amiga y confidente.

La jornada de trabajo había terminado.

—¿Te vienes a tomar una cerveza, Elizabeth? —Ella siempre me llamaba así, a pesar de que yo insistía en que dijese mi nombre en español: Isabel.

—Hoy no, estoy cansada.

Me puse el abrigo, me tapé con mi bufanda y salí a la calle. Me dirigía al metro cuando me percaté de la presencia de una mujer cubierta con una capa negra. Me miraba con atención desde la acera de enfrente. En ese momento pasó un autobús y la perdí de vista. Retomé el paso. Hacía mucho frío. Volví a mirar hacia la otra acera y allí estaba otra vez, observándome. Me fijé en ella: su rostro era muy pálido, sus labios se movían; estaba diciéndome algo que no entendía. Me dejé llevar por la curiosidad y crucé la carretera sin mirar. Mi única intención era llegar hasta donde estaba ese personaje. Entonces oí aquel claxon y me giré.

«¡No!», grité. Sentí un fuerte golpe en la cabeza y en el cuerpo.

No veía nada. Notaba como me cogían en brazos y escuchaba voces desconocidas. En un momento creí oír la voz de Ann. Dejé de sentir, percibir y ver. Lo último que escuché fue una frase de una voz masculina totalmente desconocida para mí: «¡La perdemos, ha entrado en coma!».